UTOPÍA

TOMÁS MORO

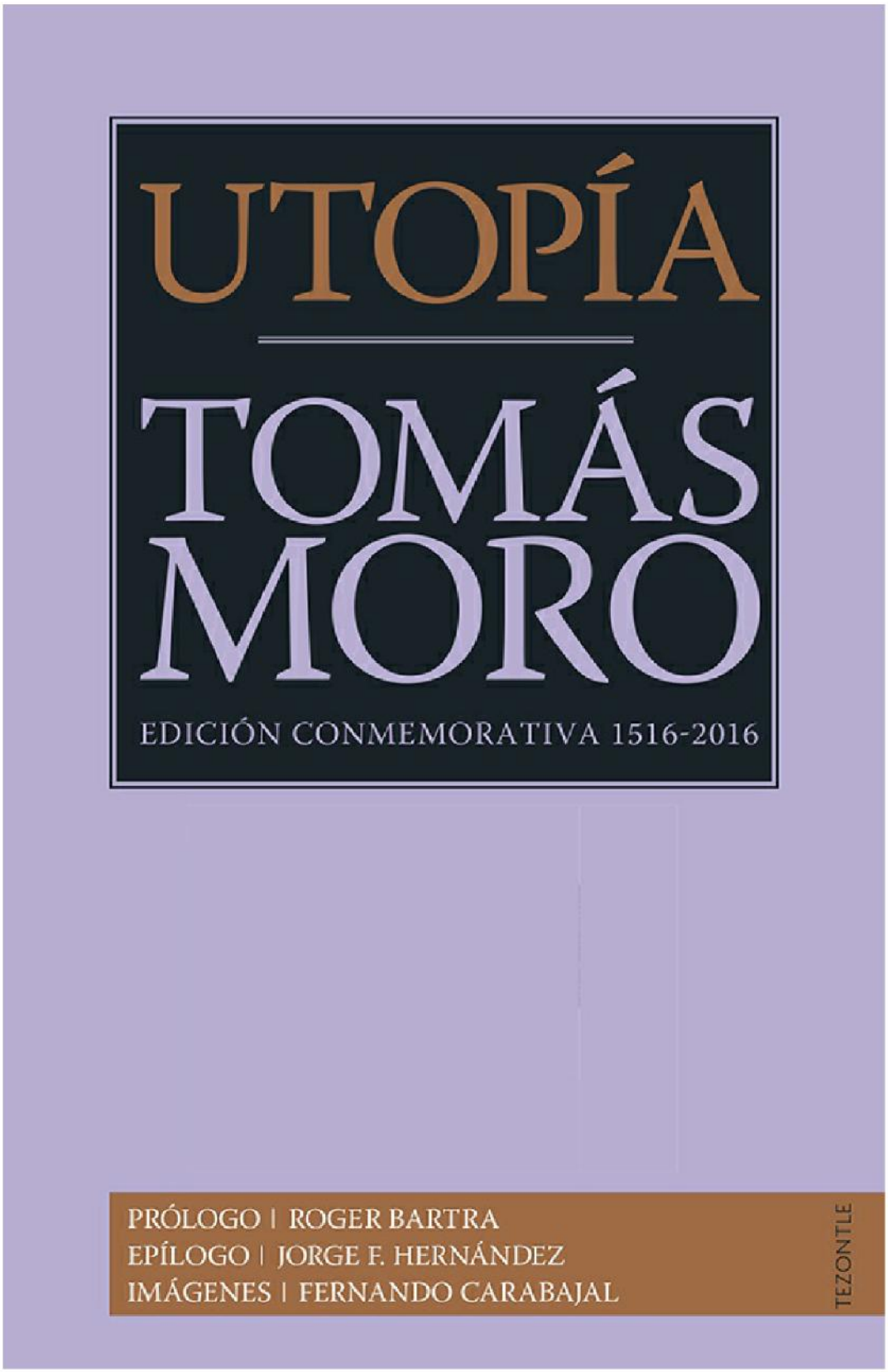
EDICIÓN CONMEMORATIVA 1516-2016

PRÓLOGO | ROGER BARTRA
EPÍLOGO | JORGE F. HERNÁNDEZ
IMÁGENES | FERNANDO CARABAJAL

EZONTLE

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

UTOPÍA

Serie —topías

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

En los procesos logístico y editorial de la Serie -topías han participado Alejandra García, Adriana Konzevik, Karla López, Arturo Ruiz y Rocío Martínez. Los editores y La Jaula Abierta agradecemos su gentileza e invaluable colaboración. Asimismo expresamos nuestra gratitud a los autores involucrados en cada uno de nuestros títulos, tanto como a Guillermo Cejudo, Sergio López Ayllón, José Carreño Carlón, Natalia Cervantes, Martha Cantú, Susana López Aranda, Josefina Alcázar y Christina Müller.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

TOMÁS MORO

UTOPÍA

TEZONTLE

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Primera edición, 2016
Primera edición electrónica, 2016

Dirección, curaduría editorial y edición: Roger Bartra y Gerardo Villadelángel
Diseño editorial: Joseph Estavillo / La Jaula Abierta

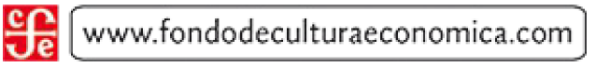
D. R. © 2016, Roger Bartra, Jorge F. Hernández y Fernando Carabajal

D. R. © 2016, La Jaula Abierta
Consejo editorial: Roger Bartra, Vicente Leñero y Gerardo Villadelángel
Tonalá, 319-5; 06760 Ciudad de México
Tel. 5264-8808

D. R. © 2016, Centro de Investigación y Docencia Económicas
Carretera México-Toluca, 3655; 01210 Ciudad de México
Tels. (55) 5727 9827 y 5727 9800

D. R. © 2016, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672



Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-4630-9 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

VERSIÓN
AGUSTÍN
MILLARES
CARLO

PRÓLOGO
ROGER
BARTRA

EPÍLOGO
JORGE F.
HERNÁNDEZ

IMÁGENES
FERNANDO
CARABAJAL

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ÍNDICE

PRÓLOGO. *Utopía, reflexión de cinco siglos,*
Roger Bartra

UTOPÍA

De Tomás Moro a Pedro Egidio [1]

LIBRO PRIMERO. *Discurso pronunciado por Rafael Hitlodeo, ilustre varón, acerca del mejor estado de la república*

LIBRO SEGUNDO. *Discurso pronunciado por Rafael Hitlodeo acerca de la mejor organización de un estado*
De sus ciudades y especialmente de Amauroto
De los magistrados
De los oficios
De las relaciones mutuas
Los viajes de los utópicos
De los esclavos, de los enfermos, de los matrimonios y de otros asuntos diversos
De la guerra
De sus religiones

De Tomás Moro a Pedro Egidio [2]

EPÍLOGO. La ínsula imaginaria, *Jorge F. Hernández*

ACERCA DEL AUTOR Y LOS COLABORADORES

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

PRÓLOGO

UTOPÍA, REFLEXIÓN DE CINCO SIGLOS

Roger Bartra

TOMÁS MORO es ante todo conocido por haber escrito la famosa *Utopía*, donde imagina una sociedad comunista —en la que está ausente la propiedad privada— gobernada conforme a principios racionales. *Utopía* se publicó en 1516 y fue recibida con gran entusiasmo por los humanistas de la época. Pero no es por haber escrito este libro que Moro fue canonizado por el papa Pío XI en 1935, sino por haberse convertido en un mártir al no aceptar a Enrique VIII como jefe de la Iglesia de Inglaterra y haberse opuesto al matrimonio del rey con Ana Bolena. Por ello fue decapitado en 1535 en la Torre de Londres. Juan Pablo II lo declaró "Patrono de los gobernantes y los políticos" en 2000, pero en la carta apostólica con la que el papa polaco, conocido por su anticomunismo, justifica su proclamación no hay ninguna referencia a su obra más conocida e influyente, *Utopía*. A su manera, los comunistas soviéticos también canonizaron a Tomás Moro. Por instrucciones de Lenin, en 1918 se modificó un obelisco del jardín Alexandrovsky, contiguo al Kremlin, para dedicarlo a los pensadores que habían ilustrado al movimiento obrero y socialista. Ese obelisco

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

fue el primer gran monumento, conocido como la Estela de la Libertad o como el Obelisco de los Pensadores Revolucionarios, erigido por el poder soviético después de la Revolución de Octubre. En el obelisco se esculpieron los nombres de 19 pensadores: Tomás Moro aparecía en el noveno lugar de una lista encabezada por Marx y Engels y en la que figuraban también Campanella, Saint-Simon y Bakunin. Este monumento fue desmantelado en 2013 por el gobierno de Vladimir Putin, y restaurado en su forma original de 1914, dedicado a la dinastía de los Romanov.

Para los católicos, la *Utopía* de Tomás Moro es especialmente incómoda. Por ejemplo, para el reverendo Germain Marc'hadour la vida de Moro es mucho más importante que su obra. Pero reconoce que su *Utopía*, el "pequeño libro de oro" le ha traído más fama que la corona de su martirologio o los millones de palabras del resto de sus escritos. La *Utopía* sería el mero juego de un intelectual que nunca pretendió comprometerse en su realización. La escribió como una obra para ser contemplada, más que como una meta práctica digna de ser perseguida.

Y sin embargo la historia posterior de este pequeño libro impulsó a pensadores y políticos no sólo a la reflexión sino también a la puesta en práctica de los principios igualitarios y comunistas que caracterizaron a la sociedad de esa Isla de Ningún Lugar que Moro imaginó. La influencia de este libro proviene en gran medida del hecho de ser una aguda sátira de la Inglaterra de su época. Es una fuerte crítica de una sociedad en proceso de transición, en la cual se extiende con ímpetu la economía mercantil moderna y se erosionan las formas tradicionales de convivencia. En esas épocas tensas de cambio con frecuencia la crítica de las miserias nuevas tiende a mirar hacia el pasado, a veces con añoranza, en busca de ideas que encaminen el disgusto y la resistencia. Curiosamente, ese mirar hacia el pasado se convierte en una visión proyectada al futuro. La queja contra los tiempos modernos y sus amenazas, que estimula reflejos conservadores, al mismo tiempo abre puertas hacia el futuro por un camino que no va a ninguna parte y que sin embargo ilumina la crítica y fomenta la reflexión. Sucedió algo similar con un contemporáneo de Tomás Moro, fray Bartolomé de Las Casas: su repudio de los tiempos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

modernos desde una concepción medievalizante de la sociedad lo llevó paradójicamente a una defensa de los indios americanos.

Como he dicho, se han encontrado varias personas en la figura de Tomás Moro. Hay el santo Tomás Moro católico, hay el afamado precursor del comunismo, el agudo satírico y otros *alter ego* que han sido desprendidos de su biografía. Lo mismo puede decirse de su *Utopía*: hay diversas facetas que se prestan a diferentes interpretaciones. Hay quienes, como Karl Kautsky, consideraron que es preciso entender *literalmente* la perspectiva comunista que hay en el libro. Pero otros han creído que Moro hubiera apoyado una lectura *metafórica* que describe una sociedad ideal y no un modelo para la acción política. Como ya lo he mencionado, también se ha interpretado el texto utópico de Moro como una sátira y una ironía que critica a la sociedad de su tiempo. Un estudioso como C. S. Lewis, por su parte, está convencido de que no hay en el libro una distopía satírica, ni un ideal metafórico, ni tampoco un modelo para impulsar reformas. Él cree que Moro escribió su *Utopía* como un *jeu d'esprit*, como un mero divertimento.

Ciertamente, las interpretaciones socialistas de la obra han destacado sus rasgos comunistas, así como la educación gratuita, la jornada de seis horas y los principios de tolerancia que son atribuidos a la sociedad utópica. También hay peculiaridades que se prestan a ver la *Utopía* como una sátira, como la belicosidad y los hipócritas hábitos guerreros de los habitantes de la isla, su usanza de encadenar a los esclavos con cadenas de oro y la costumbre de burlarse a carcajadas de los enfermos que sufren de atraso mental. Los católicos han visto semejanzas entre las prácticas utópicas y la vida monástica, así como una dimensión ética similar a la moral cristiana de las comunidades cristianas primitivas o medievales. Todas estas facetas sin duda están presentes en la obra de Moro, pero su interpretación varía según la perspectiva de cada crítico y de cada lector.

Hay una interpretación que es muy reveladora, aunque ha resultado ser falsa. Me refiero a la idea del filólogo alemán Heinrich Brockhaus, quien asumió que hubo un texto original escrito por Moro, que proponía solamente una reforma religiosa, y que habría sido corregido con muchos añadidos y cambios por su gran amigo Erasmo de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

Rotterdam. Esta interpretación provocó algunas reflexiones muy interesantes de Ernst Bloch. La parte agregada por Erasmo sería la que expresa posiciones comunistas, epicúreas y tolerantes fruto de una alteración de la *Utopía* original. Según Bloch, que tanto ha reflexionado sobre la esperanza, esta interpretación de Brockhaus es reveladora de las actitudes que pretenden eliminar de la *Utopía* sus malos olores comunistas y erradicar su gozo por la vida y su tolerancia religiosa. Bloch reconoce que, como buen cristiano, Moro amó la comunidad primitiva; sin embargo, el epicureísmo gozoso revela un ambiente muy poco religioso en la isla comunista, donde no rige un estado confesional sino una gran tolerancia religiosa. Bloch subraya el hecho de que las dos partes en que se divide la *Utopía* son muy diferentes: la primera es una crítica llena de diatribas contra las pésimas condiciones sociales en Inglaterra, mientras que la segunda parte dibuja una imagen ideal amable y tranquila de la vida utópica. Esto ya había sido señalado por Erasmo en una carta de 1519 a Ulrich von Hutten, que contiene un bello esbozo biográfico de su amigo Tomás Moro. Allí Erasmo se refirió a la *Utopía*:

> Cuando era adolescente trabajó en un diálogo en el que defendía las doctrinas de Platón sobre el comunitarianismo [...] Publicó la *Utopía* con la intención de mostrar el porqué de las deficiencias de la sociedad; pero retrató sobre todo la nación inglesa porque la había estudiado y era la que mejor conocía. Escribió primero el libro segundo, en su tiempo libre; más tarde, cuando tuvo oportunidad, añadió el primer libro bajo la inspiración del momento. De ahí esa cierta desigualdad en el estilo.

No sólo hay una diferencia de estilo. Se pueden observar también algunas contradicciones entre las dos partes. Por ejemplo, mientras en la primera señala que las causas del crimen se hallan en la pobreza económica y exige que los detenidos por robo sean tratados con gran clemencia, en la segunda los criminales son encadenados permanentemente, reducidos a esclavitud y obligados a los más duros trabajos. Si se rebelan son tratados como bestias salvajes o condenados a muerte y ejecutados.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

El personaje que en la *Utopía* relata su viaje a una isla americana que no existe en ningún lugar, Raphael Hythloday —o Rafael Hitlodeo —, es muy enfático en sus concepciones. Afirma que el único camino para que una nación sea feliz es el establecimiento de la igualdad en las condiciones de vida de todos; está seguro de que mientras exista propiedad privada esa igualdad será imposible y el cuerpo político no podrá ser perfecto. Mientras no se confisque la propiedad privada no podrá haber distribución equitativa y justa de los bienes. Acepta que con reformas se pueden mitigar los males que pesan sobre la mayor parte de los ciudadanos, pero jamás se podrán extirpar totalmente si persiste la propiedad privada. La sociedad no sería perfecta aun si se reformaran las leyes para establecer un máximo de bienes (en tierras y dinero) que cada persona pueda poseer, aun si nuevas normas limitaran el poder de los príncipes y se pusiesen barreras para bloquear el desorden y la sedición, aun si se impidiese que los cargos públicos se vendieran para que los funcionarios vivan en el lujo. Estas reformas serían como cuando se aplica un remedio para curar una enfermedad: al administrar la cura se ocasiona otra dolencia. El remedio contra un mal provoca otro acaso peor, como cuando se fortalece una parte del cuerpo y con ello se debilitan las otras y surgen más complicaciones.

Ante esta posición tan radical, quien narra en primera persona el encuentro con Raphael Hythloday, y que podemos asumir que es el propio Moro, contesta que no está de acuerdo y que piensa todo lo contrario, pues sin el estímulo de la ganancia y con muchas personas tratando de evitar el trabajo, se acabará arruinando la confianza entre los integrantes de una sociedad y cundirá la holgazanería. Eso provocaría un estado de revolución permanente y un continuo derramamiento de sangre. El viajero que ha visitado la isla utópica replica que no es así y que la prueba es la sociedad que él ha conocido. Con ello, es invitado a describir lo que ha visto y así se abre paso a la segunda parte del libro. Al final del relato, el crítico de la utopía mantiene sus discrepancias, pero acepta que muchas cosas de la constitución de Utopía serían deseables en nuestros países. Ya el mismo crítico había advertido que no debía haber un lugar para la filosofía especulativa, con normas fijas e inflexibles. Apoya en cambio

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

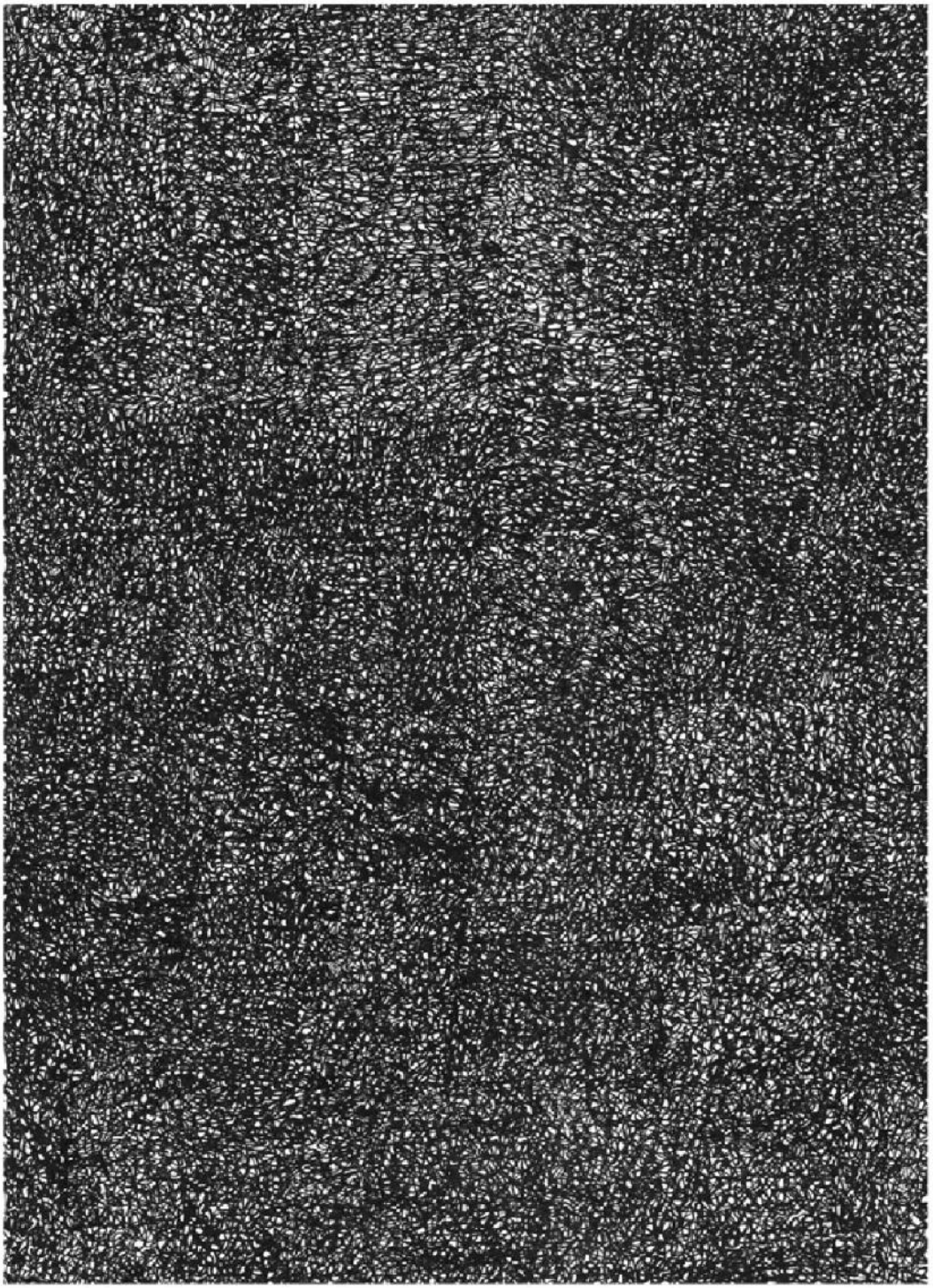
una filosofía práctica que se adapta al escenario que la rodea. Es un elogio de lo que hoy llamaríamos reformismo pragmático. El defensor de la utopía, Raphael Hythloday, le contesta que si fuese como dice su crítico, lo único que se podría hacer es intentar no volverse loco al tratar de curar la locura de los demás.

En el libro de Tomás Moro no hay espacio para que el crítico pragmático se explaye en sus opiniones. El lugar central lo ocupa el viajero Raphael Hythloday, con su descripción de la sociedad utópica y su exaltación de los principios que la rigen. Y, sin embargo, allí quedó el testimonio del crítico del proyecto utópico, que trata de no enfermarse cuando se esfuerza por curar los males de los demás.

Hay que recordar con asombro que este libro se publicó hace cinco siglos. Después de tanto tiempo, la *Utopía* de Tomás Moro conserva su frescura y sigue siendo una lectura muy estimulante. Nos conecta con muchos temas que siguen preocupándonos hoy en día. Erasmo dijo de Moro que era un "omnium horarum homo" tomando la expresión de Quintiliano para indicar que el gran pensador inglés era un hombre preparado para todo lo que pudiera venir. Lo mismo se podría decir de su *Utopía*: un libro para todas las horas, una reflexión para todos los tiempos.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

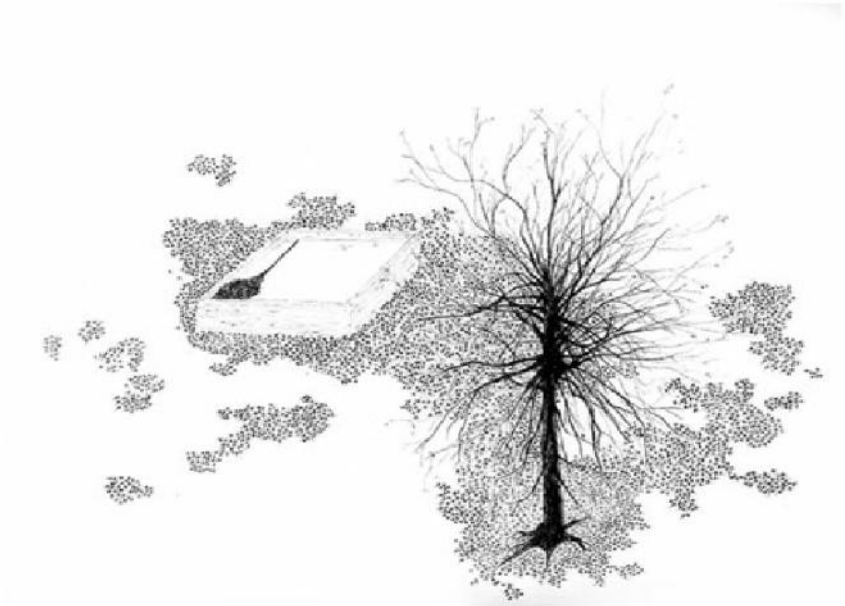
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

UTOPÍA

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved



Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

DE TOMÁS MORO
A PEDRO EGIDIO

AVERGÜÉNZOME, queridísimo Pedro Egidio, de enviarte, casi al cabo de un año, este librito acerca de la República Utópica, que no dudo esperabas hace mes y medio, pues sabías que, al escribirlo, no tenía que realizar ningún esfuerzo de invención, ni discurrir nada tocante a su estructura, sino limitarme a narrar lo que, juntamente contigo, oí contar a Rafael; tampoco había nada que hacer en cuanto al estilo, puesto que las palabras de su discurso improvisado, espontáneo y propio además de un hombre que, como sabes, es igualmente conocedor del latín que del griego, no pudieron ser rebuscadas, y porque cuanto más se aproximase mi relato a su descuidada sencillez, tanto más cerca había de estar de la verdad, única preocupación que en esta materia debo tener y tengo.

Confieso, amigo Pedro, que, con tantas facilidades, veíame de tal modo aligerado de trabajo, que apenas me ha quedado nada por hacer. De no haber sido así, la invención y disposición del asunto habría podido exigir de una inteligencia, ni pequeña ni indocta, no poco tiempo y esfuerzo. Pues si hubiese sido necesario tratar la materia, no sólo con exactitud, sino también con elocuencia, no habría podido yo lograrlo, por mucho tiempo y trabajo que a ello hubiera dedicado. Mas, libre ya de una preocupación que me hubiese costado no pocos sudores, todo se reducía a relatar sencillamente lo escuchado, cuestión, en realidad, de poca monta. Pero mis restantes ocupaciones apenas si me dejaban tiempo para dedicarme a tan reducido trabajo. Mientras asiduamente defiendo unas causas forenses, oigo otras,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

defino éstas como árbitro y dirimo aquéllas como juez; mientras visito a éste en cumplimiento de mi deber y a aquél por razones de amistad; mientras consagro a los otros en el foro casi todo el día y el resto a los míos, sólo me reservo para mí, es decir, para las letras, lo demás, que es nada. Al volver a casa, en efecto, he de hablar con mi mujer, charlar con los hijos, dialogar con los criados, cosas todas que incluyo entre las obligaciones, ya que es necesario hacerlas si no se quiere ser un extraño en la propia casa. Hay que procurar además mostrarse lo más agradable posible con aquellos a quienes la naturaleza, el azar o la propia elección hicieron nuestros compañeros, siempre y cuando la familiaridad no les corrompa, ni se transformen, con la indulgencia, los criados en señores. En todo lo que he dicho se pasan los días, los meses, los años. ¿Cuándo, entonces, escribir? Pues aún no te he hablado del sueño ni de la comida, que a muchos les quita no menos tiempo que el sueño mismo, consumidor casi de la mitad de la vida.

Por lo que a mí respecta, sólo dispongo del tiempo que robo al sueño y a la comida, que, aunque exiguo, me ha permitido terminar lentamente y enviarte, amigo Pedro, esta Utopía para que la leas y me adviertas si algo se me ha pasado por alto. Pues aunque en esto no desconfío de mí totalmente (y ojalá que así como pocas veces me falla la memoria, me distinguiese yo por mi talento y mi ciencia), no va mi confianza hasta el extremo de creer que no haya podido saltárseme alguna cosa.

Digo esto porque mi paje Juan Clemente que, como sabes, estaba con nosotros (pues no le permito ausentarse de aquellas conversaciones de las que pueda resultarle alguna utilidad, ya que de esta planta que comienza a florecer en las letras griegas y latinas espero algún día excelentes frutos), me ha sumido en una gran duda. Tratándose de que, a lo que recuerdo, Hitlodeo nos contó que el famoso puente amaurótico, tendido sobre el río Anidro, tiene quinientos pasos de longitud, y mi Juan, en cambio, afirma que hay que sustraer doscientos a esta cantidad, pues la anchura del río no es, en esa parte, superior a trescientos. Te ruego que hagas memoria del asunto, ya que si tu opinión coincide con la suya, yo la suscribiré y creeré que me he equivocado. Si tú no lo recuerdas, dejaré las cosas, según lo he hecho, tal como yo mismo creo recordarlas, pues así como

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

procuraré que no haya en mi libro ninguna falsedad, prefiero narrar una mentira, a mentir, y ser tenido por hombre de bien, que por sabio.

Por otra parte, no creo difícil poner remedio a esa duda si la consultares con el propio Rafael, en persona o por escrito, lo cual es necesario que hagas además por otro escrúpulo que me asalta, no sé si por culpa mía, tuya o de Rafael mismo. Se trata de que ni a nosotros se nos ocurrió preguntarle ni a él decirnos en qué parte de aquel mundo nuevo está situada Utopía. Dinero daría yo por que no se hubiese omitido este detalle, ya porque me avergüenza ignorar en qué mar se halla la isla acerca de la cual he de contar tantas cosas, ya porque hay entre nosotros dos personas, especialmente una de ellas, varón piadoso y teólogo de profesión, que arde en deseos de trasladarse a Utopía, no por el placer inane y curioso de conocer cosas nuevas, sino con el designio de fomentar y aumentar nuestra religión, allí felizmente iniciada. Y para hacerlo debidamente decidió procurar de antemano que el Papa le enviase allá, nombrándole obispo de Utopía, sin que le cohibiese el escrúpulo (tratándose de un deseo nacido, no de vanidad ni motivos de lucro, sino de consideraciones de piedad) de que esta dignidad hubiera de ser solicitada por él.

Ruégote pues, Pedro amigo, que, en persona si puedes hacerlo fácilmente, o por escrito, te dirijas a Hitlodeo y consigas así que nada haya en mi obra de falso ni se eche de menos de verdadero. No sé si sería mejor que le mostrases el libro mismo, pues nadie más capacitado para corregir sus inexactitudes, lo cual no podrá hacer sino leyendo lo que he escrito. Obrando así podrás darte cuenta de si recibe con agrado o lleva a mal el que yo haya escrito esta obra, pues caso de haber resuelto confiar al papel sus trabajos, no querrá que yo lo haga, ni yo quisiera, en verdad, que esta república de los utópicos, al ser divulgada por mí, viniese a arrebatarle a la historia de nuestro amigo la flor y la gracia de la novedad.

A decir verdad, aún no estoy completamente decidido a publicarla, tan diversos son los paladares de los hombres, caprichosas las inteligencias de algunos, ingratos los espíritus y desagradables los juicios, que parecen avenirse mejor con quienes, alegres y reidores, se abandonan a su propio instinto, que con los que sienten la preocupación de producir algo que pueda ser útil y agradable a esos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

mismos seres, desdeñosos o desagradecidos. Muchos ignoran la literatura, otros muchos la desprecian; el bárbaro rechaza como duro todo lo que no sea absolutamente bárbaro; los "sabelotodo" desprecian por trivial cuanto no aparezca sembrado de vocablos insólitos. Algunos sólo gustan de lo antiguo, muchos únicamente de lo suyo. Aquél es tan adusto que no admite broma alguna; éste tan romo que no tolera las agudezas. Tan necios son algunos que huyen de cualquier chanza como del agua el mordido por un perro rabioso. Otros tan versátiles, que sentados aplauden una cosa y otra estando en pie. Otros, mientras beben cómodamente en las tabernas, juzgan del talento de los escritores, y con gran autoridad condenan lo que les parece, tirándoles de sus escritos como de los pelos y quedándose por su parte muy tranquilos y fuera de tiro, como suele decirse, pues están calvos y absolutamente rapados que no tienen siquiera un pelo de hombre bueno por donde se les pueda agarrar. Hay por fin otros tan desagradecidos que, aunque se deleitan sin tasa con una obra, no por ello aprecian a su autor, como esos huéspedes ingratos que, agasajados magníficamente con opíparo banquete, se marchan, hartos, sin dar las gracias al que los ha invitado. ¡Ve ahora y prepárales a tu costa manjares a hombres de tan delicado paladar, de gustos tan variados, tan recordadores y agradecidos!

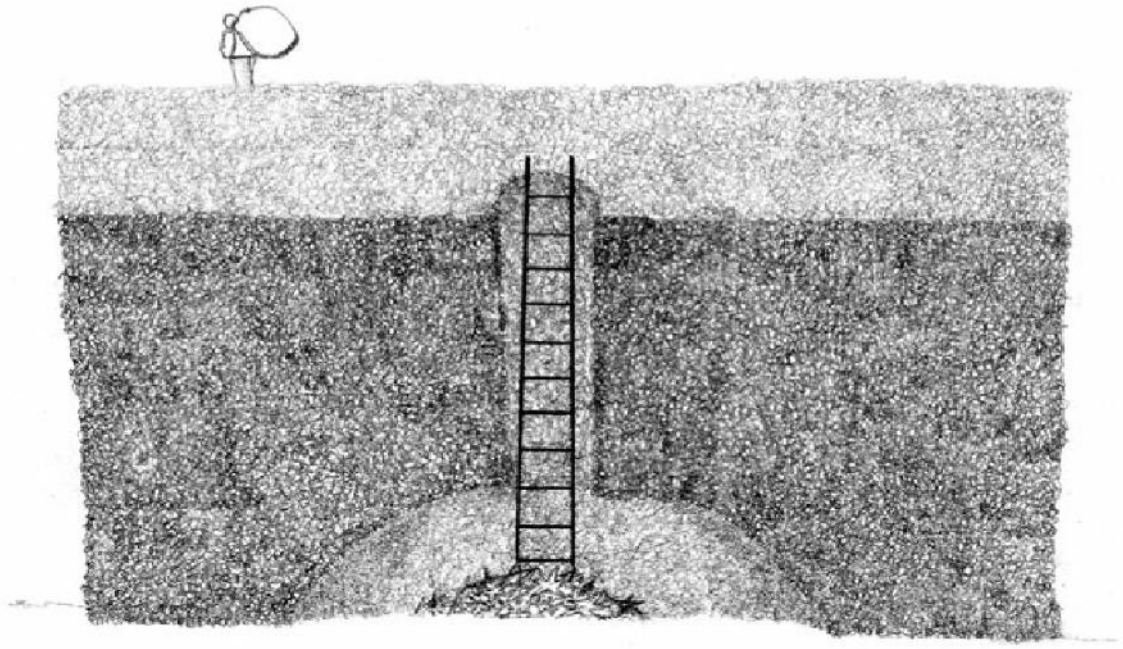
No obstante, amigo Pedro, haz lo que te he dicho acerca de Hitlodeo; más tarde habrá ocasión para tratar de nuevo e íntegramente este asunto. Por más que si hubiéramos de atenernos a su voluntad, ya sería tarde, puesto que mi obra está terminada. Por lo que respecta a la publicación, seguiré el consejo de los amigos y, en primer lugar, el tuyo.

Que goces de salud, dulcísimo Pedro Egidio, con tu excelente esposa, y ámame como sueles, ya que yo te amo también más de lo que acostumbro.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved



Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

LIBRO PRIMERO

DISCURSO PRONUNCIADO POR RAFAEL HITLODEO, ILUSTRE VARÓN, ACERCA DEL MEJOR ESTADO DE LA REPÚBLICA

EXISTIENDO entre el invictísimo Enrique, rey de Inglaterra, octavo de este nombre, adornado con todas las virtudes de un príncipe egregio, y el serenísimo Carlos, príncipe de Castilla, desavenencias de gran importancia, fui enviado por el primero como embajador a Flandes para allanarlas y resolverlas, como compañero y colega del incomparable Cudberto Tunstall, a quien el rey, con gran beneplácito de todos, acababa de poner al frente de los sagrados archivos. Nada diré aquí en elogio suyo, no por temor a que nuestra amistad se estime como testigo poco sincero, sino porque su virtud y su ciencia son superiores a cuanto yo podría proclamar, ya que es tan ilustre y conocido por doquier que el hacerlo sería tanto como pretender, según dicen, alumbrar al sol con una linterna. Encontrándose con nosotros en Brujas, según lo convenido, los comisionados del Príncipe, todos hombres ilustres, entre los cuales estaba el prefecto de Brujas, varón magnífico, jefe y cabeza de la embajada, aunque su voz y alma era Jorge Tensicio, gobernador de Cassel, cuya elocuencia era tanto fruto del arte como de la naturaleza, gran jurisconsulto y eximio maestro por su talento y gran experiencia en tales lides.

Celebradas dos entrevistas sin llegar a un acuerdo en algunos puntos, despidiéronse de nosotros y se marcharon a Bruselas a fin de conocer la opinión del príncipe. Entretanto yo, aprovechando la

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ocasión, me dirigí a Amberes. Estando allí, visitáronme con frecuencia algunas personas, mas ninguna tan agradable como Pedro Egidio, natural de Amberes, varón íntegro, tenido entre los suyos en lugar honroso, y digno de uno más honroso todavía, pues dudo que exista otro joven más sabio y ordenado: inmejorable, muy letrado, de ingenuo carácter para con todos y de un corazón tan inclinado hacia los amigos, con amor, fidelidad y afecto tan sinceros, que sería difícil encontrar en parte alguna quien pudiera comparársele en amistad, bajo ningún aspecto. Rara es su modestia; nadie más desprovisto de afectación, ni adornado de una sencillez más inteligente. Tan ingenioso de palabra, además, y tan inofensivamente agudo, que con su agradabilísimo trato y embelesadora conversación llegó a hacerme llevadera la ausencia de la patria, del hogar, de la esposa y de los hijos, por más que me devoraba la ansiedad de volverlos a ver después de cuatro meses que faltaba de casa.

Cierto día, después de oír misa en el templo de la virgen María, bellísimo por su arquitectura y muy visitado por el pueblo, disponíame a volver a mi posada, cuando lo vi, casualmente, hablando con un hombre ya cercano a la ancianidad, de semblante severo, larga barba y capa echada con negligencia sobre los hombros, el cual, por el rostro y el aspecto, me pareció un marino. Así que Pedro me vio, vino a saludarme y, cuando me disponía a corresponderle, me apartó un poco y me dijo, señalándome a aquel con quien le había visto hablar:

—¿Ves a ése? Pues ya me disponía a llevarlo directamente a tu casa.

—Con mucho gusto —contesté— lo habría acogido como cosa tuya.

—Si le conocieras —replicome— dirías que por él mismo, pues no hay nadie entre los mortales que pueda contarte tantas historias de hombres y tierras desconocidas, cuestiones que, me consta, escuchas siempre con gran interés.

—Entonces —dije— no me he equivocado, pues a primera vista comprendí que se trataba de un marino.

—Muy al contrario —respondió—; te equivocaste de medio a medio; ese hombre ha navegado, en efecto, pero no como Palinuro, sino como Ulises, o, mejor aún, como Platón. Rafael, que así se llama, y cuyo apellido es Hitlodeo, conoce la lengua latina y es doctísimo en la griega, por haberse consagrado con preferencia a esta última, dada su

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

inclinación a la filosofía, disciplina en la cual comprendió que los romanos no produjeron obras de importancia, fuera de algunas de Séneca y de Cicerón; dejó a sus hermanos el patrimonio que tenía en su patria, Portugal, y en su deseo de conocer nuevas tierras, juntose a Américo Vespucio, del que fue compañero inseparable en los tres últimos de los cuatro viajes que andan en manos de todos; mas no regresó con él en el postrero, sino que solicitó y obtuvo de Américo, casi por la fuerza, ser uno de los veinticuatro que se quedaron en una ciudadela situada en los confines alcanzados en dicho viaje. Hízolo así, obedeciendo a su temperamento, más preocupado de los viajes que de la última morada, pues como él suele decir "al que no tiene sepultura lo cubre el cielo y por todas partes hay caminos que conducen hasta los dioses"[1] palabras que hubiesen podido costarle caras, de no haberle protegido una deidad propicia. Habiendo recorrido, después de la marcha de Vespucio, muchas regiones, con cinco compañeros de fortín, vino a parar, con admirable suerte, a Taprobana y desde aquí a Calicut, donde encontró, muy a punto, unos barcos portugueses que lo condujeron a su patria, cuando ya no lo esperaba.

Di las gracias a Pedro por su amabilidad para conmigo en contarme todo esto y suponer que me sería grato conversar con aquel hombre. Volvime hacia Rafael y después de saludarnos mutuamente con las fórmulas que suelen emplear las personas que se encuentran por primera vez, nos encaminamos a mi casa, y nos pusimos a charlar en el jardín, sentados en un banco cubierto de verde césped.

Contonos Rafael cómo, después de la marcha de Vespucio, él y los compañeros que habían permanecido en el fortín comenzaron a insinuarse poco a poco, por medio de conversaciones y halagos, con los habitantes de aquella tierra, a sentirse entre ellos, no sólo sin peligro, sino como entre amigos y a hacerse agradables y queridos de cierto príncipe cuya patria y nombre no recuerdo. Nos refirió de qué modo, gracias a la generosidad de éste, lograron él y sus cinco compañeros víveres y medios para continuar el viaje (en canoas por agua y por tierra en un carro) y, además, un segurísimo guía que los condujese, amistosamente recomendados, junto a otros príncipes. Díjonos también que, después de una expedición de muchos días,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

encontraron fortalezas, ciudades y repúblicas admirablemente gobernadas y con gran número de habitantes; que por debajo de la línea del Ecuador y a ambos de sus lados, casi en cuanto espacio abarca la órbita solar, existen enormes desiertos abrasados por un calor perpetuo. Sólo hay allí aridez; triste es la faz de las cosas; horrible e inculto todo y habitado por fieras, reptiles y hombres no menos fieros y peligrosos que las bestias. Pero que, al seguir avanzando, todo se amansa poco a poco; el clima es menos áspero, el suelo se muestra ablandado por la vegetación, es más suave la condición de los seres, y se encuentran finalmente pueblos, ciudades y fortalezas que mantienen un constante tráfico por tierra y por mar, no solamente entre ellos mismos y sus limítrofes, sino con países lejanos.

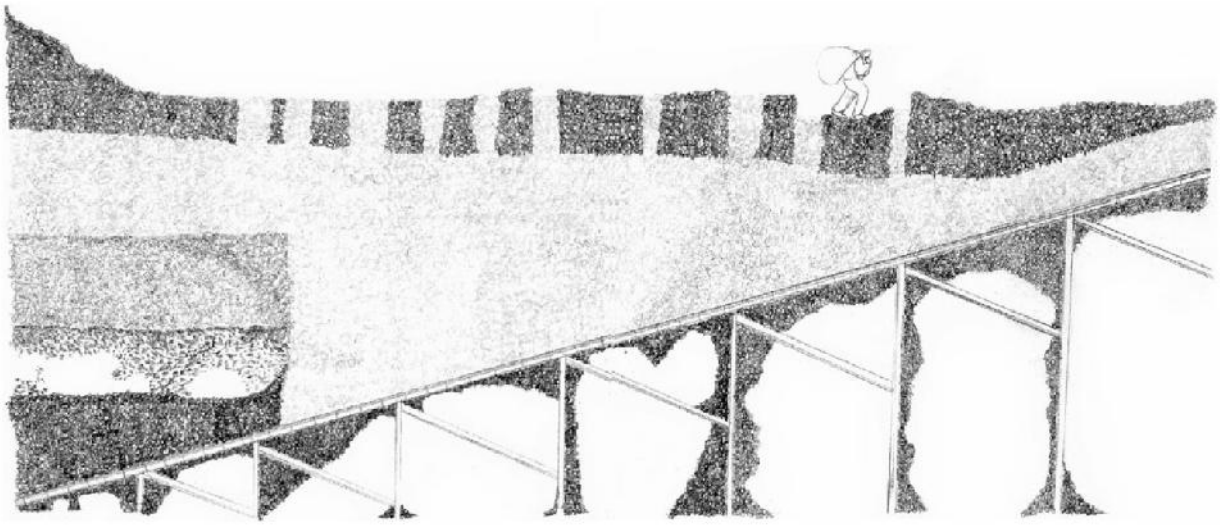
Presentóseles, en consecuencia, oportunidad de visitar muchas tierras de una y otra parte, ya que no había barco dispuesto a cualquier viaje que no los admitiera gustosamente a su bordo. Los navíos que vieron en las primeras regiones tenían, según contaba, la quilla plana y velas tejidas de papiros y de mimbres y, en otros lugares, de cuero; encontraron luego quillas puntiagudas y velas de cáñamo y, por último, naves semejantes a las nuestras. Los marinos conocían el mar y el cielo. Refirionos también cómo logró gran predicamento entre ellos por haberles enseñado el uso de la brújula, de la que no tenían antes la menor noticia, razón por la cual sólo tímidamente se habían acostumbrado al mar, sin atreverse a navegar a la ventura más que en el verano, mientras que ahora, confiados en el imán, desprecian las tempestades, más despreocupados que seguros, resultando de aquí el peligro de que un conocimiento que podría considerarse para ellos como un gran bien, venga a convertirse, por su imprudencia, en origen de grandes desgracias.

Sería largo de contar todo lo que Rafael nos refirió como visto en cada uno de aquellos lugares. No es ése tampoco el objeto de mi obra. Tal vez en otra ocasión relataré especialmente lo que sería útil no ignorar, como son, en primer término, las cosas justa y sabiamente dispuestas que advirtió en pueblos que vivían ciudadanamente en algunos sitios. Interrogábamosle nosotros ávidamente sobre aquellos extremos y él nos los exponía muy gustoso, pasando por alto la descripción de los monstruos, que no ofrece novedad alguna, ya que

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

los Escilas, los rapaces Celenos, los Lestigrones devoradores de pueblos y otros terribles y semejantes portentos, casi en ningún sitio dejan de encontrarse, mientras que no es tan fácil hallar ciudadanos gobernados recta y sabiamente. Por otra parte, así como vio entre esos nuevos pueblos muchas instituciones erróneas, notó, en cambio, no pocas que podrían proporcionar ejemplos adecuados para corregir los errores de ciudades, naciones, pueblos y reinos de los que, como he dicho, trataré en otra ocasión. Ahora es mi intento solamente referir lo que nos contó acerca de las costumbres e instituciones de los utópicos, reproduciendo antes la conversación con la cual, como por un rodeo, llegamos a mencionar la República Utópica.



Estaba Rafael reseñando muy doctamente los numerosos errores existentes acá y allá y los que, así entre nosotros como entre aquéllos, son sabiamente evitados, y hablaba de las instituciones y costumbres de cada pueblo, como si hubiese vivido en ellos toda la vida, cuando Pedro, lleno de admiración hacia aquel hombre, exclamó:

—Mucho me sorprende, amigo Rafael, que no hayas entrado al servicio de algún rey, pues estoy seguro de que a cualquiera de ellos hubieses sido sumamente grato como persona que, con tu ciencia y tu conocimiento de lugares y hombres, habrías podido, no solamente deleitarle, sino aleccionarle con ejemplos, ayudarle con tu consejo, mirar al mismo tiempo por sus propios asuntos y contribuir con eficaz ayuda a la prosperidad de todos los tuyos.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

—En lo que se refiere a los míos —dijo él— no me preocupo mucho. Creo haber cumplido suficientemente mis deberes para con ellos, ya que en plena juventud, sano y vigoroso, repartí entre mis parientes y amigos las cosas a que los demás no suelen renunciar sino cuando, ya ancianos y enfermos, no pueden disfrutarlas a pesar suyo. Considero, pues, que deben aquéllos estar contentos de mí y que no tienen derecho a pedirme que, para su beneficio, me convierta en siervo de ningún rey.

—Hermosas palabras —replicó Pedro— pero no he querido decir siervo, sino servidor.

—Sólo hay —dijo él— una sílaba de diferencia entre ambas palabras.

—Mi opinión —repuso Pedro— es que, sea cual fuere el nombre que le apliques a la cosa, ella en sí es el camino, no sólo para ser útil privada y públicamente a los demás, sino para hacer más próspera tu propia situación.

—¿Hacerla más próspera —dijo Rafael— por un procedimiento que repugna a mi conciencia? Vivo ahora como quiero, lo cual sospecho, en verdad, que acontece a muy pocos de los que visten púrpura. Tantos son, por otra parte, los que anhelan la amistad de los poderosos que no debe considerarse como gran pérdida mi ausencia ni la de otros como yo.

—Es evidente —dije entonces— que tú, amigo Rafael, no eres codicioso de riquezas ni de poderío, y no menos venero y respeto a un hombre de tus intenciones que al mejor entre los poderosos. Por lo demás, harías una cosa digna en todo de ti y de ese tu espíritu generoso y verdaderamente filosófico, si te decidieres, aun a costa de algún sacrificio personal, a consagrar tu talento y actividad a los negocios públicos, lo que de ningún modo podrías hacer con más fruto que siendo consejero de algún gran príncipe e inspirándole, como no dudo que lo harías, lo justo y honesto, pues bien sabes que del príncipe brotan todos los bienes y desgracias de un pueblo, como, por así decirlo, de un perenne manantial. Evidentemente podrías haber sido para cualquier rey un excelente consejero, aunque tu ciencia, tan completa, careciese de experiencia y tu gran conocimiento de las cosas estuviera exento de toda ciencia.

—Doblemente yerras, amigo Moro —respondió—: primero en cuanto

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

a mí y después respecto a la cosa en sí; ni poseo el talento que me atribuyes, ni aun cuando lo poseyera en su más alto grado y me decidiese a dar ocupación a mi ociosidad, de nada serviría para un Estado. En primer término, los príncipes mismos se ocupan con más gusto de los asuntos militares (en los cuales ni tengo experiencia, ni la quiero) que de las artes de la buena paz; y más se preocupan de discurrir procedimientos para conquistar, lícita o ilícitamente, nuevos reinos, que de administrar bien los que poseen. Además, entre los consejeros regios, unos saben tanto que no necesitan aceptar el criterio ajeno y otros tanto creen saber que no les gusta admitir sino el de aquellos que aprueban todos sus disparates o les halagan buscando con la adulación granjearse a los más influyentes cerca del príncipe. La naturaleza es de tal suerte que cada cual se complace en sus propias obras; así al cuervo le sonríe su polluelo y a la mona le embelesa su cría. Pero si alguno, en una reunión de gentes que desprecian las opiniones ajenas, o prefieren las propias, adujese algo que ha leído como realizado en otros tiempos, o que vio ejecutar en otros lugares, los que le oyen obran como si peligrase toda su reputación de sabios, y se les fuese a considerar en adelante como tontos de remate, a menos que logren descubrir algo censurable en las ideas extrañas. Si no encuentran otros argumentos se refugian en el siguiente: “Esto agradó a nuestros antepasados, cuya sabiduría ojalá llegásemos a igualar’! Y con esto, se quedan tan satisfechos como si hubiesen dicho una gran cosa. Miran por lo visto como un gran peligro el que alguien parezca, alguna vez, más sabio que nuestros antepasados, sin embargo de que, con razón, aceptamos que prevalezca todo lo mejor que nos legaron; pero si sobre alguna cuestión se puede decidir con criterio más acertado, debemos, aprovechando la ocasión, aferrarnos a ése, aunque sea con los dientes. He tropezado a menudo con tales juicios soberbios, absurdos y caprichosos, en muchas partes, e incluso alguna vez en Inglaterra.

—Dime, por favor —le pregunté—, ¿has estado alguna vez en nuestro país?

—He estado, efectivamente; viví en él algunos meses, no mucho después del desastre en que la guerra civil de los ingleses occidentales contra su rey terminó con la deplorable ruina de los sublevados.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Mucho debí entonces al reverendísimo padre Juan Morton, cardenal arzobispo de Canterbury, a la sazón también Canciller de Inglaterra, varón, amigo Pedro (pues a Moro nada nuevo voy a contarle), venerable tanto por su autoridad cuanto por su ciencia y su virtud. Era de mediana estatura y erguido a pesar de su edad avanzada; su rostro inspiraba respeto, no temor; su trato era agradable, pero serio y grave. Gustábale a veces poner a prueba a los solicitantes, tratándolos con aspereza pero sin ofenderlos, para juzgar de su inteligencia y presencia de ánimo, la cual le deleitaba siempre que no fuese descarada, y cuando encontraba en ellos cualidades semejantes a las suyas, utilizábalos en los negocios públicos. Su palabra era pulida y persuasiva, grande su conocimiento del derecho, su inteligencia incomparable y su memoria sobresaliente hasta el prodigio. Estas cualidades, excelentes por naturaleza, las había desarrollado con el estudio y la experiencia. Fiaba mucho el rey de sus consejos y el Estado parecía, cuando yo estaba allí, apoyarse en ellos sobremanera, puesto que, trasladado casi desde su primera juventud de la escuela a la corte, mezclado durante toda su vida a los asuntos más trascendentales y expuesto constantemente a las diversas vicisitudes de la fortuna, había adquirido una profunda experiencia (que así aprendida, no se olvida fácilmente) a costa de muchas y grandes pruebas.

Por casualidad, estando a su mesa un día, hallábase presente cierto laico versado en vuestras leyes, el cual, con no sé qué pretexto comenzó a alabar con entusiasmo la rígida justicia que entonces se aplicaba a los ladrones, afirmando que con frecuencia había visto veinte de ellos colgar de una sola cruz, y preguntándose muy admirado, a qué fatalidad se debía el que, siendo tan pocos los que escapaban al suplicio, hubiese, sin embargo, tantos que obraban de igual modo. Entonces me atreví a hablar con libertad delante del Cardenal:

—No te extrañes —le dije—; esa pena, excesivamente severa y ajena a las costumbres públicas, es demasiado cruel para castigar los robos, pero no suficiente para reprimirlos, pues ni un simple hurto es tan gran crimen que deba pagarse con la vida ni existe castigo bastante eficaz para apartar del latrocinio a los que no tienen otro medio de procurarse el sustento. En esto, no sólo vosotros, sino buena parte de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

los humanos, parecéis imitar a esos malos maestros que, mejor que enseñarlos, prefieren azotar a sus discípulos. Decrétanse contra el que roba graves y horrendos suplicios, cuando sería mucho mejor proporcionar a cada cual medios de vida y que nadie se viese en la cruel necesidad, primero, de robar, y luego, en consecuencia, de perecer.

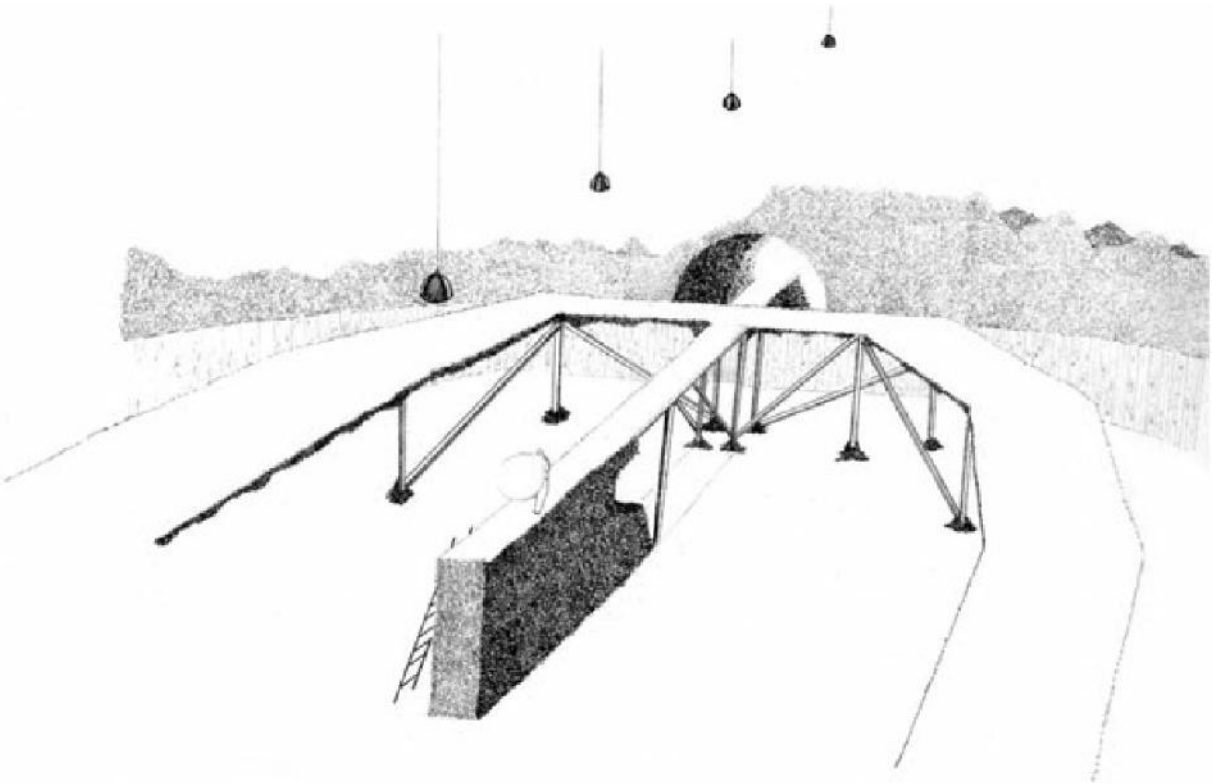
—Bastante —dijo él entonces— se ha proveído a esto; ahí están las artes mecánicas y la agricultura con las que podrían ganarse la vida, si por naturaleza no se inclinasen al mal.

—Con ese argumento no evadirás la cuestión —repuse—. Dejemos a un lado a los que regresan mutilados al hogar, de las guerras extranjeras o civiles (como ha ocurrido hace poco en vuestro país después de la de Cornualles, y no hace mucho a raíz de la de Francia), gentes que dieron sus miembros por el Estado o por el rey y a quienes la mutilación no les permite practicar sus antiguos oficios ni la edad aprender otros nuevos. Prescindamos de esto, repito, ya que las guerras sólo se presentan a intervalos, y examinemos otras circunstancias que de continuo acontecen. Grande es el número de los nobles que, ociosos como zánganos, no sólo viven del trabajo de los demás, sino que los esquilman como a los colonos de sus fincas y los desuellan hasta la carne viva para aumentar sus rentas. Ésta es la única economía que conocen esos hombres que, derrochadores, por otra parte, hasta la ruina, viven rodeados de una inmensa caterva de haraganes que jamás aprendieron medio alguno de ganarse el sustento y que así que se les muere el amo o se enferman, véanse corridos, pues los señores prefieren alimentar a los vagos que a los enfermos. Otras muchas veces, el heredero del que muere no tiene bastante para sostener a la servidumbre paterna; toda esa gente padecería hambre, sin duda, si no se dedicase de inmediato al robo. Y ¿qué otra cosa podría hacer? En su errar vagabundo fueron arruinando poco a poco sus ropas y su salud, y luego, escuálidos por la enfermedad y cubiertos de harapos, ni los nobles se dignan recibirlos ni se atreven a hacerlo los campesinos, pues no ignoran que los que han sido educados muellemente en el ocio y los placeres y acostumbrados a ceñir la espada y empuñar la adarga, desprecian a todo el mundo con gesto altanero y carecen en absoluto de aptitud para manejar el azadón y el

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

pico y servir fielmente a un pobre por módico salario y escaso alimento.



—Antes que a ninguna otra —contestó él— deberemos proteger a esa clase de hombres, pues en ellos, como en seres de espíritu más elevado y animoso que el de los artesanos o agricultores, residen la fuerza y el vigor del ejército, si llegase a estallar alguna guerra.

—Evidentemente —repuse— eso valdría tanto como decir que a causa de la guerra habría que proteger a los ladrones, los cuales nunca faltarán indudablemente mientras existan esas gentes. Los ladrones, en efecto, no son malos soldados ni los soldados los peores ladrones: tan bien se compaginan uno y otro oficio. Este mal, empero, frecuente entre vosotros, no os es exclusivo, sino antes bien común a casi todas las naciones. Francia padece una plaga todavía peor: todo el país se encuentra, aun en tiempos de paz, si a eso puede llamarse paz, repleto y asediado de soldados mercenarios, sostenidos por la misma convicción que os ha determinado a mantener aquí a servidores ociosos. Porque esos "pedantósofos" creen que la salvación del Estado

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

depende de tener siempre dispuesto un ejército poderoso y fuerte, compuesto especialmente de veteranos, ya que en nada se fían de los bisoños. Parecen incluso provocar las guerras para que los soldados se adiestren teniendo hombres que degollar y, como dice ingeniosamente Salustio, "no se entumezcan con la inacción las manos y el espíritu'! Pero cuán pernicioso resulta alimentar bestias de esta índole, lo ha aprendido Francia con su propia desgracia y lo proclama el ejemplo de romanos, cartagineses, sirios y otras muchas naciones, cuyo poderío, así como sus campos y ciudades, arruinaron en más de una ocasión esos mismos ejércitos permanentes. Prueba clarísima de que para nada son necesarios la tenemos en que esos soldados franceses, tan adiestrados en las armas desde jóvenes, no siempre pueden envanecerse de haber vencido a vuestros veteranos al enfrentarse con ellos, y no diré más sobre esto, no parezca a los presentes que los adulo. Es difícil creer que los obreros de la ciudad o los rudos y agrestes campesinos, a no ser los de cuerpo débil e incapaces de toda audacia o aquéllos cuya firmeza de espíritu ha sido quebrantada por la miseria, teman a los ociosos compañeros de los nobles, cuyos cuerpos fuertes y robustos (ya que los señores no se dignan corromper sino a los escogidos) se debilitan con el ocio o se ablandan en ocupaciones casi mujeriles, e incluso los preparados para la vida con oficios útiles y expertos en trabajos viriles se afeminan. En verdad, de cualquier manera que se considere la cuestión, no me parece que favorezca en absoluto al Estado mantener, para una posibilidad de guerra, que nunca se presentará si no se la desea, esa inmensa turbamulta perturbadora de la paz y motivo de preocupación mucho mayor que la misma guerra. No es ésta, sin embargo, la única causa de los robos. Existe otra, en mi opinión, más peculiarmente vuestra.

—¿Cuál? —preguntó el Cardenal.

—Vuestras ovejas —contesté—, que tan mansas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado a mostrarse ahora, según se cuenta, de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas. En aquellas regiones del reino donde se produce una lana más fina y, por consiguiente, de más precio, los nobles y señores y hasta algunos abades, santos varones, no contentos con los frutos y rentas anuales

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

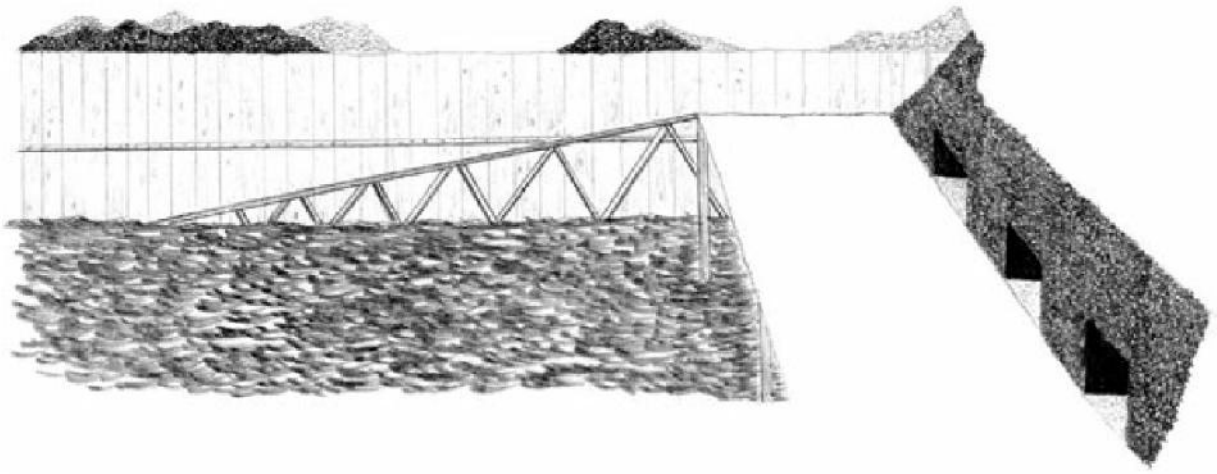
que sus antepasados acostumbraban sacar de sus predios, ni bastándoles el vivir ociosa y espléndidamente sin favorecer en absoluto al Estado, antes bien perjudicándolo, no dejan nada para el cultivo, y todo lo acotan para pastos; derriban las casas, destruyen los pueblos y, si dejan el templo, es para estabular sus ovejas; pareciéndoles poco el suelo desperdiciado en viveros y dehesas para caza, esos excelentes varones convierten en desierto cuanto hay habitado y cultivado por dondequiera.

Y para que uno solo de estos ogros, azote insaciable y cruel de su patria, pueda circundar de una empalizada algunos miles de yugadas, arrojan a sus colonos de las suyas, los despojan por el engaño o por la fuerza o les obligan a venderlas, hartos ya de vejaciones. Y así emigran de cualquier manera esos infelices, hombres, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijos pequeños; en fin, una familia más numerosa que rica, pues la labranza necesita de muchos brazos.

Emigran, digo, de sus lares familiares y acostumbrados, sin encontrar dónde refugiarse; venden a ínfimo precio su pobre ajuar cuando encuentran quien se los compre, pues necesitan desembarazarse de él; y luego que lo han consumido en su peregrinar ¿qué otro recurso les queda que el de robar y, por consiguiente, el de que se les ahorque en justicia, o el de vagar mendigando a riesgo de ir a la cárcel por deambular ociosos, porque nadie les dio trabajo, aunque ellos se ofrecieran con la mejor voluntad? En las faenas agrícolas a que estaban acostumbrados nada tienen que hacer puesto que nada se siembra, y, por otra parte, un solo pastor y un boyero solo bastan para apacentar los rebaños en una tierra que, de sembrarse, exigiría el concurso de muchos brazos.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Ésta es la causa de que en muchos lugares hayan encarecido los víveres y aumentado el precio de la lana a tal punto que no se puede comprar ni siquiera esa más tosca con la que suelen fabricarse los paños en vuestro país. Por esta razón muchas gentes, privadas de trabajo, caen en la ociosidad. Añádese a esto el que, después del aumento de los pastos, vino una epizootia a destruir infinita cantidad de ovejas, como si Dios hubiese querido castigar la codicia de algunos enviando esa peste a los rebaños. ¿No hubiera sido más justo que la hubiese arrojado sobre las propias cabezas de aquéllos? Resulta, por lo demás, que aunque el número de las ovejas aumentare considerablemente, no por eso disminuiría su precio, pues si bien no existe lo que pudiera llamarse propiamente un monopolio, porque no es uno solo el que vende, sí hay en cambio un oligopolio, pues han venido a parar totalmente en manos de unos pocos, los más ricos por cierto, a quienes no urge la necesidad de vender antes de que les plazca, y no les place hasta que pueden hacerlo a precio ventajoso.

La misma razón hay, y aun mayor, para el encarecimiento de las restantes especies de ganado, porque, destruidas las granjas y restringida la agricultura, nadie se cuida de su reproducción. Estos ricos hacen tanto caso de las crías bovinas como de las ovejas, limitándose a comprar reses flacas y baratas en otros lugares y a revenderlas a precio alto después que las han engordado con sus pastos. Creo que aún no se han apreciado todos los inconvenientes de esta conducta porque hasta ahora sólo han encarecido la vida en los lugares donde venden, pero el día en que pretendan sacar más reses de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

las que puedan producirse, es evidente que al disminuir poco a poco la abundancia en aquellos sitios donde hacen sus compras, no podrá evitarse que también en éstos se sufra gran miseria. De suerte que la malvada codicia de unos pocos arrastrará a la ruina vuestra isla que, precisamente por esta riqueza, parecía ser tan feliz.

Tal encarecimiento de la vida da lugar, en efecto, a que cada cual despida al mayor número posible de sus servidores; y yo te pregunto: ¿adónde los envían si no a mendigar o a robar, cosa que aceptarán más fácilmente esos generosos espíritus? Añádase a esa miserable pobreza e inopia un insolente lujo; los criados de los nobles, los obreros y aun los mismos campesinos, todos sin distinción de clases, muestran un boato excesivo en el vestir y no menor en el comer. El figón, los burdeles, el lupanar, esos otros lupanares que son la taberna o la cervecería y, por último, todos esos entretenimientos perniciosos, como los juegos de azar, la baraja, los dados, la pelota, los bolos, el disco ¿acaso no agotan rápidamente el dinero y llevan directamente al robo a sus adeptos?

Desterrad esas funestas plagas, decretad que reedifiquen las granjas y aldeas los que las destruyeron, o que las cedan para su reconstrucción a los que quieran hacerlo; poned freno a las compras de los ricos y a la libertad de ejercer monopolios; que sean cada vez menos los que vivan en la ociosidad, que se vuelva a la agricultura, que se organice la manufactura de la lana, ocupación honesta para las gentes ociosas a quienes hasta hoy la pobreza arrastró al robo, o para los que, siendo ahora vagabundos o criados haraganes, están a punto de parar en ladrones.

Si no remediáis decididamente estos males, es inútil que elogiéis la justicia destinada a reprimir los robos, pues ella será más aparente que real; porque consentir que los ciudadanos se eduquen pésimamente y que sus costumbres vayan corrompiéndose poco a poco desde sus más tiernos años para castigarlos cuando, ya hombres, cometan delitos que desde su infancia se hacían esperar, ¿qué otra cosa es sino crear ladrones para luego castigarlos?

Mientras yo hablaba, el jurisconsulto preparábase en silencio para contestar con ese tono solemne de los dialécticos que más fácilmente repiten que replican, hasta tal punto ponen buena parte de su fama en

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

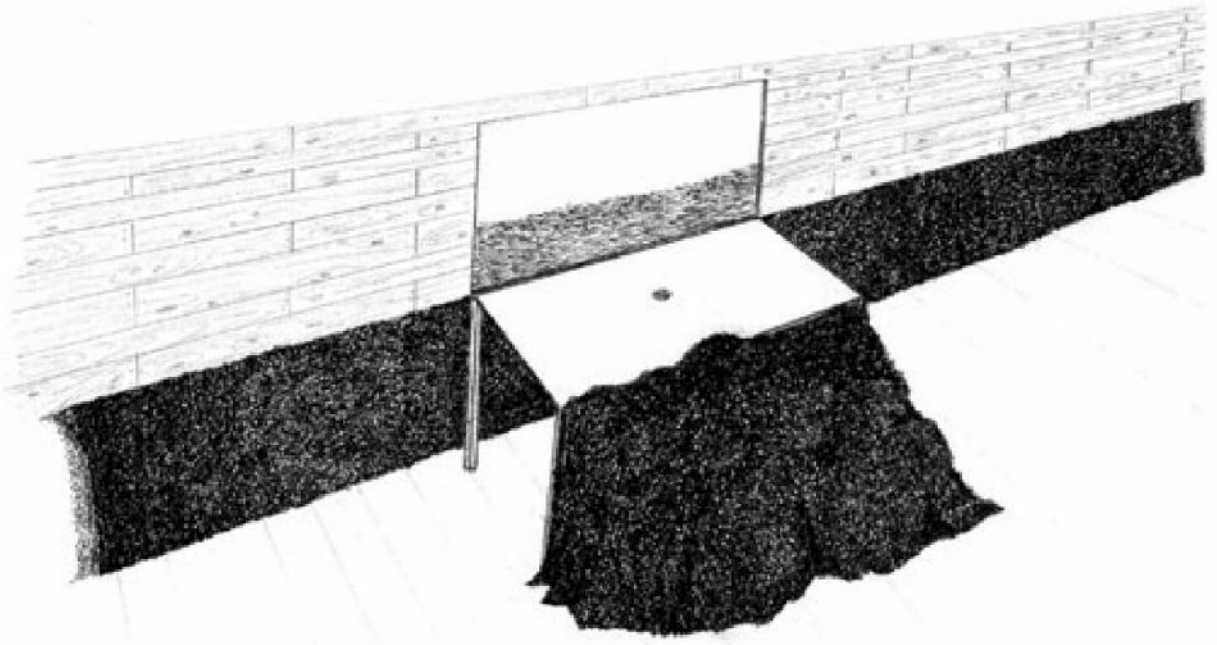
la memoria.

—Con gran acierto has hablado, para ser un extranjero que más bien conocerás de oídas que a fondo este asunto, como voy a probártelo en pocas palabras. Resumiré primero, ordenadamente, cuanto has dicho: luego señalaré en qué punto te has dejado llevar por el desconocimiento de nuestras cosas y, por último, destruiré y anularé todos tus argumentos. Así, pues, para comenzar por lo primero que he anunciado, me parece que hay cuatro partes...

—Calla —le interrumpió el Cardenal—, si así principias no creo que vayas a responder con pocas palabras. Te dispensaremos por lo tanto del trabajo de argumentar en este momento, pero conservando íntegra la obligación de hacerlo en nuestra próxima entrevista, la cual (a menos que tú o Rafael tengáis algún impedimento) quisiera fijar para mañana. Pero, entretanto, Rafael amigo, escucharía gustosísimo por qué razón crees que el robo no debe castigarse con la última pena y cuál otra consideras que sería de mayor utilidad pública, pues no pensarás, a buen seguro, que un delito así deba quedar impune. Porque si ahora, incluso con la amenaza de muerte, hay quien se lanza a robar, cuando estén seguros de que su vida no corre peligro ¿qué fuerza, qué temor sería capaz de detener a los malhechores? El hecho de suavizar la pena ¿no se podría interpretar como un aliciente que les invitase al delito?

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



—Paréceme —contesté—, ¡oh bondadosísimo padre!, absolutamente inicuo arrebatarle la vida a un hombre por que haya robado dinero; creo que la vida humana está por encima de todas las riquezas del mundo. Y si se adujera que con esa pena se repara, no el dinero, sino la justicia escarnecida y las leyes violadas, ¿no podrá con razón tildarse al supremo derecho de suprema injusticia? Ni las leyes manlianas son tan merecedoras de aprobación que porque se las desobedezca en algo haya que sacar al punto la espada, ni tan exactos los principios estoicos que gradúen como iguales todas las faltas y no establezcan ninguna diferencia entre matar a un hombre o robarle su dinero, cosas que, si en algo se estima la equidad, no tienen nada de semejante ni de afín. Si Dios prohibió el matar ¿vamos nosotros a suprimir tan fácilmente a un hombre porque ha robado unas monedas? No obstante, si se interpretare que ese mandamiento divino niega al hombre la facultad de matar, excepto cuando la ley humana ordene hacerlo, ¿qué impediría a los hombres declarar igualmente aceptables el estupro, el adulterio y el perjurio? Pues, habiéndonos negado Dios todo derecho, no sólo sobre la vida ajena, sino sobre la propia, si el consenso de los hombres al acordar bajo ciertas normas la mutua destrucción, debiera prevalecer hasta el punto de eximirnos de la obediencia al precepto mencionado, permitiéndonos dar muerte a los

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

que la ley humana condena, ¿no vendría el derecho divino a obligar solamente en cuanto lo permitiese el humano? Y, en consecuencia, ocurriría que, al igual que en otras cosas, podrían los hombres decidir hasta qué punto sería conveniente o no observar los divinos preceptos. Finalmente, si la ley mosaica, aunque inclemente y áspera, como destinada a esclavos y gente testaruda, castigó el robo con penas pecuniarias y no con la muerte, ¿creeremos que Dios, en su nueva ley de clemencia, como de un padre que gobierna a sus hijos, nos concedió mayor libertad para ser crueles? Por todas estas razones considero injusta la pena de muerte. Nadie ignora cuán absurdo y pernicioso para un Estado es castigar por igual al ladrón que al homicida, pues viendo el primero que corre igual peligro si se le condena sólo por robo que si, además, se le acusa de homicidio, bastará este pensamiento para impulsarle a matar al que, de otro modo, se hubiese limitado a despojar. Además, en caso de ser aprehendido, el homicidio no le agrava la pena, mientras que matando, su seguridad es mayor y mayor la esperanza de ocultar su crimen, suprimiendo al testigo. Resulta pues que, mientras buscamos los medios de aterrar a los ladrones, les incitamos a la perdición de las gentes de bien.

En cuanto a saber cuál podría ser el mejor castigo, creo que no sería más difícil de encontrar que el peor. ¿Por qué dudamos que sería útil para castigar los delitos el procedimiento que antiguamente seguían los romanos, hombres peritísimos en la administración del Estado? Condenaban, como es sabido, a los convictos de grandes crímenes, a trabajar en las canteras y en las minas cargados de perpetuas cadenas. A este respecto, no obstante, ninguna ley me parece mejor que la que pude observar en Persia, durante mis viajes, entre los vulgarmente llamados Polileritas, pueblo grande, bien gobernado, regido por leyes propias y que sería independiente del todo si no pagase un tributo al rey de Persia. Hallándose lejos del mar y casi rodeado de montañas, se satisface con los frutos de su fecunda tierra y ni visita asiduamente a otros pueblos, ni es visitado por ellos. Siguiendo las tradiciones antiguas de su país, no ansía ensanchar sus confines y defiende fácilmente de todo ataque los que posee, gracias a sus montes y al tributo que paga al rey; enteramente libres sus ciudadanos del servicio militar, viven, si no espléndida, cómodamente y más felices que

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

famosos o ilustres, pues me parece que ni siquiera su nombre es conocido sino de sus vecinos más cercanos. Pues bien, los que en dicho pueblo son convictos de robo, devuelven lo hurtado a su dueño y no al príncipe, como ocurre en otros sitios, por pensar que el monarca no tiene más derechos que el propio ladrón sobre la cosa sustraída. Si ésta desapareciere, se reúne y paga su valor con los bienes del culpable, entregándose íntegramente el sobrante a su mujer e hijos, mientras que a él se le condena a trabajos forzados. Si no hubo crueldad en la comisión del delito, no se le encarcela ni aherroja, sino que se le ocupa, libre y suelto, en los trabajos públicos; al que se niega o se muestra remiso, más que castigarlo con la cárcel, lo estimulan con el látigo. En cambio a los que realizan diligentemente su labor, se limitan a encerrarlos en celdas por la noche después de pasarles lista. Excepto el trabajo constante, su vida no tiene otras penalidades. A los que sirven al Estado se les alimenta bastante bien. El procedimiento, siempre a costa del pueblo, es distinto según los lugares: en unos, se saca de limosnas lo que se gasta en ellos, recurso que, aunque inseguro, resulta el más fecundo, dada su gran generosidad; en otros se destina a este fin el producto de ciertas rentas públicas y hay, finalmente, otros sitios donde se recauda por persona, con este objeto, un tributo determinado. En otras regiones no realizan los condenados ningún trabajo público sino que, cada vez que un particular necesita un jornalero, contrata en el foro, para aquel día, los servicios de cualquiera de ellos por un salario algo inferior al que hubiera pagado por un obrero libre teniendo, además, derecho a estimular su diligencia con el látigo. De este modo nunca les falta trabajo y, una vez pagado su sustento, revierte diariamente al erario público una parte de lo que cada uno gana. Todos, ya estén reunidos o aislados, visten de un solo color y llevan el pelo no rapado, sino un poco recortado por encima de las orejas, de una de las cuales les cortan un trocito. Pueden recibir de sus amigos alimentos, bebidas y vestidos del color prescrito, pero el darles dinero constituye, tanto para el donante como para el que lo recibe, delito capital. No es menos peligroso, incluso para un hombre libre, recibir, por cualquier concepto, dinero de un condenado, y es igualmente grave para los siervos (nombre que dan a los condenados) tocar un arma. Cada región marca a los suyos con una

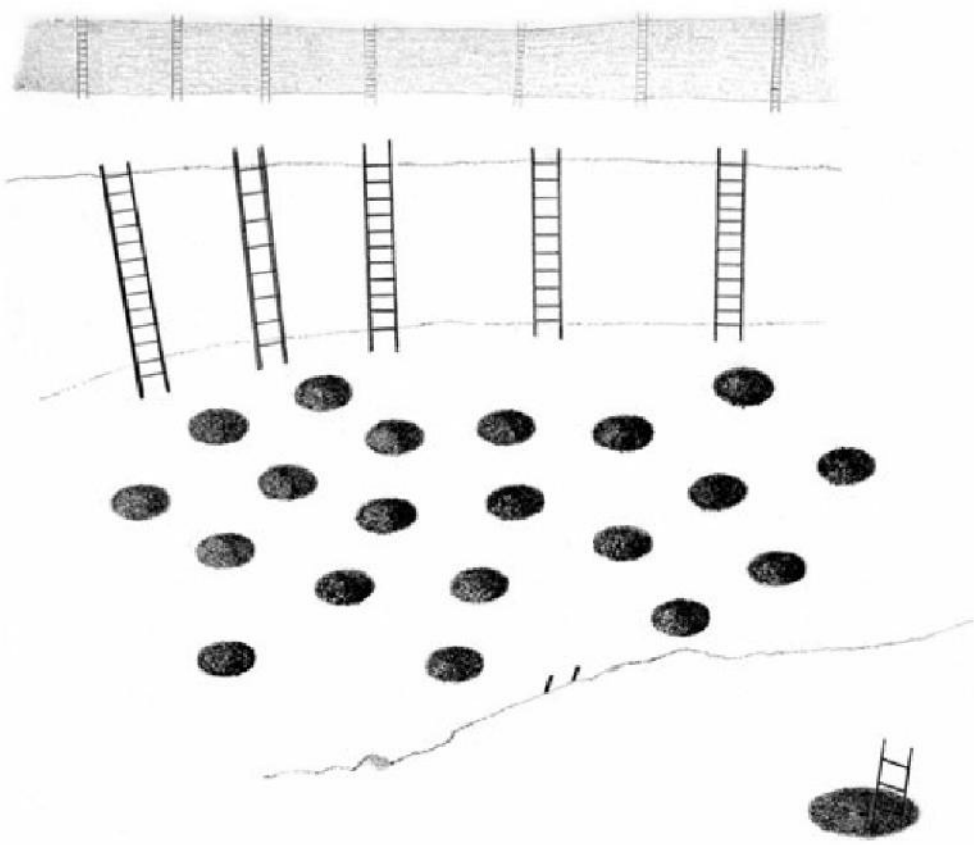
Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

señal particular, que es delito quitarse, así como el ser visto más allá de sus confines o conversando con un siervo de otra región. El intento de fuga no es menos peligroso que la fuga misma, significando para el cómplice de ella la muerte si es siervo y la servidumbre si es libre. Conceden, en cambio, al delator, si es libre, premios en dinero y la libertad si es esclavo, asegurando a uno y otro el perdón y la seguridad del secreto, no fuese a resultar más seguro perseverar en una mala intención que arrepentirse de ella. Tales son la ley y el criterio que regulan esta materia; fácilmente se echa de ver cuánto encierran de humano y ventajoso, ya que el rigor de la ley tiende a destruir los vicios, conservando a unos hombres que, tratados así, se ven obligados a ser buenos y a redimir con el resto de su vida el daño que antes causaron. Y hasta tal punto no es de temer su vuelta a las antiguas costumbres que los viajeros no encuentran guías más fieles y seguros que esos esclavos, los cuales sustituyen por otros así que llegan a distinta región. En realidad, todo se opone a que puedan perpetrar un robo: las manos inermes, el dinero delator del crimen, el castigo si se les apresa y ninguna esperanza de refugiarse en cualquier otro sitio. Porque ¿cómo podrá ocultar o encubrir su fuga un hombre vestido de manera absolutamente distinta a los demás, a no ser que huyese desnudo? Y aun así la oreja denunciaría al fugitivo. De igual modo sería imposible que conspirasen contra el Estado (lo que sin duda representaría un peligro), porque para llegar a tal resultado necesitarían antes tantear y solicitar a los esclavos de otras regiones, los cuales están bien lejos de la posibilidad de conspirar, ya que ni siquiera se les permite reunirse, conversar o saludarse; y por otra parte, no confiarían temerariamente sus proyectos a unos hombres que, de callarse, se expondrían a un gran peligro, mientras que con la delación alcanzarían las mayores ventajas. Por el contrario, ninguno deja de acariciar la esperanza de que obedeciendo, sufriendo y probando que se ha enmendado para su vida futura, logrará algún día recobrar la libertad. Y efectivamente, no pasa año sin que algunos, en recompensa de su docilidad, se vean rehabilitados.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Dije esto y añadí que no veía motivo alguno que impidiese aplicar igual procedimiento, incluso en Inglaterra, con resultados muy superiores a los de esa justicia que con tanto entusiasmo alabara el jurisconsulto.

—Nunca —me interrumpió— podría implantarse semejante cosa en Inglaterra, sin arrastrar al Estado a los mayores peligros.

Y al tiempo que hablaba, movió la cabeza, torció el gesto y callose después.

Todos los presentes se adhirieron a su opinión. Entonces dijo el Cardenal:

—No es fácil asegurar, sin hacer antes algunas experiencias, si las cosas marcharían así bien o mal. Si después de pronunciada una sentencia de muerte, mandase el príncipe suspenderla para poner a prueba ese sistema, limitando el derecho de asilo, y se obtuviesen resultados satisfactorios, sería conveniente establecerlo; en caso contrario, ejecutar más tarde a los que fueron condenados anteriormente, ni sería más perjudicial al Estado ni más injusto que si

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

se hubiese hecho inmediatamente. Entretanto, ningún riesgo se correría con esta experiencia. No veo tampoco inconveniente en tratar de igual modo a los vagabundos, contra los cuales tantas leyes se han dictado hasta ahora sin que en realidad se haya adelantado nada.

Así que terminó de hablar el Cardenal, todos a porfía elogiaron con entusiasmo las ideas que menospreciaron cuando yo las expuse, y en especial lo concerniente a los vagabundos, sólo por el hecho de haberlo añadido él.

Hallábase presente cierto parásito que tratando de imitar a un bufón, lo simulaba tan bien que lo era de verdad. Tan insípidas eran las palabras con que intentaba provocar la risa que más se reían de su persona que de sus dichos. De vez en cuando, sin embargo, escapábansele a aquel hombre expresiones tan lejos de ser absurdas, que justificaban el proverbio "los reiterados dardos acaban por alcanzar a Venus". Este individuo, al decir uno de los convidados que con mi discurso había resuelto yo el problema de los ladrones y que, por su parte, el Cardenal había solucionado el de los vagabundos, quedando sólo preocuparse oficialmente de aquellos a quienes la enfermedad o la vejez habían empujado a la pobreza y convertido en seres incapaces de trabajar para sustentarse, dijo a su vez:

—Dejadme, yo veré la manera de que esto se resuelva satisfactoriamente. Deseo, en efecto, alejar de mi vista a unas gentes que tanto y tan de continuo me han molestado pidiéndome dinero con quejumbrosos gemidos, los cuales nunca aturdieron mis oídos al punto de arrancarme un solo céntimo, porque siempre me ocurre una de estas dos cosas: o no quiero dárselos o no puedo, porque no lo tengo. Ahora empiezan ya a conocerme y para no perder el tiempo, cuando se tropiezan conmigo, pasan de largo en silencio, pues saben que de mí no pueden esperar más que de un cura. En consecuencia: "Ordeno y mando por esta mi ley que todos los mendigos se distribuyan y repartan entre los conventos de benedictinos y se hagan, como dicen, monjes legos; mando igualmente que las mujeres sean monjas".

Sonriose el Cardenal, aprobando en broma sus palabras, mientras los demás lo hacían en serio.

Con esta broma contra los clérigos y los frailes un hermano, teólogo,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

se puso tan contento que él mismo, de ordinario hombre muy serio, se puso a bromear.

—Ni aun así —dijo— conseguirás librarte de los mendigos, si no procuras al mismo tiempo un sustento para nosotros, los frailes.

—También esto está previsto —dijo el bufón—, porque el Cardenal tiene muy bien dispuesto que sean incluidos los vagos y se les dé trabajo, y vosotros sois los mayores vagos.

Como el Cardenal no mostró desaprobación, toda la tertulia asintió, con excepción del fraile. Pues éste, como no es extraño, salpicado de aquel vinagre, se enfadó tanto y tanto se enfureció que no pudo contener los insultos y comenzó a llamarle granuja, deslenguado, calumniador, hijo de perdición, mientras lanzaba terribles amenazas sacadas de las Escrituras.

El bufón comenzó a bromear en serio y aquí estaba en su elemento.

—No te enfurezcas, buen hermano, porque está escrito: “En la paciencia se halla la salud de vuestras almas”

A esto el fraile, y reproduzco sus propias palabras, repuso:

—No enfurezco, tú, soga de horca, o por lo menos no peco. Porque dice el salmista: “Encolerizaos y no pequéis”

El Cardenal advirtió dulcemente al hermano que refrenara su ímpetu.

—No, magnífico señor —contestó él— hablo, como debo, con celo justísimo: también los santos mostraron un celo justísimo y por eso está dicho: “Me consume el celo de tu casa”. Y en las iglesias se canta: “Cuando Eliseo entró en la casa del Señor, oyendo tras sí las risas de la burla, la cólera del calvo alcanzó a los burladores”, como alcanzará quizá a este burlador idiota.

—Acaso tú obras con loable celo —dijo el Cardenal—, pero me parece que obrarías, si no más piadosamente, de seguro con mayor prudencia, si no te mezclaras con un loco en una disputa risible.

—¡Oh no, magnífico señor!, eso no sería más prudente, pues hasta el sapientísimo Salomón dice: “Contesta a un loco según su locura”, como ahora hago yo y le señalo la zanja en que va a caer si no pone cuidado. Porque así como los muchos burladores de Eliseo, que no era más que un calvo, sintieron su cólera, ¿con cuánta más razón no sentirá un burlador la cólera de muchos frailes, entre los cuales se

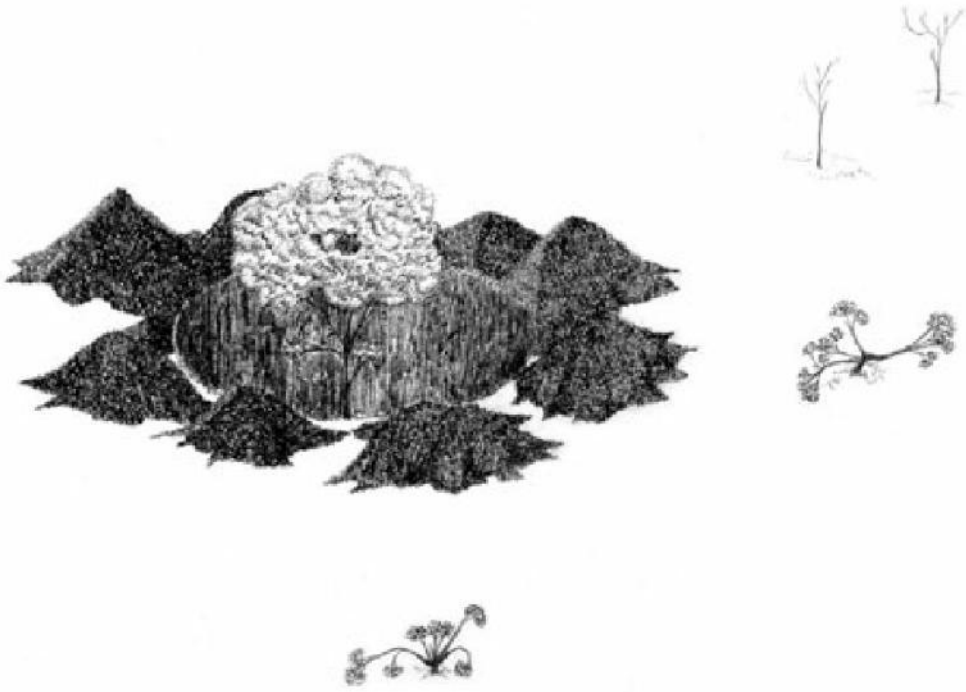
Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

cuentan tantos calvos? Además, hay una bula del Papa por la cual quedan excomulgados los que se rían de nosotros.

Como el Cardenal se dio cuenta de que aquello no iba a terminar, hizo una seña al bufón para que se alejara, desvió la conversación hacia otro tema y a poco se levantó de la mesa para ir a dar audiencia a los solicitantes y de esta suerte nos abandonó.

—Ya ves, amigo Moro, con cuán largo discurso te he molestado; vergüenza me hubiese dado hacerlo de no habérmelo tú pedido con tanto ahínco y escuchado como si no quisieras perder palabra de una conversación que, aunque pudo haber sido algo más concisa, tuve que referirte íntegramente en vista del proceder de quienes, desdeñando mis palabras, se apresuraron a aplaudirlas al ver que el Cardenal no las desaprobaba, llegando en su adulación al extremo de halagar y admitir casi en serio las invenciones de un parásito, que su amo, por broma, no despreciara. De ahí podrás deducir cuánto aprecio harían de mí y de mis consejos los cortesanos.



—Mucho me deleitaste —dije— Rafael amigo; hasta tal punto es a la vez inteligente e ingenioso cuanto has dicho. Además, ha habido momentos en que, con el grato recuerdo del Cardenal, en cuya corte

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

me eduqué de niño, parecíame retornar no sólo a la patria, sino a la infancia. No podrás imaginarte, amigo Rafael, cuánto más querido te has hecho para mí, aunque ya eras queridísimo, al evocar tan encarecidamente como lo has hecho el recuerdo de ese hombre. Con todo, no me decido en modo alguno a cambiar de opinión: pienso, antes bien, firmemente, que si te decidieras a no apartarte de las cortes reales podrías con tus consejos aportar grandes bienes al pueblo. Nada más propio de tu deber, que es el de un buen ciudadano, pues, como piensa tu amado Platón, los Estados serían felices si reinasen los filósofos o filosofasen los reyes. ¿Cuán lejos no estará la felicidad si los filósofos no se dignan siquiera comunicar sus consejos con los reyes?

—No son —repuso él— tan esquivos que no lo hiciesen gustosamente —muchos incluso ya lo han efectuado publicando libros— si los que tienen el gobierno de los Estados se hallasen dispuestos a aceptar sus consejos. Sin duda previó Platón con acierto que si los reyes —imbuidos y emponzoñados desde niños con perversas opiniones— no filosofaban, jamás aprobarían los consejos de los filósofos, como él mismo pudo comprobar junto a Dionisio. ¿No crees que si yo propusiese a cualquier monarca sensatas medidas o intentase arrancar las perniciosas semillas de muchos males sería inmediatamente despedido o considerado como objeto de burla? ¡Ea!, imagíname en la corte del rey de Francia y formando parte de su Consejo cuando, en el más secreto retiro y presidiendo él mismo a los varones más sabios, se están tratando cuestiones tan graves como éstas: los medios e intrigas para conservar a Milán, atraer de nuevo la escurridiza Nápoles, destruir luego a los venecianos, someter a Italia entera, domeñar más tarde a Flandes, Brabante, toda Borgoña y a otros muchos pueblos ya invadidos de antemano con el pensamiento. Uno aconsejará hacer con los venecianos un pacto duradero sólo en la medida de las propias conveniencias y consistente en depositar en su poder parte del botín, recuperable así que el negocio se termine con arreglo a lo previsto; otro se inclinaría a reclutar alemanes; otro a halagar con dinero a los suizos; otro a granjearse a peso de oro, como un talismán, el numen adverso de la majestad imperial; otros defenderían la necesidad de llegar a un arreglo con el rey de Aragón, cediéndole en prenda de paz el ajeno reino de Navarra; otros, en fin, pensarían en la conveniencia

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

de captarse al rey de Castilla con el señuelo de una alianza familiar y de atraerse con el aliciente de determinada cantidad a algunos de sus cortesanos. Surge entonces la mayor dificultad de todas, o sea la conducta a seguir con Inglaterra; habrá de tratarse de la paz y de asegurar por medio de estrechísimos lazos una unión siempre débil; se les llamará amigos, aunque se les tenga por enemigos; se tendrá preparados, como un cuerpo de guardia, a los escoceses, atentos a cualquier ocasión, para lanzarlos inmediatamente al menor movimiento de los ingleses. Convendrá además favorecer ocultamente, pues los tratados prohíben que se haga a las claras, a algún noble desterrado que se crea con derecho al trono, para tener como en el puño, por este medio, al príncipe del que desconfían.

Si en este punto, digo, de maquinaciones tan importantes y ante tantos varones ilustres, que concentran a porfía sus consejos en la guerra, se presentase un hombrecillo como yo y los mandase cambiar de rumbo diciéndoles: "Hay que prescindir de Italia, hay que permanecer en el propio suelo, y si el reino de Francia es ya demasiado grande para ser bien gobernado por un solo hombre, déjese el rey de pensar en agregarle otros". Si además les pusiera como ejemplo la conducta de los acorioros, situados frente a la isla de los utópicos, a orillas del Euronotos, quienes, después de guerrear en otro tiempo para granjearle a su monarca un nuevo reino, que pretendía debérsele por herencia en virtud de un antiguo parentesco, vieron, una vez logrado, que las dificultades para conservarlo no eran inferiores a las que tuvieron que afrontar en su conquista; que por doquier amagaban ora rebeliones internas, ora incursiones externas contra los sometidos; que continuamente tenían que combatir en su defensa o contra ellos; que nunca llegaba la posibilidad de licenciar al ejército; que entretanto, se les saqueaba y se llevaba afuera su dinero; que su propia sangre derramábase para satisfacción de la vanidad ajena; que la paz estaba en constante peligro y en la patria, corrompidas las costumbres con la guerra, penetrado el pueblo del placer de robar, acrecentada la audacia para el asesinato, despreciadas las leyes porque al rey, ocupado en el gobierno de dos pueblos, no le era posible consagrarse por entero a cada uno de ellos; convencidos, por otra parte, de que nunca llegarían al término de tantos males, hicieron saber al monarca,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

con todo respeto que, no pudiendo ejercer su autoridad sobre ambos reinos por ser sus súbditos demasiado numerosos para que los gobernase un rey a medias, se oponían a su pretensión de conservar aquéllos, tanto más cuanto que a nadie le gusta compartir con otro ni su palafrenero. Y así aquel buen príncipe se vio obligado, después de dejar el nuevo reino a uno de sus amigos —que fue depuesto a poco—, a conformarse con el antiguo.

Si, por último, pretendiese demostrarles que todos esos proyectos guerreros que a tantas naciones perturban, agotando sus recursos y aniquilando al pueblo, no reportan en definitiva más que desgracias y que, por lo tanto, debe el monarca cuidar el reino de sus mayores, favorecerlo en todo lo posible, convertirlo en el más floreciente, amar a sus súbditos y hacerse amar de ellos, vivir su misma vida, gobernarlos dulcemente y dejar en paz a los demás reinos, porque el que le ha tocado en suerte es para él suficientemente grande y aun excesivo, ¿cómo crees, amigo Moro, que escucharían mis palabras?

—Evidentemente —repuse— con oídos no muy propicios.

—Prosigamos, pues —dijo—. Los consejeros tratan y maquinan con cualquiera de los reyes por qué procedimientos podrían acumular tesoros; aconséjale uno aumentar el valor de la moneda, cuando se tenga que hacer algún pago, y rebajarlo a menos de lo justo cuando se trate de cobrar, a fin de satisfacer con poco mucho gasto y de recibir mucho a cambio de poco; propugna otro simular una guerra y después de haber acumulado dinero con este pretexto, hacer la paz, cuando pareciere oportuno, con sagradas ceremonias, ganando así el rey a los ojos del bajo pueblo el prestigio de un príncipe misericordioso que se ha compadecido del derramamiento de sangre humana; recuérdale otro ciertas leyes antiguas y ya roídas por la polilla, anticuadas por el largo desuso y que como nadie recuerda que han sido promulgadas, todos han transgredido, para que mande exigir las multas correspondientes, de donde resultaría un ingreso más lucrativo que ningún otro y más honorable, puesto que se cubre con la máscara de la justicia; otro le persuade a prohibir, bajo pena de grandes multas, cosas perjudiciales al pueblo y dispensar luego de esa prohibición, mediante el pago de una cantidad, a los perjudicados por ella en sus intereses, captándose así la buena voluntad del pueblo y obteniendo

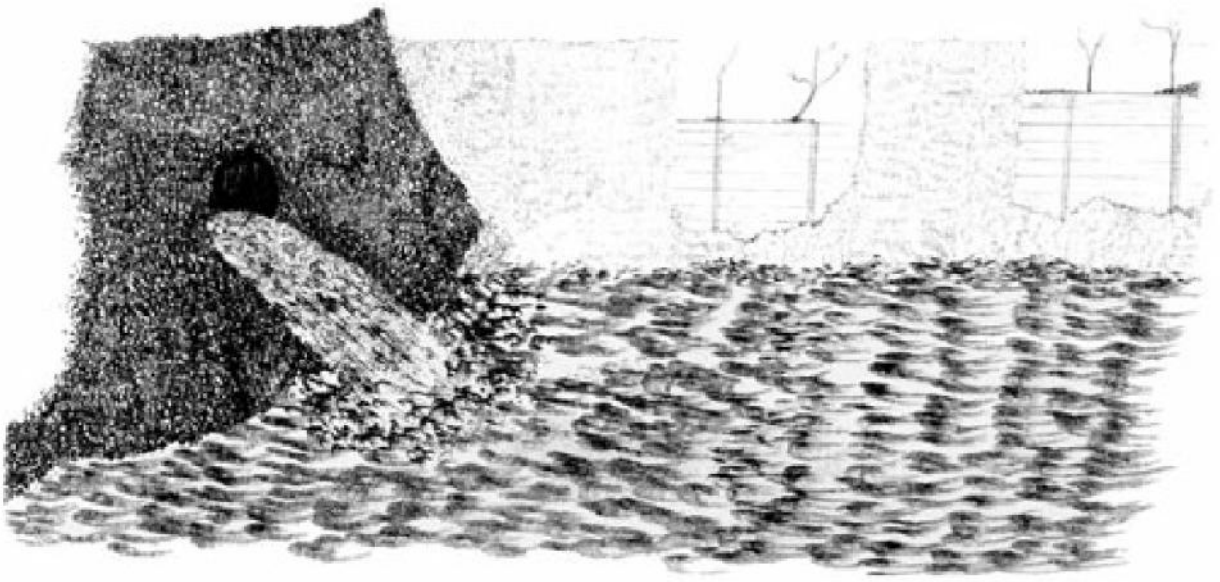
Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

un doble beneficio del importe de las multas impuestas a los que el afán de ganancia hizo caer en la trampa, y del de la venta de las dispensas, quedando el príncipe en tanta mejor opinión cuanto mayores fuesen éstas, pues parecería que no perdonaba a ningún particular nada contrario al bien del pueblo, como no fuese a costa de una gran cantidad; otro preconiza ganarse a los jueces para que siempre resuelvan a favor del derecho real, atrayéndolos a palacio e invitándoles a discutir ante el propio monarca sus problemas, pues ninguna causa real habrá de ser tan abiertamente inicua que alguno de ellos no pueda, ya por el placer de contradecir, ya por temor a repetir las palabras de otro, ya para granjearse el regio favor, encontrar un resquicio por donde logre deslizarse alguna capciosa defensa. De este modo, con las opiniones contradictorias de los jueces, el asunto, clarísimo en sí, se embrolla, quedando la verdad dudosa y dando al rey la oportuna ocasión de interpretar el derecho a su conveniencia, a lo cual se sumarían los demás llevados de la timidez o del miedo, y los tribunales dictarían luego audazmente su sentencia. Nunca faltan motivos al que se pronuncia en favor del príncipe; bástale o que la justicia esté de parte del mismo o las fórmulas legales o la retorcida interpretación de un texto o la indiscutible prerrogativa real que priva más que ninguna otra ley en el ánimo de los escrupulosos jueces. Todos están de acuerdo en el conocido criterio de Craso: “Ninguna suma de dinero es suficiente para un rey que deba mantener un ejército; un rey, aunque quiera, no puede obrar con injusticia” En efecto, perteneciéndole los bienes de todos e incluso los hombres mismos y no poseyendo cada uno sino lo que la benevolencia regia le consiente, importa mucho al rey, y en ello estriba su seguridad, que los particulares posean lo menos posible, para que no se ensoberbezca el pueblo con riquezas y libertad, cosas éstas que soportan menos pacientemente los gobiernos duros e injustos, al paso que la pobreza y la miseria, debilitando los ánimos, los hace resignados y quita a los oprimidos todo generoso impulso de rebelión.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Al llegar a este punto habría de levantarme a decir que tales consejos son indignos y perniciosos para el rey, cuyo honor y hasta cuya seguridad residen en los recursos del pueblo más que en los suyos propios; y mostrarles que los reyes se eligen para bien del pueblo y no del soberano, es decir, para que con su esfuerzo y celo pongan el bienestar de aquél al abrigo de toda injusticia, cuidado que corresponde al príncipe, más para lograr el bien de sus súbditos que el suyo propio, a semejanza del pastor que, por serlo, cuida antes de sus rebaños que de sí mismo. La realidad enseña cuán equivocados están los que piensan que la pobreza del pueblo es garantía de paz. Porque ¿dónde hay más altercados que entre los mendigos? ¿Quién desea con más empeño trastornar el orden de las cosas sino aquel a quien desagrada absolutamente la situación presente de su vida? ¿Quién, en fin, se lanza con ímpetu más audaz a subvertirlo todo, con la esperanza de lucrarse en algo, sino el que ya no tiene nada que perder? Si un rey fuese de tal modo odiado o despreciado por sus súbditos que no pudiese retenerlos en la obediencia sino por el ultraje, el despojo y la confiscación reduciéndolos a la mendicidad, más le valdría renunciar inmediatamente al reino que retenerlo con tales procedimientos que, aunque le conserven su título, le hacen perder la majestad, pues no es propio de la dignidad real gobernar a mendigos, sino a gentes felices. Éste era también el criterio de Fabricio, hombre de espíritu recto y

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

elevado, al declarar que prefería gobernar a ricos, que enriquecerse él mismo; pues, evidentemente, el que uno solo viva entre placeres y delicias, mientras los demás gimen y se lamentan por doquier, no es ser custodio de un reino, sino de una cárcel. Finalmente, así como es propio de un médico ignorante el no saber curar una enfermedad sin causar otra, así el que no puede corregir la conducta de los ciudadanos sino suprimiéndoles las comodidades de la vida debe confesar que no sabe gobernar a hombres libres, y dedicarse a corregir su ineptitud y soberbia, porque esos defectos serán motivo de que el pueblo le desprecie o le odie. Viva honestamente de lo suyo, atempere los gastos a los ingresos, refrene sus malas acciones y prevenga con leyes justas las de sus súbditos, mejor que dejar que las cometan para castigarlas luego; revoque meditadamente las leyes abolidas ya por la costumbre, sobre todo las que, largo tiempo abandonadas, no se echan de menos, y nunca, con pretexto de una transgresión de esta clase, exija nada que un juez no consentiría en conceder a un particular cualquiera por considerarlo inicuo y doloso.

Les expondría, en este punto, la ley de los Macarienses, que viven no muy lejos de Utopía; su rey, el día que sube al trono, luego de celebrar solemnes ceremonias, se obliga bajo juramento a no tener nunca al mismo tiempo en el tesoro más de mil libras de oro o su equivalente en plata. Cuentan que esta norma fue establecida por uno de sus mejores monarcas, quien tuvo más presente el bienestar de su patria que su propia riqueza y quiso poner freno a una acumulación tan grande de dinero que llegase a ocasionar la pobreza de su pueblo. Dicho tesoro le parecía suficiente para las guerras del rey contra los rebeldes y para rechazar incursiones enemigas, y no de tanta importancia, en cambio, como para despertar la codicia ajena. Ésta fue la causa principal de que se dictase esa ley; la inmediata fue el considerar que de este modo no faltaría el dinero necesario para las cotidianas transacciones de los ciudadanos, pues como el rey debía por fuerza dar salida a cuanto se acrecentase en el tesoro por encima del límite establecido, no habría así lugar a injusticias. Tal rey sería temido por los malos y amado por los buenos.

Exponer razonamientos tales y otros por el estilo ante hombres vehementemente inclinados al criterio opuesto ¿no sería como

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

contárselo a los sordos?

—A sordísimos —repuse— sin duda alguna. Y por cierto que no me admiro ni me parece, a decir verdad, que haya que alegar semejantes razonamientos o dar consejos tales cuando se está seguro de que jamás han de ser aceptados. Pues ¿de qué había de servir o cómo influiría un lenguaje tan desacostumbrado en la mente de quienes tienen ya el espíritu dominado por un convencimiento absolutamente distinto? Entre amigos íntimos y en conversación familiar es agradable esa filosofía escolástica, pero no cabe en los Consejos reales donde se tratan graves asuntos con sesuda autoridad.

—En eso pensaba yo —replicó—, al decir que no hay lugar ante los príncipes para la filosofía.

—Eso, sin duda —contesté—, es verdad respecto a esa filosofía escolástica que piensa que cualquier principio suyo puede aplicarse a todo; pero hay otra filosofía más política que conoce su escenario y se acomoda a él, desempeñando con arte y decoro su papel en la obra que se representa. Ésa es la que debes poner en juego. De otro modo, si en la representación de cualquier comedia de Plauto, mientras se chancean los esclavos, te presentases en escena con aire filosófico y recitases aquel pasaje de la Octavia en que Séneca discute con Nerón, ¿no te valdría más desempeñar un papel mudo que convertir la obra en tragicomedia trayendo a colación palabras ajenas? Trastrocarías y estropearías la representación mezclándole párrafos extraños por más que fuesen excelentes. Representa la obra que se te ha encomendado lo mejor que puedas y no trastornes su conjunto sólo porque te acordaste de un fragmento más ingenioso de otra. Igual ocurre en el Estado; igual en los Consejos reales. Si no es posible desarraigar las malas opiniones ni poner remedio a defectos inveterados, según tu modo de pensar, no por eso se debe abandonar al Estado ni dejar la nave en medio de la tempestad, por no poder dominar los vientos. Y no es imponiéndoles un lenguaje desacostumbrado e insólito, a sabiendas de que no ha de tener ningún peso ante personas convencidas de lo contrario, sino por medio de un rodeo, como se ha de intentar y procurar, en la medida de lo posible, arreglar las cosas satisfactoriamente y conseguir, al menos, que lo que no pueda transformarse en bueno sea lo menos malo posible, pues no es

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

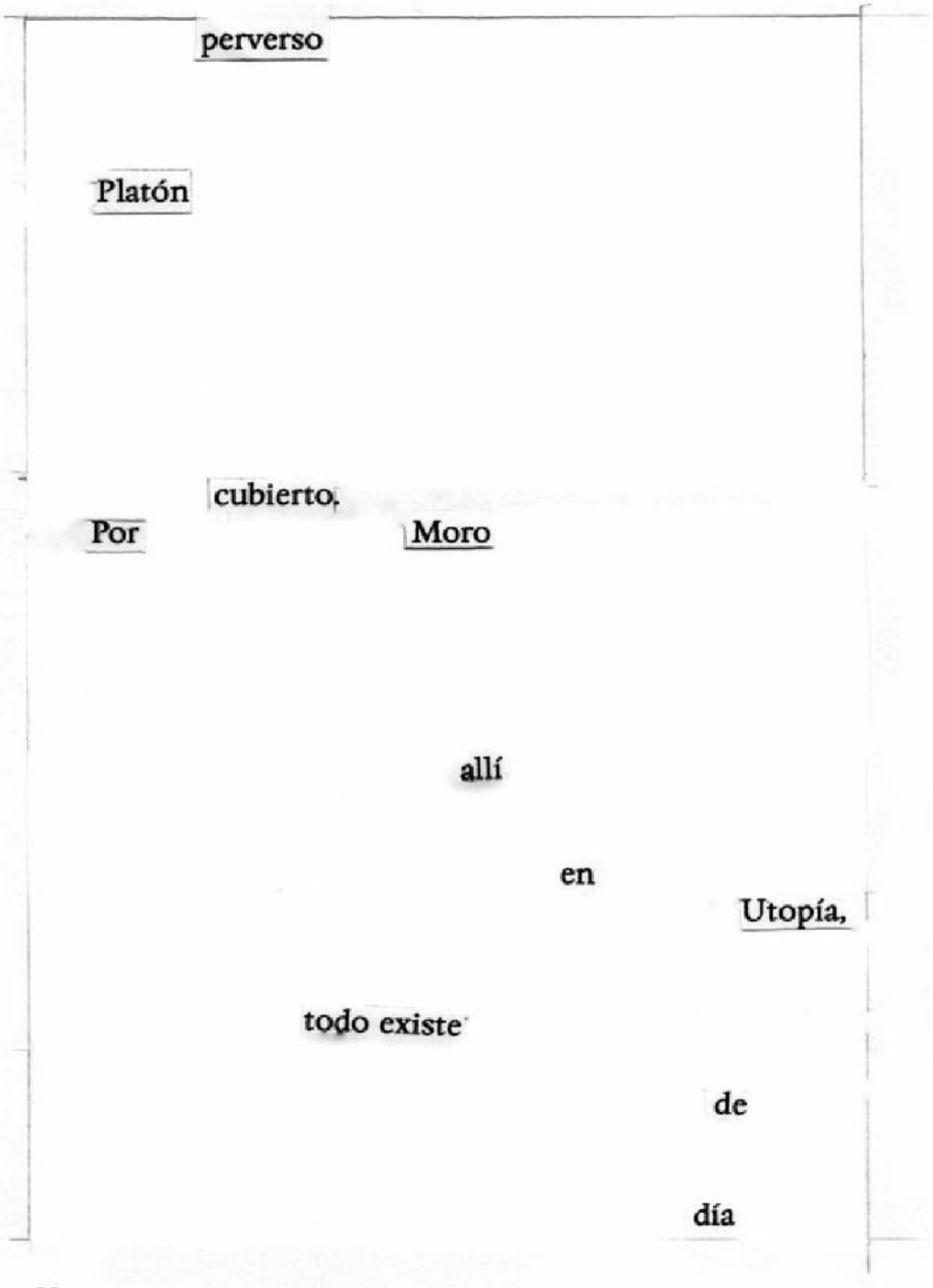
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

hacedero que todo sea bueno, a menos que la humanidad lo sea, cosa que no espero hasta dentro de algunos años.

—Con tal procedimiento —respondió él— sólo lograría, al procurar remedio a la locura de los demás, enloquecer con ellos; pues si quisiera hablar con verdad, necesitaría decirles esas cosas. Por lo demás, si el mentir es propio de un filósofo, desde luego no lo es de mí. Y aunque mis palabras les resulten desagradables y molestas, no veo por qué deban parecerles insólitas hasta la necedad. Si les hablase de aquellas cosas inventadas por Platón en su *República*, o de las que hacen los utópicos en la suya, aunque fuesen, como en realidad son, mejores, podrían, no obstante, parecerles extrañas por existir aquí la propiedad privada, al paso que allí todo es común. Mi discurso, salvo que no puede ser agradable a los que han decidido en su fuero interno lanzarse por otros derroteros, ya que les obliga a volver atrás y les muestra los peligros, ¿qué tuvo que no convenga o no pueda decirse en cualquier lugar? Si hay que silenciar como insólito y absurdo cuanto las perversas costumbres de los hombres han hecho parecer extraño, habría que disimular entre los cristianos muchas cosas enseñadas por Cristo, cuando él, por el contrario, prohibió que se ocultasen y mandó incluso predicar las que susurró al oído de sus discípulos, pues la mayor parte de esas palabras son tan ajenas a las actuales costumbres como lo fue mi discurso. Creo que muchos sagaces predicadores han seguido tu criterio; porque como las costumbres humanas se acomodan difícilmente a las normas de Cristo, adaptaron ellos su doctrina, como regla de plomo, a las costumbres, para poder conciliarlas de alguna manera. No creo que con ello hayan adelantado otra cosa que el permitir a los hombres ser malos impunemente. Ya ves que yo no sería útil en los Consejos reales, pues, u opinaría de manera distinta a los demás, lo cual equivaldría a no opinar nada, o lo haría de idéntico modo, caso en el cual me haría cómplice de su locura, como dice el Mición de Terencio.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

No sé de qué serviría ese procedimiento indirecto de que hablabas y con el cual se había de intentar que si las cosas no pueden convertirse en buenas, lleguen a ser, sin embargo, manejándolas convenientemente, lo menos malas posible. No es el Consejo real lugar a propósito para el disimulo, ni es dado allí cerrar los ojos; por el contrario, hay que aprobar abiertamente las peores decisiones y suscribir las leyes más perniciosas. Sería visto como un espía, y casi como un traidor, el que elogiase tibiamente las medidas más execrables.

No hay, pues, posibilidad de hacer nada útil, junto a unos colegas que más bien serían capaces de corromper al mejor de los hombres que de corregirse ellos mismos, y en cuyo perverso trato uno se depravaría, y hasta el más íntegro y probo acabaría por encubrir la maldad o la estupidez ajena. ¡Tan lejos estamos de poder convertir algo en mejor por ese tu procedimiento indirecto! Por eso Platón explica con un bellísimo símil por qué los sabios se apartan de los negocios públicos: ven a las gentes, caladas por la incesante lluvia, desparramarse en las plazas, sin poder convencerlas de que se sustraigan al agua y se guarezcan en sus casas, y, seguros de que nada adelantarán con salir, como no sea el mojarse con ellas, permanecen bajo techado, contentándose, en vista de que no pueden remediar la necedad ajena, con quedarse, por lo menos, a cubierto.

Por otra parte, amigo Moro (pues voy a decirte con sinceridad lo que pienso), estimo que dondequiera que exista la propiedad privada y se mida todo por el dinero, será difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente, a no ser que pienses que es obrar con justicia el permitir que lo mejor vaya a parar a manos de los peores, y que se vive felizmente allí donde todo se halla repartido entre unos pocos que, mientras los demás perecen de miseria, disfrutan de la mayor prosperidad.

Por lo cual, cuando reconsidero en mi mente las sapientísimas e irreprochables instituciones de Utopía, país en el que todo se administra con tan pocas leyes y tan eficaces, que aunque se premie la virtud, por estar niveladas las riquezas, todo existe en abundancia para todos; cuando, de otro lado, comparo con las costumbres de ésta las de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

tantas naciones que están dictando de continuo leyes distintas y ninguna bastante eficaz, naciones en que cada cual llama su bien privado a lo que alcanza a poseer y donde las muchas leyes dictadas cada día no bastan, ya sea para adquirir algo en propiedad, ya para conservarlo, ya para diferenciar de lo ajeno lo que cada uno considera propio, como claramente lo demuestran los infinitos pleitos que de continuo se originan y que no parece hayan de acabar nunca; cuando, repito, considero en mi interior estas cosas, doy la razón a Platón y no me extraña que no quisiera dar ley ninguna a los que se negaban a repartir con equidad en común todos los bienes. Hombre sapientísimo, previó acertadamente que el solo y único camino para la salud pública era la igualdad de bienes, lo que no creo se pueda conseguir allí donde exista la propiedad privada. Pues mientras con títulos seguros cada cual atrae a su dominio cuanto puede, por muy grande que sea la abundancia, unos pocos se la repartirán por completo entre sí dejando a los demás la pobreza. Y casi siempre ocurre que estos últimos —hombres modestos y sencillos que, con su trabajo cotidiano, benefician más al pueblo que a sí mismos— son más dignos de suerte que aquellos otros rapaces, malvados e inútiles.

Por eso estoy absolutamente persuadido de que, si no se suprime la propiedad, no es posible distribuir las cosas con un criterio equitativo y justo, ni proceder acertadamente en las cosas humanas. Pues, mientras exista, ha de perdurar entre la mayor y mejor parte de los hombres la angustia y la inevitable carga de la pobreza y de las calamidades, la cual, así como admito que es susceptible de aligerarse un tanto, afirmo que no puede suprimirse totalmente. Mas si se estatuyere que nadie posea más de cierta extensión de tierra y se declarare como legal para cada ciudadano un cierto límite de fortuna; si se previniere con leyes adecuadas que ningún príncipe fuera demasiado poderoso y ningún pueblo orgulloso en demasía, y que los cargos públicos no se soliciten, ni se vendan, ni hayan de desempeñarse con boato, para no obligar a sus titulares a procurarse dinero con fraudes y rapiñas y evitar la necesidad de proveer en hombres ricos cargos que deberían ser desempeñados por personas competentes; con tales leyes, repito, a la manera que los cuerpos enfermos y débiles suelen fortalecerse con asiduos remedios, esos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

males podrían aliviarse y mitigarse, no habiendo, en cambio, esperanza ninguna de que sanen y vuelvan a su estado normal si cada cual posee algo como propio. Por el contrario, al intentar la curación de una parte, se exasperará la herida de otras, así como de la curación de una enfermedad se origina otra nueva, porque nada puede añadírsele a una persona como no sea quitándoselo a otra.

—Opino, por el contrario —repuse—, que no se puede vivir a gusto donde todo es común. ¿Pues cómo se alcanzaría la prosperidad si todos se sustrajesen al trabajo? No urgiéndole a nadie el deseo de ganancia, la confianza en el esfuerzo ajeno les hará perezosos, y al sentirse acuciados por la pobreza y sin ningún medio legal para proteger como suyo lo adquirido ¿no se seguiría un inevitable vivir en perpetua matanza y sedición? Suprimida, además, la autoridad de los magistrados y el temor que inspiran, no me es posible siquiera imaginar qué papel iban a desempeñar éstos entre hombres que no admiten entre sí ninguna diferencia.

—No me extraña —replicó— que opines así, pues no tienes la menor idea de la cuestión o tienes una falsa. Si hubieses estado conmigo en Utopía y conocido personalmente sus costumbres e instituciones —como lo hice yo, que viví allí más de cinco años y nunca me hubiese marchado, a no ser por mi deseo de dar a conocer aquel nuevo mundo— confesarías abiertamente que jamás y en ninguna parte habías visto pueblo mejor ordenado que aquél.

—Mas —exclamó Pedro Egidio— difícilmente me convencerás de que exista un pueblo mejor regido en ese nuevo mundo que en éste que conocemos, donde hay, en mi opinión, ingenios en nada inferiores y Estados no menos antiguos, que por larga experiencia lograron muchas cosas convenientes para la vida, sin contar otras tantas debidas al azar y que ninguna inteligencia hubiese sido capaz de concebir.

—En lo que mira a la antigüedad de los Estados —replicó Rafael— sólo podrías pronunciarte con exactitud si hubieses leído las historias de aquel mundo, según las cuales hubo en él ciudades antes que aquí hombres. En cuanto a los inventos del ingenio o descubrimientos del acaso, igualmente pudieron producirse en cualquier parte. Creo, por lo demás, que aunque les aventajemos en inteligencia, nos dejan ellos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

muy atrás en celo y laboriosidad. Antes de nuestra llegada casi nada conocían de nuestras cosas (a las que llaman ultraequinocciales), pues solamente, y hace de esto unos mil doscientos años, llegó hasta allí, arrastrada por la tempestad, una nave que naufragó junto a la isla de Utopía, arrojando a la costa a unos cuantos romanos y egipcios que nunca más se alejaron de aquella tierra. Y mira el partido que de tal circunstancia fortuita supo sacar la diligencia de los utópicos: no hubo en el Imperio romano arte susceptible de algún provecho que ellos no aprendiesen de sus huéspedes náufragos o no descubriesen por sí mismos luego que pudieron asimilarse los elementos fundamentales para su ejercicio, ¡tanta ventaja obtuvieron de que unos pocos hombres llegasen a la suya desde estas tierras! Si un azar semejante empujó a algunos antes de ahora de allá hasta acá, ha sido tan profundamente olvidado como se olvidará en lo porvenir que yo estuve allí en un tiempo. Ellos, tan pronto como nos relacionamos, hicieron suyo cuanto de bueno habíamos nosotros descubierto, y creo, en cambio, que ha de pasar mucho tiempo antes de que nos llegue algo de lo que en aquel país está mejor estatuido que en el nuestro. Ésta es la causa principal de que, no siéndoles nosotros inferiores en inteligencia ni en recursos, su Estado se halle mejor administrado y más floreciente que el nuestro.

—En consecuencia, amigo Rafael —dije—, te ruego encarecidamente que nos describas esa isla y que, lejos de ser conciso, nos vayas presentando hombres, costumbres, instituciones, ciudades, campos, ríos, cuanto, en una palabra, te parezca que queremos conocer, teniendo en cuenta que nuestro afán es enterarnos de todo lo que aún ignoramos.

—Nada más fácil y agradable para mí —respondió—, pero ello requiere tranquilidad.

—Entremos, pues, a comer —repuse— y dispondremos luego del tiempo a nuestro arbitrio.

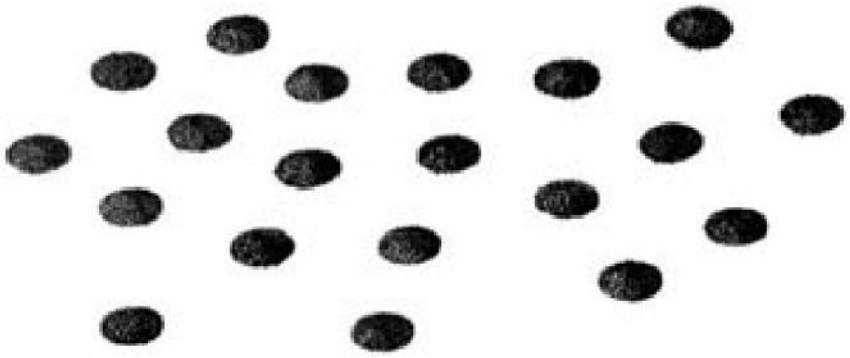
—Sea —contestó.

Después de comer volvimos al mismo lugar, nos sentamos en el mismo banco y tras de ordenar a los criados que nadie nos interrumpiese, Pedro Egidio y yo rogamos a Rafael que cumpliese lo prometido.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Así que éste nos vio atentos y ávidos de escucharle, permaneció un momento callado y meditabundo y comenzó de esta manera.



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

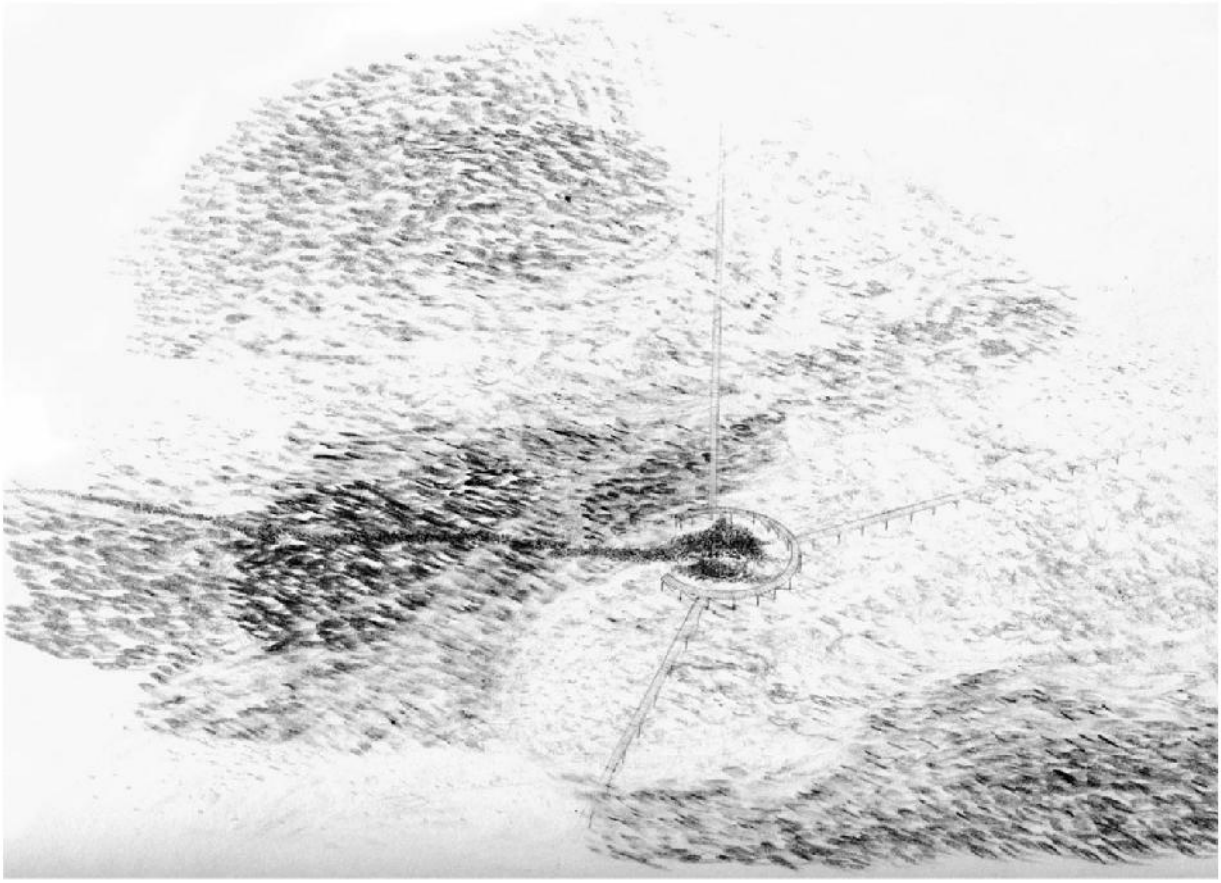
LIBRO SEGUNDO

DISCURSO PRONUNCIADO POR RAFAEL HITLODEO ACERCA DE LA MEJOR ORGANIZACIÓN DE UN ESTADO

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

LA ISLA de los utópicos mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Éstos, como trazados a compás en un perímetro de quinientas millas, dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente. Un brazo de once millas poco más o menos separa ambos extremos y va a perderse luego en el inmenso vacío. Las montañas que por todos lados rodean la isla la protegen de los vientos, y el mar, lejos de encresparse, se estanca como un gran lago, convierte en un puerto toda aquella concavidad de la tierra y permite que las naves circulen en todas direcciones, con gran provecho para los habitantes. Las entradas son muy peligrosas, de una parte por los bajíos y por los escollos de otra. Casi en mitad del brazo se yergue una roca inofensiva, donde tienen edificada una torre, a modo de atalaya. Las demás están ocultas y son peligrosas. Sólo los naturales conocen los pasos y por esto, y no sin motivo, ningún extranjero se atreve a penetrar en el golfo, a no ser con guías utópicos. Su entrada, en efecto, sería muy poco segura, incluso para éstos, si desde la orilla no les mostrasen el camino ciertas señales que, con sólo cambiarse de lugar, atraerían fácilmente a la ruina a cualquier escuadra enemiga, por numerosa que fuese.

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Los puertos son abundantes a un extremo de la isla y sus desembarcaderos están protegidos por doquier con tantos medios ya naturales ya artificiales, que unos cuantos defensores bastarían para rechazar a un ejército poderoso. Cuéntase, y la configuración misma del lugar lo comprueba, que aquella tierra no estuvo antiguamente rodeada por el mar; que Utopo (de quien, triunfante, recibió nombre la isla, antes llamada Abraxa, y que logró elevar a una multitud ignorante y agreste a un grado tal de civilización y cultura que sobrepasa actualmente a la de casi todos los mortales), apenas alcanzó la victoria en su primer desembarco, mandó cortar el istmo de quince millas que la unía al continente, dejando que el mar la circundase. Ocupó en este trabajo a los habitantes todos de la isla, para que nadie lo considerase afrenta, así como a la totalidad de sus soldados, con lo cual, distribuida entre tanta gente, la obra llevose a cabo con increíble rapidez, y la admiración y el terror por el éxito obtenido sobrecogió a los pueblos colindantes, que al principio se mofaban del intento.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Tiene la isla cincuenta y cuatro ciudades, grandes, magníficas y absolutamente idénticas en lengua, costumbres, instituciones y leyes; la situación es la misma para todas e igual también, en cuanto lo permite la naturaleza del lugar, su aspecto exterior. Las más próximas distan entre sí veinticuatro millas, pero ninguna está tan aislada que no pueda irse de una a otra en el espacio de un día.

Para tratar de los asuntos comunes a la isla, tres delegados de edad y experiencia por cada ciudad, se reúnen anualmente en Amauroto que, por estar situada casi en el centro de la isla, resulta la más cómoda para los representantes de las demás y se la tiene por primera y principal. La distribución del terreno entre las ciudades se hizo de manera tan acertada que cada una tiene no menos de veinte millas a la redonda y aun más, naturalmente, cuando es mayor la distancia entre las mismas. Ninguna de ellas siente el deseo de ensanchar sus confines, pues los habitantes se consideran más bien cultivadores que dueños de las tierras. Tienen distribuidas convenientemente por todo el campo casas dotadas de instrumentos rústicos, que los ciudadanos habitan por turno. Cada familia campesina cuenta con no menos de cuarenta miembros entre hombres y mujeres, además de dos siervos de la gleba, y está dirigida por un padre y una madre experimentados y maduros; a cada trescientas familias se les señala un Filarca.

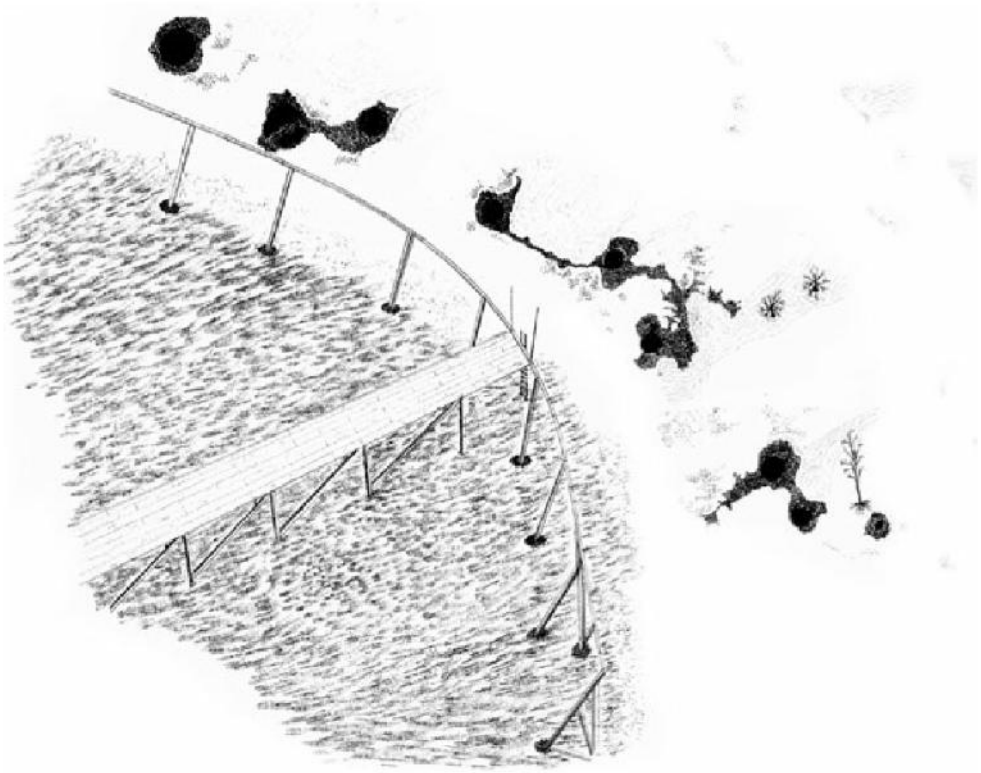
Después de permanecer en el campo dos años, veinte miembros de cada familia regresan anualmente a la ciudad y son sustituidos por otros tantos procedentes de ésta, con el fin de que se les adiestre en las faenas agrícolas por quienes, habiéndolas ejercido durante un año, las conocen mejor. Los así instruidos tienen que preparar a su vez a otros durante el año siguiente, pues si todos fuesen igualmente novatos e ignorantes de la agricultura su inexperiencia redundaría en perjuicio de las cosechas. Si bien esta práctica de renovar a los agricultores se lleva a cabo todos los años para no obligar a nadie a permanecer por más tiempo y contra su voluntad en trabajo tan duro, son muchos los que, apasionados por las faenas agrícolas, solicitan prolongar su estancia.

Los agricultores cultivan la tierra, alimentan a los animales, aprestan la leña y la transportan a la ciudad por tierra o por mar, según mejor les conviene. Es admirable el procedimiento de que se

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

valen para obtener polluelos en abundancia: los huevos no son empollados por las gallinas sino que se les incuba y da vida por medio de un calor adecuado y así que salen del cascarón conocen y siguen al hombre como a su madre. Crían muy pocos caballos, excepto los fogosos, y sin otra finalidad que ejercitar a la juventud en las prácticas ecuestres; las labores de cultivo y transporte las ejecutan con bueyes que, si bien ceden en ímpetu al caballo, son en cambio más sufridos, menos sujetos a enfermedades, de alimentación y cuidados más baratos y susceptibles además de servir de alimento cuando se inutilizan definitivamente para el trabajo. Siembran solamente trigo, beben vino, sidra o perada y algunas veces agua pura cocida, por lo común, con miel o regaliz del que tienen gran abundancia.



Aunque saben de sobra y con gran exactitud los víveres que consumen la ciudad y sus aledaños, siembran más de la cuenta y crían ganado en cantidad mayor de la necesaria para repartir el sobrante entre las ciudades limítrofes. Cuando necesitan algo que la tierra no les proporciona, piden a la ciudad las herramientas y las obtienen

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

fácilmente de los magistrados urbanos sin dar nada en cambio.

Reúnense mensualmente en gran número para celebrar un día de fiesta; al acercarse la cosecha, los Filarcas comunican a los magistrados urbanos la cantidad de ciudadanos que necesitan para ella y esta multitud de segadores, concurriendo oportunamente en el plazo fijado, remata la tarea, si el tiempo es bueno, casi en una jornada.

De sus ciudades y especialmente de Amauroto

Conocer una de sus ciudades es conocerlas todas; hasta tal punto son semejantes entre sí, en cuanto la naturaleza del lugar lo permite. Describiré, pues, una cualquiera. Y ¿cuál mejor que Amauroto misma? Ninguna más a propósito, así porque las demás le concedieron el privilegio de albergar al Senado, como por serme mejor conocida, ya que viví en ella cinco años seguidos.

Amauroto está situada en la falda de un monte y su forma es casi cuadrada. Se extiende cosa de dos millas desde un poco más abajo de la cumbre de una colina hasta el río Anidro, ensanchándose algo más a lo largo de la ribera.

Nace el Anidro unas ochenta millas por encima de Amauroto, de una exigua fuente, pero engrosándose con la afluencia de otros ríos y especialmente de dos poco caudalosos, se ensancha hasta alcanzar quinientos pasos delante de la ciudad misma; cuando, recorridas sesenta millas, se precipita en el océano, su anchura es aún mayor. En todo el trecho comprendido entre la ciudad y el mar y aun más allá, penetra el flujo algunas millas durante seis horas seguidas, sucediéndole el reflujo con rápida corriente. Al subir la marea, cubren las olas el álveo del Anidro en un espacio de treinta millas, haciendo retroceder al río y salobrando sus aguas en alguna extensión. Endulzándose luego poco a poco, pasa por la ciudad ya limpio de sal y en la bajamar llega a la desembocadura puro y sin mezcla.

La ciudad está unida a la orilla opuesta no con pilares ni con pilotes de madera, sino con un admirable puente construido sobre arcos de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

sillería y asentado en la parte más distante del mar para que las naves puedan pasar sin peligro a lo largo de esa zona de la ciudad. Hay, además, otro río, no muy grande, pero más apacible y manso, que nace en el mismo monte donde se halla la ciudad y la atraviesa por su parte baja, desembocando en el Anidro. Los amaurotenses han unido a la ciudadela la fuente de este río, situada algo fuera de la ciudad, y la han rodeado de fortificaciones con el fin de que ningún ejército enemigo pueda, en caso de ataque, interceptar, desviar o envenenar su caudal. Desde ese lugar y en todas direcciones conducen el agua hacia las zonas bajas de la ciudad por medio de arcaduces de barro cocido y cuando las condiciones del terreno impiden este procedimiento, usan del agua de lluvia recogida en grandes cisternas.

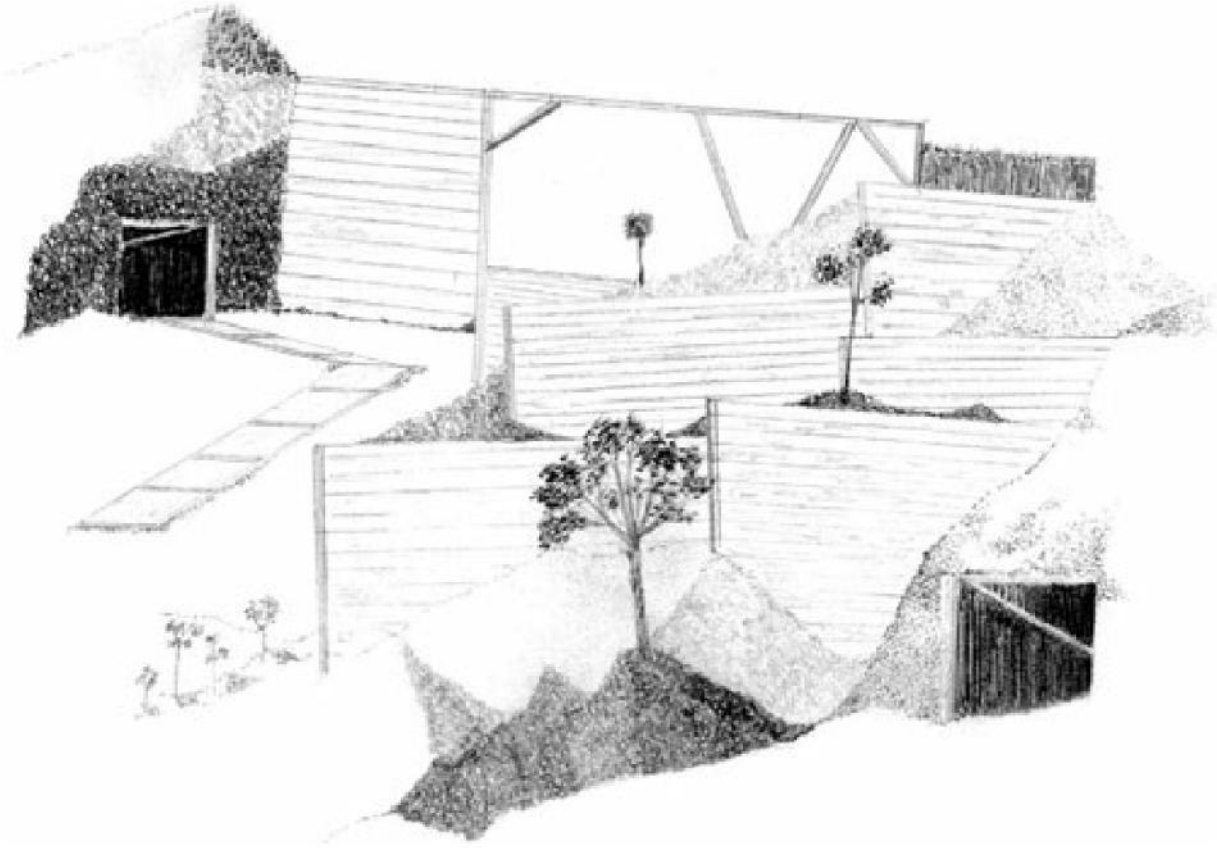
Ciñe la ciudad una muralla alta y maciza con muchas torres y parapetos. Un foso seco, profundo, ancho y defendido por abrojos y espinos rodea el muro por tres de sus lados; por el cuarto el río mismo desempeña esta función.

En el trazado de las calles se tuvo en cuenta no sólo la comodidad del tráfico, sino la protección contra los vientos. Las casas, en modo alguno sórdidas, están construidas frente a frente en larga y continuada serie. Separa sus fachadas una calle de veinte pies de ancho y a sus espaldas, a todo lo largo de la ciudad, se extiende un amplio huerto limitado en todos sentidos por los muros posteriores. Las casas tienen, además de una puerta a la calle, un postigo sobre el huerto; ambos son de dos hojas que se abren fácilmente a una simple presión de la mano y se cierran solas dejando entrar a todo el mundo, pues no existe allí nada privado y las casas mismas se cambian por sorteo cada diez años. Tienen estos huertos en gran estima y cultivan en ellos viñas, frutales, hortalizas y flores tan hermosas y cuidadas, que nunca he visto nada tan exuberante ni de tan buen gusto. No es sólo el placer que proporcionan lo que fomenta esta afición, sino los certámenes que celebran entre los barrios para premiar los jardines mejor cultivados. Difícilmente se encontraría otra cosa más indicada para provecho y deleite de los ciudadanos; parece, en efecto, que el fundador de Amauroto se preocupó, más que de nada, de estos huertos. Cuéntase que el trazado total de la ciudad fue, desde un principio, obra del propio Utopo, quien dejó en cambio a la posteridad

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

el ornato y demás cuidados, al darse cuenta de que para esto no bastaba la vida de un hombre.



Consta en sus *Anales*, que abarcan su historia en un espacio de 1760 años desde la toma de la isla, y que ellos conservan piadosa y diligentemente, que las casas, en un principio, eran bajas y como chozas o cabañas, hechas de cualquier madera, con paredes trulladas de barro y techos en punta cubiertos de paja. Ahora, en cambio, es de ver el aspecto de todas ellas con sus tres pisos, sus paredes de piedra viva, cemento o ladrillo por fuera y de apretada argamasa por dentro. Los techos son planos y recubiertos con una especie de mortero de muy poco costo, pero de tal naturaleza que es incombustible y más resistente que el plomo a las inclemencias del tiempo. Impiden con vidrios, cuyo uso es entre ellos frecuentísimo, que el viento entre por las ventanas y a veces se sirven también de unos lienzos finos impregnados en ámbar o en aceite muy transparente, con la doble ventaja de recibir más luz y dejar pasar menos viento.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

De los magistrados

Cada treinta familias eligen anualmente un magistrado, a quien en su antigua lengua llamaban Sifogrante y en la moderna Filarca. Al frente de diez Sifograntes con sus familias colocan otro funcionario llamado antiguamente Traníboro y ahora Protofilarca. Finalmente, todos los Sifograntes, previo juramento de que han de designar al más apto, nombran por votación secreta un Jefe entre cuatro candidatos señalados por el pueblo, pues cada cuarta parte de la ciudad elige uno y lo propone al Senado. La magistratura principal es vitalicia, a menos que su titular sea depuesto por sospechoso de intento de tiranía. Los Traníboros son designados anualmente y no se les remueve sin motivo. Las restantes magistraturas son también anuales.

Cada tres días y, si es necesario, más a menudo, celebran los Traníboros consejo con el Jefe para tratar acerca de los asuntos del Estado y dirimir oportunamente las diferencias entre los particulares que, si las hay, son muy raras. Dos Sifograntes, distintos cada día, asisten siempre al Senado, procurando que nada se decrete concerniente al Estado sin que se haya discutido en aquél con tres días de antelación. Considérase delito capital el deliberar, fuera del Senado o de los comicios públicos, sobre asuntos de interés común. Estas disposiciones se tomaron, según es fama, para impedir que, conjurándose el príncipe y los Traníboros, pudiesen tiranizar al pueblo o cambiar el régimen del Estado. De este modo cualquier negocio de importancia grande se lleva a los comicios de los Sifograntes, los cuales exponen el asunto a sus familias, lo discuten luego entre sí y presentan al Senado su resolución. A veces la isla entera entiende en las deliberaciones.

Es asimismo norma del Senado no discutir ningún asunto el mismo día de su presentación, sino demorar su examen hasta la reunión inmediata, a fin de que nadie se lance impremeditadamente a decir lo primero que se le venga en boca y tenga que discurrir luego otros argumentos encaminados, más a la defensa de su opinión, que al provecho del Estado, pues dejándose llevar del funesto e inoportuno pudor de haber parecido poco perspicaz al principio, juzgará preferible perjudicar al bien público que no a su opinión particular. ¡Cuánto

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

mejor no sería meditar bien las cosas primero, y hablar luego más reflexiva que precipitadamente!

De los oficios

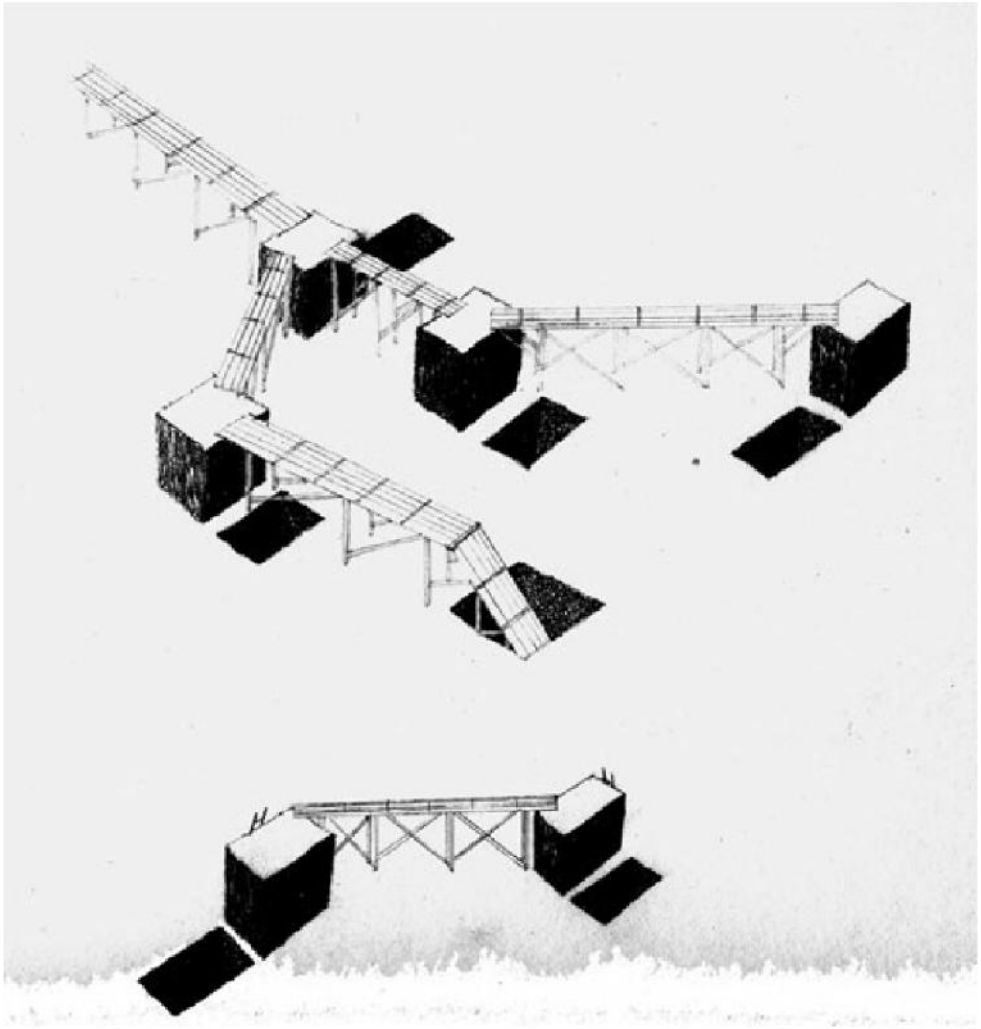
Hay una ocupación, la agricultura, común a hombres y mujeres y que nadie ignora. Enséñasela a todos desde la infancia, en parte por medio de reglas aprendidas en la escuela y en parte llevándolos, como por entretenimiento, a los campos próximos a la ciudad, no para que se limiten a mirar, sino para que la practiquen como ejercicio corporal. Aparte de la agricultura que, como he dicho, es común a todos, se instruye a cada cual en una profesión propia, tal como el beneficio de la lana, el arte de trabajar el lino o los oficios de cantero, herrero o carpintero. No existen entre ellos otras ocupaciones dignas de mención.

Los trajes son uniformes en toda la isla desde tiempo inmemorial y sólo se diferencian según el sexo del que los lleva o su condición de casado o soltero. Estos trajes son agradables a la vista, acomodados a los movimientos del cuerpo y apropiados para el frío o el calor. Cada familia se fabrica los suyos. Tanto hombres como mujeres aprenden alguno de los demás oficios. Las mujeres, como más débiles, se ocupan en los menos penosos, como es el trabajo de la lana y el lino, y los hombres se encargan de los restantes y más pesados menesteres.

Por lo común, cada uno aprende la profesión paterna pues casi siempre se inclina naturalmente a ella. Pero si su afición le lleva por otros caminos pasa, por adopción, a familia distinta en la que se practique el oficio que le gusta; los padres y los magistrados cuidan de que se le confíe a un jefe de familia serio y honrado. Si alguno, empero, después de haber aprendido una profesión, deseare instruirse en otra, puede sin dificultad hacerlo y, preparado para ambas, ejercer la que más le plazca, a menos que la ciudad necesite con preferencia de una o de otra.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



La principal y casi única misión de los Sifograntes es procurar y prever que nadie esté ocioso y que cada cual se consagre con puntualidad a su oficio, sin llegar a fatigarse con un trabajo incesante y más bien propio de bestias, desde el alba hasta entrada la noche. Una vida así es la que arrastran, excepto en Utopía, casi todos los artesanos y vendría a constituir una infelicidad peor que la misma esclavitud.

Dividen el día, con la noche, en veinticuatro horas iguales, dedicando seis solamente al trabajo, tres antes del mediodía, terminadas las cuales van a comer; después de la comida y de un reposo de dos horas, dedican tres más al trabajo y las rematan con la cena. Cuentan las horas a partir del mediodía, se acuestan hacia las ocho y reparan sus fuerzas durmiendo ocho horas. Pueden disponer a su albedrío del tiempo comprendido entre las horas de trabajo y las del

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

sueño y comida; pero no de suerte que lo malgasten en excesos u holgazanerías, sino que, libres de su obligación, cada uno, según sus aficiones, se dedique gustoso a otra distinta; muchos consagran estos intervalos al cultivo de las letras. Acostumbran tener diariamente y antes del amanecer lecturas públicas a las que sólo están obligados a asistir los que han sido especialmente seleccionados para las letras. Concurren además a ellas otros hombres y mujeres de cualquier oficio, a oír unas u otras según sus gustos. Si alguno prefiere dedicar este tiempo a su propio oficio, cosa que acontece a muchos, cuyo espíritu no se siente inclinado al estudio de ninguna disciplina, nadie se lo impide, sino al contrario, se alaba su proceder como útil a la República. Después de la cena tienen una hora de solaz, en los huertos durante el verano, y en invierno en los comedores comunes, ejercitándose en la música o recreándose en la conversación. Desconocen los dados y otros juegos igualmente inútiles y perniciosos y practican en cambio dos semejantes al ajedrez. El primero es un combate de números, en el cual un número roba a otro. Este juego pone de manifiesto muy hábilmente las disensiones internas de los vicios frente a la armonía de las virtudes; qué vicios se oponen a qué virtudes, con qué fuerzas se combaten abiertamente, con qué estratagemas se atacan por el flanco, con qué refuerzos quebrantan las virtudes la fuerza de los vicios, por qué medios esquivan los ataques de éstos, y, finalmente, qué procedimientos permiten a uno u otro bando adueñarse de la victoria.

Al llegar aquí hay algo que debemos examinar más detenidamente, a fin de evitar cualquier error. Podríase pensar, en efecto, que, como los utópicos sólo trabajan seis horas, llegarían a escasear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo, sino que aun les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades o su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuán gran parte del pueblo vive inactiva en otras naciones: en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población, pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud, tan grande como ociosa, de sacerdotes y de los llamados religiosos. Únanse a éstos los ricos propietarios de tierras,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

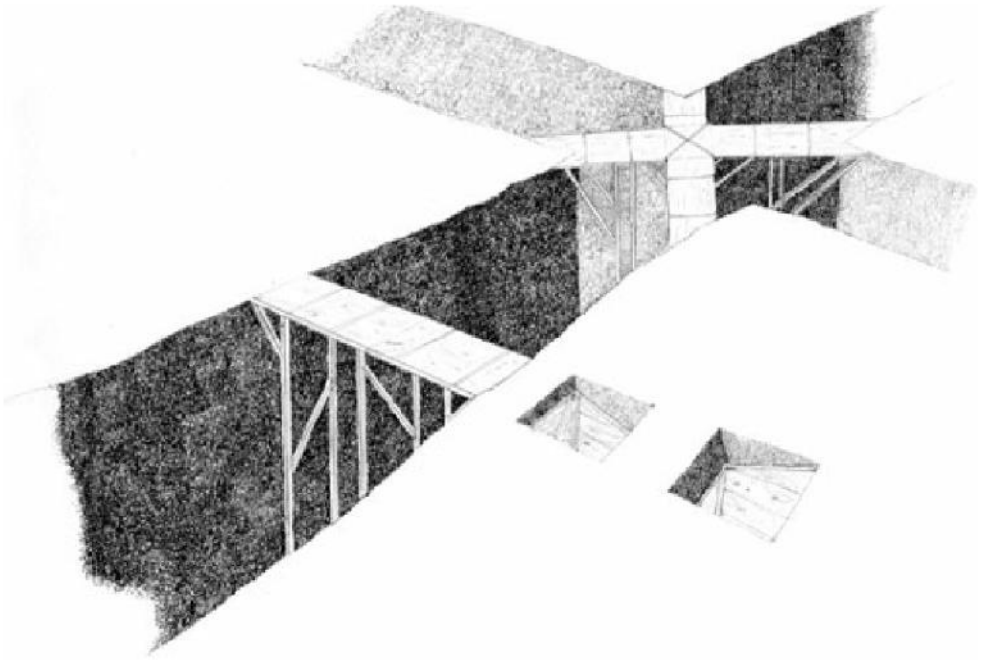
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

denominados vulgarmente nobles y caballeros. Súmenseles sus servidores, famosa mezcolanza de truhanes armados. Agréguense finalmente los mendigos sanos y robustos que, para justificar su holgazanería, fingen alguna enfermedad, y resultará que el número de los que producen con su esfuerzo lo necesario para la vida humana es mucho menor del que se cree. Considérese además el exiguo contingente de hombres ocupados en trabajos útiles, porque, donde todo se mide por el dinero, es inevitable la existencia de profesiones en absoluto vanas y superfluas, destinadas sólo a fomentar el lujo y el placer. Y si esa misma multitud que ahora trabaja se dedicase por entero a ejercer oficios necesarios, la abundancia de productos a que ello daría lugar envilecería los precios de tal manera que no bastarían a cubrir las necesidades de los obreros.

En cambio, si toda esa chusma que ahora se consume en el ocio y la holganza, se aplicase a trabajos útiles y de interés común, echaríase de ver al punto que poco tiempo basta y sobra para la consecución de cuanto exigen la necesidad, el bienestar e, incluso, los placeres lícitos y naturales. Esto se hace más palpable en Utopía, pues en cada ciudad y pueblos vecinos así como entre los hombres y mujeres que por su edad y vigor están en condiciones para el trabajo apenas habrá quinientos a quienes se consienta estar exentos de él. Inclúyense en este número a los Sifograntes quienes, aunque las leyes les eximen del trabajo, se consideran obligados a él para, con su ejemplo, incitar con mayor eficacia a los demás. De igual inmunidad gozan aquellos a quienes el pueblo, mediante recomendación de los sacerdotes y previo voto secreto de los Sifograntes, concede licencia indefinida para consagrarse al estudio, entendiéndose que si alguno defrauda las esperanzas puestas en él se le hace volver a los trabajos manuales. Suele, por el contrario, ocurrir que, si algún obrero dedica sus ratos de descanso al estudio con provecho y aplicación grandes, lo hagan pasar, apartándolo de su trabajo, a la categoría de los letrados. De entre éstos se eligen los embajadores, los sacerdotes, los Traníboros y, finalmente, el propio Jefe, llamado en su antigua lengua Barzano y en la moderna Ademo. Como el resto de la gente ni está ociosa ni ocupada en trabajos inútiles, no es difícil calcular cuánto y cuán excelente trabajo realiza en pocas horas.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Además de las mencionadas tienen la ventajosa circunstancia de que en la mayoría de los oficios indispensables consumen menos esfuerzo que otros pueblos. En primer término, la construcción o reparación de los edificios requiere fuera de Utopía el asiduo concurso de muchos, porque lo que un padre edificó, su pródigo heredero dejó que se arruinase poco a poco, de manera que lo que hubiese podido conservar a poca costa, su sucesor se ve obligado a reconstruirlo íntegramente con grandes gastos. Y ocurre aun con más frecuencia que la casa que uno levantó con enormes dispendios, otro la desprecia displicente y, descuidada y arruinada en breve plazo, construye una nueva en sitio distinto, con gastos no menores.

En cambio, entre los utópicos, perfectamente organizados desde todos los puntos de vista y con un Estado reglamentado, ocurre rara vez que se elijan terrenos nuevos para construir casas y no sólo se pone rápido remedio a los desperfectos existentes, sino que se previenen a tiempo los que amenazan con presentarse. De aquí resulta que con muy poco trabajo duran los edificios largo tiempo y los obreros de este ramo apenas tienen nada que hacer entretanto, como no sea labrar en sus hogares la madera y tallar y acondicionar las piedras para poder acudir rápidamente a las reparaciones cuando sea

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

necesario.

Ya hemos visto qué poco gasto exigen los vestidos. En primer lugar, mientras trabajan, se cubren negligentemente con cuero y pieles que les duran siete años. Para presentarse en público se revisten de una capa que cubre aquellas rudas vestiduras y cuyo color natural es el mismo para toda la isla. De este modo, no sólo emplean menos cantidad de paños de lana que en ninguna otra parte, sino que les resultan mucho más baratos. El lino, en cambio, requiere menos trabajo y es por eso de uso más frecuente. En éste aprecian únicamente la blancura y en la lana sólo la limpieza, sin que se conceda ningún valor a la finura del tejido. De donde resulta que, mientras en otros países no le bastan a un hombre cuatro o cinco trajes de lana de diversos colores y otros tantos de seda (y a los más refinados ni siquiera diez), en Utopía cada cual se contenta con uno solo, y éste le dura por lo general dos años; ningún motivo tienen para desear más, ya que, caso de conseguirlo, ni se encontraría mejor defendido del frío ni su elegancia se vería aumentada por el vestido en lo más mínimo.

Como todos se ocupan en oficios útiles y éstos exigen poco tiempo, no es extraño que, existiendo abundancia de todo, hagan trabajar a mucha gente en la reparación de las calles cuando están deterioradas. Si esta ocupación es innecesaria, anuncian públicamente una reducción en las horas de trabajo. Los magistrados jamás obligan a los ciudadanos contra su voluntad al ejercicio de tareas inútiles, pues las instituciones del Estado persiguen más que otro ninguno el siguiente fin: que los ciudadanos estén exentos de trabajo corporal el mayor tiempo posible, en cuanto las necesidades públicas lo permitan, y puedan dedicarse al libre cultivo de la inteligencia, por considerar que en esto estriba la felicidad de la vida.

De las relaciones mutuas

Parece llegado el momento de exponer el trato mutuo de los ciudadanos, las relaciones del pueblo entre sí y la manera de distribuir las cosas. La ciudad se compone de familias y éstas se forman por

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

parentesco. Las mujeres, al llegar a la edad oportuna, se casan e instalan en el domicilio del marido, pero los hijos varones y luego los nietos permanecen en la familia prestando obediencia al más anciano de los parientes, siempre que la inteligencia de éste no se hubiese debilitado por los años, pues en este caso se le sustituye por el inmediato en edad. Para que la población no disminuya ni aumente con exceso se procura que ninguna familia (de las cuales cada ciudad, sin los alrededores, tiene seis mil), no cuente con menos de diez, ni con más de diez y seis mancebos. Para los niños no se señala número. Este módulo se mantiene fácilmente transfiriendo a las familias de pocos hijos el sobrante de las más numerosas, y a veces, si una ciudad tiene en total más habitantes del número prefijado, remedian con este exceso la escasez de las otras. Y si aconteciere a la isla toda encontrarse demasiado poblada fundan con los habitantes de cualquiera de sus ciudades una colonia en algún sitio del continente donde los naturales tengan tierras sobrantes y sin cultivar. Esta colonia se rige por sus mismas leyes y acoge a los indígenas que quieren convivir en ella. Y unidos así en comunidad de instituciones y costumbres, se funden fácilmente para bien de unos y otros, y con su experiencia fertilizan una tierra considerada antes como pobre y estéril. A los que se niegan a vivir con arreglo a las leyes utópicas los expulsan de sus territorios y se los apropian. Si se resisten, les declaran la guerra, pues consideran suficiente motivo para hacerlo el que un pueblo que no utiliza la tierra, dejándola infecunda y despoblada, impida su posesión y disfrute a otros que por ley natural deben nutrirse de ella.

Si por cualquier circunstancia decreciera la población de una ciudad hasta el punto de que, sin alterar el equilibrio de la isla, no pudiese acudirse al remedio con el exceso de las otras, prefieren repatriar a los ciudadanos de las colonias y que éstas desaparezcan, a ver disminuida una sola de las ciudades insulares. Esto, según la tradición, sólo ha ocurrido dos veces, por causa de la peste, en el curso de toda la historia.

Mas volvamos a su modo de convivir. El más anciano, como he dicho, preside a la familia. Las mujeres sirven a sus maridos, los hijos a sus padres y en una palabra, los más jóvenes a los mayores. Cada

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ciudad se divide en cuatro zonas en cuyo centro existe un mercado provisto de todo. Las familias llevan a ciertos edificios situados en el mercado mismo los productos de su trabajo, los cuales, según su clase, se distribuyen en distintos almacenes. Los cabeza de familia piden en ellos lo que necesitan y se lo llevan sin entregar dinero ni otra compensación. ¿Cómo había de negárseles cosa alguna si todo abunda y no se recela que nadie solicite más de lo necesario? ¿A qué pensar que alguno pida cosas superfluas estando seguro de que nada ha de faltarle? La codicia y la rapacidad son fruto, en los demás seres vivientes, del temor a las privaciones y en el hombre exclusivamente de la soberbia, que lleva a gloria superar a los demás con la ostentación de lo superfluo. Pero este vicio no tiene cabida entre los utópicos dado el carácter de sus leyes.

Junto a dichos mercados hay otros de comestibles donde se concentran no sólo legumbres y frutas sino pescados y toda clase de animales y aves. Existen en las afueras de la ciudad lugares apropiados para lavar con agua corriente la sangre corrompida y los desperdicios; desde allí se traen a la ciudad las reses ya muertas y limpias por manos de esclavos, pues no consienten que los ciudadanos despedacen a los animales, por estimar que con ello se van perdiendo la clemencia y humanidad naturales, ni toleran que se lleve a la ciudad nada que por sórdido o inmundo pueda acarrear alguna enfermedad. Cada barrio tiene además grandes edificios designados con su nombre especial y situados a intervalos iguales. Viven en ellos los Sifograntes, a cada uno de los cuales están adscritas treinta familias, es decir, quince por cada lado, que comen allí. Los despenseros de cada edificio se reúnen a determinada hora en el mercado y, previa relación del número de sus comensales, solicitan los alimentos. En primer lugar se atiende a los enfermos acogidos a los hospitales públicos, de los que hay cuatro en el circuito de la ciudad, algo extramuros. Tanta es su amplitud que podría equipararselos a pequeñas ciudades. Así los enfermos, por numerosos que sean, no se encuentran instalados con estrechez ni incomodidad y es fácil tener absolutamente separados de los demás a los atacados de enfermedades contagiosas. Estos hospitales están de tal modo organizados, tan provistos de todo lo necesario para el restablecimiento de la salud, servidos con un cuidado tan tierno y

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

diligente y con tan asidua presencia de médicos peritísimos que, aunque a nadie se le lleva allí contra su voluntad, es difícil encontrar en toda la ciudad una persona que, aquejada de algún mal, no prefiera ser atendida en ellos que en su propia casa.

Luego que el despensero de los enfermos ha recibido los víveres, con arreglo a las prescripciones médicas, las porciones mejores se reparten equitativamente y, según el número, entre las distintas casas, teniendo consideración especial para el jefe, el pontífice, los Traníboros, los embajadores y los extranjeros si los hay, pues se encuentran raramente y en escaso número. También a éstos se les destina un domicilio determinado y provisto de todo.

A las horas fijadas para la comida y la cena acude a los citados edificios toda la Sifograncia, a toque de trompeta, excepto los que están enfermos en los hospitales o en sus casas. Aunque las leyes no prohíben llevar víveres del mercado a las casas, una vez provistos los comedores, no lo ejecutan sin necesidad; pues si bien no está vedado comer en los domicilios particulares, nadie lo hace por su gusto, ya que no se considera decoroso y sería necio además tomarse el trabajo de preparar una comida inferior, teniendo otra magnífica y opípara dispuesta en un comedor tan cercano.

Los esclavos se encargan en estos comedores de los menesteres más bajos y trabajosos. Las mujeres, alternándose por familias, se ocupan solamente de cocinar, aderezar los alimentos y disponer todo lo necesario para la comida. Las mesas son tres o más según el número de comensales. Los hombres se sientan junto a la pared y las mujeres en el lado frontero, para que si les sobreviene algún súbito malestar, como suele ocurrir a las embarazadas, puedan levantarse sin descomponer las hileras y dirigirse junto a las lactantes. Éstas, con los niños de pecho, se encuentran aparte en un comedorcito destinado al efecto, donde siempre hay lumbre, agua limpia y cunas en que acostar a los chiquillos, o, si lo prefieren, dejarlos retozar libremente, desfajados y junto al fuego.

Cada madre cría a su hijo, a menos que la muerte o la enfermedad se lo impidan. Cuando esto ocurre, las esposas de los Sifograntes buscan inmediatamente una nodriza. Hallarla no es difícil; las que están en condiciones se ofrecen con más gusto a este trabajo que a cualquier

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

otro, pues todo el mundo prodiga alabanzas a su generosidad y el niño considera como su propia madre a la que lo ha criado. En la sala de las lactantes se juntan todos los niños menores de cinco años. Los restantes impúberes, cuyo número comprende a los de uno y otro sexo que aún no han llegado a la edad de casarse, sirven a la mesa, y si por su edad aún no son capaces de hacerlo, asisten en pie y con el mayor silencio. Unos y otros toman lo que les ofrecen los comensales y no tienen señalado otro momento para comer.

La primera mesa, a la que mira toda la concurrencia por estar colocada transversalmente en la parte superior del refectorio, es el lugar de honor. Siéntase en su centro el Sifogrante y su esposa, con dos de los más ancianos; los demás, en grupos de cuatro, se distribuyen por las restantes. Si en aquella Sifograncia hay un templo, el sacerdote del mismo y su esposa se acomodan junto al Sifogrante y presiden con él. A uno y otro lado se coloca un grupo de cuatro jóvenes y luego otro de ancianos. De esta manera se juntan por toda la sala dos de igual edad mezclándose al mismo tiempo con los de edad distinta. Dispúsose esto así, según cuentan, para que la gravedad de los ancianos y el respeto que inspiran impidiesen a los jóvenes cualquier excesiva licencia en el lenguaje o en el gesto, pues en la mesa nada puede decirse o hacerse sin que lo noten los vecinos.

Las viandas no se distribuyen partiendo del primer lugar, sino que se ofrecen las mejores a los ancianos, sentados en los lugares preferentes, y luego se sirve a los restantes por igual. Los ancianos, empero, comparten gustosos con sus vecinos esos delicados manjares que, por ser escasos, no bastan para todos. De este modo se honra debidamente a los de más edad y alcanza a todos algo de lo mejor. Inician comida y cena con alguna lectura de carácter moral, pero breve, para que no resulte fastidiosa; luego los más ancianos entablan conversaciones honestas y, a la vez, amenas e ingeniosas, y lejos de pasarse todo el tiempo en largos discursos, escuchan con placer a los jóvenes y les incitan de propósito para poner a prueba su carácter e inteligencia, que tanto se revelan en las expansiones de un yantar.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Las comidas son muy cortas y las cenas más largas, porque aquéllas van seguidas del trabajo y éstas del sueño y reposo nocturno, que consideran lo más eficaz para una saludable digestión. No hay cena sin música y tampoco faltan en ninguna el dulce como postre. Queman olores, esparcen perfumes y no omiten nada de cuanto pueda agradar a los comensales, pues, a este respecto, están muy lejos de considerar prohibido cualquier placer del que no se derive algún mal.

Así viven en la ciudad. En el campo, todos comen en sus casas por estar mucho más separados unos de otros; a ninguna familia le falta qué comer, puesto que de ellas proviene cuanto se consume en las ciudades.

Los viajes de los utópicos

Si alguien desea ver a los amigos que residen en otra ciudad o visitar la propia, consigue sin dificultad, de los Sifograntes y Traníboros, el permiso para hacerlo, si no hay costumbre que lo impida. Sale a un mismo tiempo un número de personas determinado, llevando una carta del príncipe en la que consta la concesión del permiso y la fecha de regreso. Proporciónaseles un vehículo con un siervo público, encargado de guiar y cuidar los bueyes. Pero si no hay mujeres en la expedición, renuncian generalmente al carruaje por considerarlo como carga e impedimento. No llevan para el viaje cosa alguna, pero nada

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

les falta, pues en todas partes están como en su casa. Si se detienen más de un día en un lugar, cada cual practica en él su oficio y los de su gremio les colman de atenciones. Si alguno, en cambio, se aventura por su propia cuenta más allá de sus términos y es sorprendido sin el permiso del Jefe, es tratado afrentosamente, reconducido como fugitivo, castigado con dureza y reducido a esclavitud en caso de reincidencia.

Si algún utópico tiene el capricho de recorrer los campos próximos a su ciudad, puede hacerlo con permiso del padre y consentimiento del cónyuge. Pero en cualquier aldea adonde llegare no le proporcionan ningún alimento si previamente no realiza la tarea de la mañana o la que suele hacerse antes de la cena. De este modo cada cual puede dirigirse a donde le plazca, dentro del territorio correspondiente a su ciudad. Así le será no menos útil que si hubiese permanecido en ella.

Ya veis cómo no existe en parte alguna ocasión para la ociosidad, ni pretexto para la holganza, ni tabernas, ni cervecerías, ni lupanares, ni focos de corrupción, ni escondites, ni reuniones secretas, pues el hecho de estar cada uno bajo la mirada de los demás oblígales sin excusa a un diario trabajo o a un honesto reposo. Estas costumbres traen consigo necesariamente la abundancia de todos los bienes y como éstos alcanzan por igual a todos, resulta que no puede haber entre ellos pobres ni mendigos.

Tan pronto como el Senado amaurótico (integrado anualmente, como he dicho, por tres representantes de cada ciudad), tiene noticia de los sitios en que hay abundancia de determinados productos y de aquellos otros en que su recolección ha sido escasa, acude rápidamente a remediar la escasez de una localidad con el sobrante de otra. Hacen esto de manera gratuita y sin recibir nada de los favorecidos; antes bien, cuando una ciudad necesita de algo, no lo pide a las que ya ayudara, sino a otras que nada recibieron de ella. De este modo es la isla entera como una familia.

Así que tienen suficientes provisiones (lo cual no consideran realizado sino cuando las han reunido para un bienio, previendo así los acontecimientos del año siguiente), aportan a otros países el sobrante: trigo en grandes cantidades, miel, lana, lino, madera, cochinilla, púrpura, pieles, cera, sebo, cuero y también ganado. De

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

todo esto ceden la séptima parte a los pobres del país y venden el resto a bajo precio. Mediante este tráfico importan no sólo las materias de que carecen (casi exclusivamente hierro) sino gran cantidad de plata y oro. Con la continua práctica de tal comercio poseen estos metales en abundancia superior a la que pudiera creerse; por lo cual no les importa vender al contado o a plazos ni tener gran parte de su dinero en títulos, para cuya aceptación no se conforman con una garantía particular, sino que, de acuerdo con la costumbre, exigen la de una ciudad. Ésta, llegado el día del pago, se cuida de exigirlo a los deudores y de depositarlo en su Tesoro, pudiendo utilizarlo, mediante pago de intereses, hasta su reclamación por los utópicos.

La mayoría de las veces no exigen éstos su devolución por estimar injusto privar de una cosa que ellos no utilizan a quienes obtienen de ella algún beneficio. Pero sí la reclaman cuando las circunstancias les obligan a prestar parte de ese dinero a otro pueblo, o cuando lo necesitan para una guerra. Únicamente guardan todo ese tesoro en la propia isla, ya para servirse de él en las ocasiones de peligro grave o inesperado, ya, sobre todo, para contratar mediante grandes sueldos soldados mercenarios a los cuales exponen al peligro con preferencia a los propios, pues no ignoran que a fuerza de dinero muchas veces se puede comprar hasta el enemigo mismo y hacer que se combata entre sí a traición o abiertamente.

Conservan estas inestimables riquezas sin considerarlas como tales y las guardan de un modo tan peculiar que, al describirlo, me siento cohibido por el pudor y temeroso de que no se dé crédito a mis palabras; y ello no me extrañaría pues yo mismo no lo hubiera creído de habérmelo contado otra persona y sin haberlo visto por mis propios ojos. Es sabido que los que escuchan el relato de cosas muy extrañas a sus propias costumbres se resisten a aceptarlas como verdaderas; pero el discreto, al conocer las restantes leyes utópicas, tan distintas de las nuestras, se admirará menos de que el uso del oro y de la plata se acomode a sus costumbres mejor que a las nuestras. Efectivamente, como desconocen la moneda, reservan aquellos metales sólo en previsión de acontecimientos que pueden o no sobrevenir; el oro y la plata (de donde la moneda se fabrica) no tienen entre ellos más valor que el natural y nadie negará que éste es muy inferior al del hierro,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

sustancia tan necesaria a la vida humana como el fuego y el agua. El oro y la plata, en cambio, no poseen en sí cualidad alguna sin la que no podamos pasarnos fácilmente, ni tienen más valor del que, por su rareza, les concedió la necedad de los hombres. Véase cómo la naturaleza, madre diligente, puso a nuestro alcance lo mejor, el aire, el agua y la tierra misma, mientras escondió profundamente lo vano e inútil.

Los utópicos no encierran en torres esos metales preciosos, pues, tan necia es la suspicacia del vulgo, que el príncipe y el Senado se harían sospechosos de querer aprovecharse de sus ventajas y engañar al pueblo con algún ardid. Si los destinasen a copas u otros objetos semejantes, artísticamente labrados, ocurriría que al necesitar fundirlos de nuevo para pagar su sueldo a los soldados, les sería difícil desprenderse de lo que ya habían comenzado a considerar como objeto de deleite.

Para salir al paso de estos inconvenientes recurrieron a un procedimiento que, si bien se acuerda con sus restantes instituciones, dista muchísimo de las nuestras, que estiman tanto el oro y con tanta diligencia lo recatan. Por esta razón sólo me creerán quienes lo hayan visto. Mientras comen y beben en vajillas de barro y vidrio, elegantísimas en verdad, pero de ningún valor, construyen de oro y plata las bacinillas y otros recipientes de ínfimo uso, lo mismo con destino a los edificios públicos que a los particulares. Con los mismos metales fabrican cadenas y gruesos grilletes para aprisionar a los esclavos. Finalmente, a cuantos han sido infamados por la comisión de algún crimen les cuelgan de las orejas zarcillos de oro, les adornan los dedos con anillos de oro, rodéanles la garganta con collares de oro y les ciñen coronas de oro a la frente. Buscan, pues, por todos los medios envilecer el oro y la plata, de donde resulta que estos metales, de que otros pueblos se separan con tanto dolor como si les arrancasen las entrañas, no tienen entre los utópicos ningún valor y si, obligados por las circunstancias, tuviesen que entregarlo todo de una vez, no darían al hecho más importancia que si se tratase de gastar un maravedí.

Recogen perlas en sus riberas, y diamantes y granates en ciertas rocas, pero no lo hacen de intento, sino sólo cuando el azar se los brinda; entonces los pulimentan y adornan con ellos a los niños, los

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

cuales, si bien se regocijan y ufanan con tales galas en los primeros años de la infancia, cuando crecen y se dan cuenta de que sólo los pequeñuelos llevan semejantes bagatelas, las abandonan por propio pudor y sin ninguna amonestación paterna, no de otro modo que nuestros hijos, cuando son mayores, dan de lado a nueces, dijes, muñecas y otros juguetes infantiles.

Nunca como con ocasión de cierta embajada de los Anemolios pude darme cuenta de hasta qué punto producen reacciones diferentes costumbres como las de los utópicos, tan distintas de las de otros pueblos. Estaba yo allí cuando llegaron a Amauroto los embajadores y, como venían a tratar asuntos de la mayor importancia, les esperaban tres representantes por cada ciudad. Los enviados de las naciones vecinas (que, por haber estado antes en Amauroto, conocían las costumbres de los utópicos y sabían que éstos despreciaban la seda, tenían el oro por cosa vil y no concedían la menor importancia a los vestidos suntuosos), acostumbraban a presentarse con el traje más modesto posible; pero los Anemolios que, por vivir más lejos, habían tenido con los de Utopía menos trato, al enterarse de que todos vestían de la misma tosca manera, creyeron que carecían de lo que no usaban y decidieron, procediendo con más soberbia que discreción, presentarse con aparatosa elegancia de dioses y deslumbrar con el esplendor de sus adornos los ojos de los míseros utópicos.

Aparecieron así los tres embajadores con cien acompañantes, todos con vestidos multicolores, de seda los más de ellos. Los primeros, gente noble en su país, iban cubiertos de oro, con grandes collares, pendientes y anillos áureos, sombreros con penachos enjoyados que rebrillaban de perlas y pedrería, y adornados, en una palabra, con lo que los utópicos tenían por señal de castigo en los esclavos, deshonra de los criminales o bagatelas infantiles. Había que verlos agitar sus penachos y comparar sus galas con el traje de los nativos que llenaban las calles; pero no era menos divertido considerar cuánto les había engañado su esperanza de llamar la atención, y cuán lejos estaban de la admiración que habían creído despertar. Porque a los ojos de los utópicos, con excepción de unos pocos, que por motivos justificados habían visitado otras naciones, todo aquel esplendoroso aparato resultaba vergonzoso y, saludando respetuosamente como señores a

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

los más humildes, dejaban pasar sin ningún homenaje a los embajadores que por sus cadenas de oro confundían con esclavos. Era de ver cómo los niños, que ya habían renunciado a gemas y perlas, al divisarlas en los sombreros de los embajadores, decían a sus madres dándoles con el codo:

—Mira, madre; ese gran pícaro va adornado con perlas y piedrecillas como si fuera un niño.

Y la madre muy seria:

—Calla, hijo, debe ser algún bufón de la embajada.

Criticaban otros las cadenas de oro como inútiles por ser tan delgadas y laxas que un esclavo las podría romper sin esfuerzo y escapar a su antojo, librándose de ellas.

Cuando los embajadores, después de permanecer allí un par de días, vieron menospreciado todo su oro y que los utópicos lo consideraban tan vil como ellos codiciable; que en las cadenas y grilletes de un solo siervo prófugo se juntaba más oro y plata que en todo el adorno de sus personas, deponiendo su arrogante actitud, se quitaron avergonzados los penachos que habían lucido tan ufanos; y más después de haber conversado familiarmente con los utópicos y conocido sus costumbres y opiniones.

Extráñanse éstos, en efecto, de que alguien, pudiendo contemplar una estrella o el propio sol, se complazca con el vano fulgor de una gema o piedrecilla; maravíllanse de que haya gentes tan insensatas que se crean ennoblecidas por llevar un fino tejido de lana, olvidando que éste, por delicado que sea, cubrió en otro tiempo a una oveja que no por eso dejó de ser oveja. Se admiran de que el oro, tan inútil en sí, se estime por doquier hasta tal punto que el hombre mismo, que para su provecho le ha atribuido su valor, se tenga en menos que él; de que un imbécil cualquiera, sin más inteligencia que un tronco y más necio que malvado, esclavice a muchos hombres discretos y de bien sólo porque posee gran cantidad de monedas de oro, sin pensar que si el azar o alguna treta leguleya, que no menos que el azar mismo trueca lo alto en bajo, lo hiciere pasar de su condición de señor a la del más humilde y abyecto de todos sus esclavos, vendría a parar en servidor de cualesquiera de sus criados como una añadidura y aditamento de su dinero.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Mucho más asombrosa y detestable les parece la necedad de quienes tributan a los ricos, sólo por serlo, honores casi divinos, aunque nada les deben ni les están obligados por ningún concepto, conociendo además su sordidez y avaricia y sabiendo de sobra que mientras ellos vivan no han de disfrutar de sus riquezas ni un solo maravedí.

Éstas y otras opiniones semejantes las deben en parte a su educación y al haber crecido en una república cuyas costumbres están lejos de tales necedades, y en parte a su conocimiento de las ciencias y las letras, pues —aunque no son muchos los que en cada ciudad, libres de otros trabajos, se consagran exclusivamente al estudio (me refiero a los que revelan desde la infancia un espíritu destacado, un ingenio sobresaliente y un temperamento inclinado al cultivo de las buenas artes)— todos desde niños reciben una educación literaria y, buena parte del pueblo, así hombres como mujeres, consagran al estudio, durante toda su vida, las horas de descanso de que ya hemos hablado.

Estudian todas las disciplinas en su propio idioma, rico, agradable al oído, intérprete más fiel que cualquier otro del pensamiento, y hablado, salvo alteraciones que varían según los lugares, en la mayor parte del país.

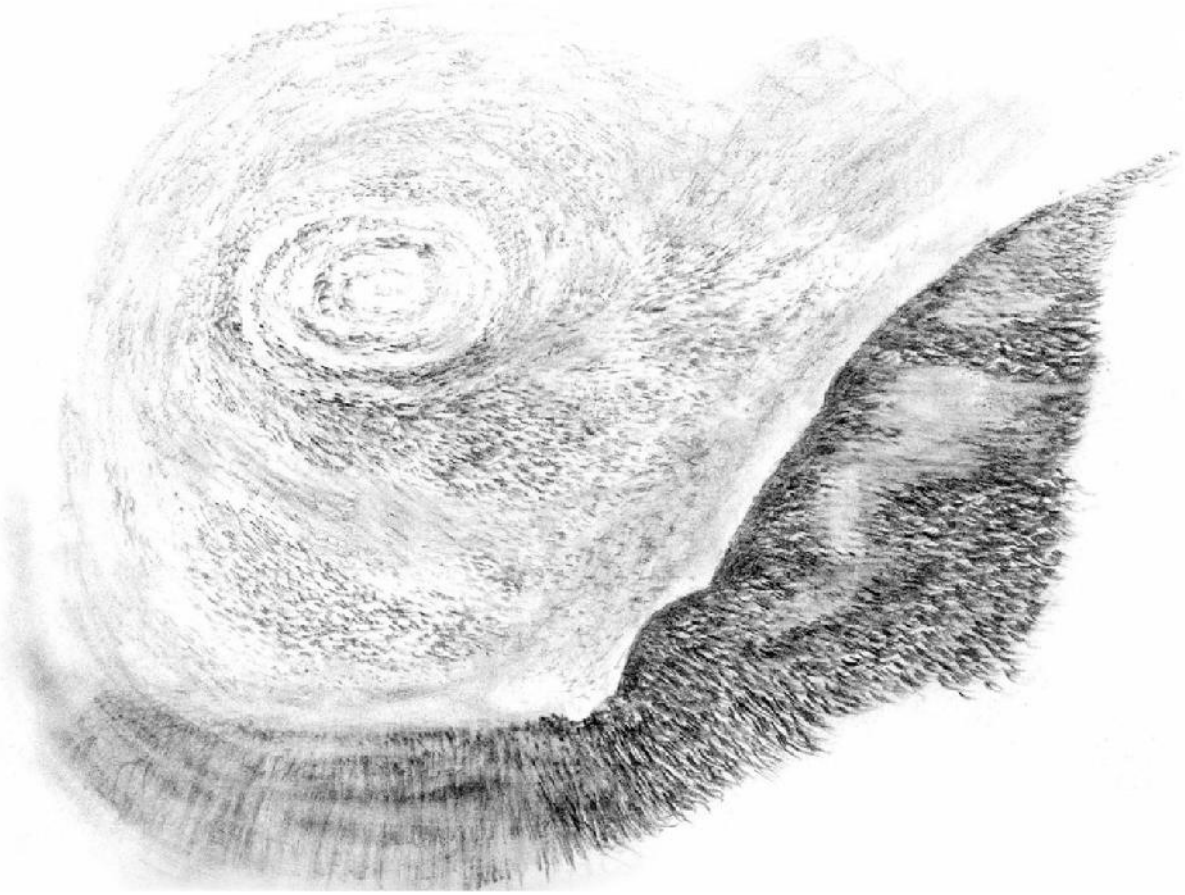
Antes de nuestra llegada no tenían la menor noticia de los filósofos célebres entre nosotros; sin embargo, en música, en dialéctica, en aritmética y geometría habían descubierto poco más o menos lo mismo que nuestros antepasados; pero si en todas las cosas son casi iguales a nuestros antiguos sabios, nuestros modernos lógicos los han superado en invenciones sutiles. Pues no supieron idear los utópicos ninguna de esas reglas de restricciones, amplificaciones y suposiciones, con tanta agudeza inventadas en los elementos de lógica y que nuestros muchachos tienen que aprender por aquí. Tampoco fueron capaces jamás de dar con las “intenciones segundas’, ya que ninguno de ellos pudo ver a ese que dicen “hombre común”, más grande, como sabéis, que cualquier gigante y al cual hasta podemos señalar con el dedo.

Son sumamente expertos en el conocimiento del curso de los astros y movimientos de los mundos celestes. Con gran ingenio han inventado instrumentos diversos para determinar con toda exactitud los movimientos y situación del Sol, la Luna y demás astros que se

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

divisan en su horizonte. En cambio, ni siquiera han vislumbrado las simpatías y antipatías de las estrellas errantes ni todas esas imposturas de la adivinación por medio de los astros. Predicen las lluvias, los vientos y demás mudanzas del tiempo valiéndose de ciertas señales comprobadas por una larga práctica y observación; acerca de sus causas, de las mareas, de la salobridad del mar y, en una palabra, del origen y naturaleza del cielo y del mundo opinan en parte como nuestros antiguos filósofos, mas así como éstos discrepan entre sí también los utópicos, al aducir para ciertos fenómenos explicaciones nuevas, disienten de todos aquéllos, sin llegar siempre a ponerse de acuerdo.



En la parte de la filosofía que trata de la moral discuten nuestros mismos problemas o sea los tocantes a los bienes del alma y del cuerpo, así como a los externos, e igualmente si el nombre de bien conviene a todo esto o únicamente a las dotes del alma. Disputan

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

acerca de la virtud y el placer; pero su primera y principal controversia versa sobre si la felicidad de los hombres radica en una o en múltiples causas.

En este punto parecen inclinarse más de lo justo al criterio defensor del placer, viendo en éste ya toda, ya una parte esencialísima de la felicidad humana; lo que más admira es que pretendan apoyar opinión tan refinada en su propia religión, que es grave, severa y, en cierto modo, austera y rígida. Es que nunca discuten sobre la felicidad sin combinar con la filosofía, que se sirve de razones, algunos principios tomados de la religión, porque consideran que, sin estos principios, la razón es insuficiente y débil para averiguar la verdadera dicha.

Tales principios son los siguientes: que el alma es inmortal y nacida por bondad divina para ser feliz; que después de esta vida hay premios destinados a nuestras buenas obras y castigos para nuestros pecados. Aunque estos principios pertenecen a la religión, estiman, sin embargo, que somos llevados por la razón a creerlos y darlos por válidos, y que si se suprimiesen, nadie sería tan necio que no se procurase lícita o ilícitamente el placer, evitando sólo esos goces menores que impiden la consecución de otros más grandes o los que más tarde toman su desquite con un dolor.

Consideran locura grande practicar virtudes ásperas y difíciles, renunciar a las dulzuras de la vida y sufrir voluntariamente dolores que no han de producir fruto alguno. Porque ¿cuál podría ser éste si, tras de una vida penosa y miserable, nada se consigue más allá de la muerte? La felicidad, en su opinión, no consiste en un placer cualquiera, sino en el justo y honesto; nuestra naturaleza, dicen, es encaminada a la dicha como a supremo bien por la virtud misma, en la cual reside aquélla según la doctrina opuesta. Definen en consecuencia la virtud como un vivir conforme a la naturaleza, para el cual hemos sido creados por Dios. El que obedece a la razón en apetecer unas cosas o evitar otras, sigue los dictados naturales.

Opinan que la razón es la que inspira en primer término a los mortales el amor y reverencia hacia la Divina Majestad, a la cual debemos la existencia y la posibilidad de ser felices; la que, en segundo lugar, nos alienta y anima a llevar una vida lo más alegre y menos penosa posible y a ayudar a los demás a la consecución de idéntico fin

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

para bien de la sociedad natural. No ha habido nunca defensor tan severo y rígido de la virtud que, al tiempo de mostrarnos trabajos, desvelos y pobrezas, no nos incite a aliviar las necesidades y desgracias del prójimo en la medida de nuestras propias fuerzas. Consideran que el hombre que consuela y alivia a los demás debe ser enaltecido en nombre de la Humanidad. Si nada hay tan humano, ni existe virtud más propia del hombre que el mitigar los males de nuestros semejantes y, suprimiendo las tristezas de la vida, devolverles a la alegría, o sea, al placer, ¿por qué la naturaleza no habrá de instigar a cada uno a hacer lo propio consigo mismo? Porque, o la vida alegre, es decir, placentera, es mala, en cuyo caso no sólo no se debe ayudar a nadie a conseguirla, sino que es obligado apartar de ella a cuantos sea posible, o es buena, y no sólo podemos sino que debemos procurársela a los demás. Y ¿por qué no en primer lugar a nosotros mismos? No hemos de ser menos indulgentes con nosotros que con el prójimo, ni la naturaleza nos mandó, al ordenarnos ser buenos con los demás, que fuésemos crueles e inhumanos con nuestras propias personas.

Afirman los utópicos que la naturaleza misma nos prescribe una vida agradable, es decir, el placer como meta de todas nuestras acciones, y definen la virtud como la vida ordenada de acuerdo a los dictados de la naturaleza. Y como ésta invita a los hombres a que se ayuden mutuamente para el logro de una vida de contento (cosa que, sin duda, no hace sin su buena razón, pues ningún hombre está tan por encima del estado y condición de los demás que la naturaleza tenga que ocuparse tan sólo de él, ya que ella favorece por igual a todos los que se encuentran comprendidos bajo la comunión de una misma forma y manera) ordenan, con eso, seguir como norma el no buscar la propia comodidad a costa de la comodidad de los demás.

Por esto estiman que deben respetarse así los pactos concertados entre particulares como las leyes públicas referentes a la distribución de los bienes de la vida, es decir, a lo que es materia de placer, promulgadas justamente por un príncipe bueno o sancionadas de común acuerdo por un pueblo libre de tiranías y de engaños.

Prudente es buscar el bien personal sin violar esas leyes; procurar además el público es piadoso amor a los hombres, pero destruir el bienestar ajeno para conseguir el propio es, sin duda, injusto. Privarse,

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

por el contrario, de alguna ventaja para favorecer a otro es un deber de humanidad y liberalidad, y esa renuncia, por grande que sea, resulta recompensada con el retorno de beneficios y la conciencia misma del bien obrar y el recuerdo del afecto y agradecimiento de los favorecidos infunden en el espíritu un placer superior al que el cuerpo hubiese obtenido de las ventajas renunciadas. Por último, y así lo comprenderá fácilmente un espíritu religioso, Dios recompensa con una grande e imperecedera alegría el sacrificio de un breve y exiguo placer. Por todo esto, examinando a fondo y valorando cuidadosamente la cuestión, opinan los utópicos que todas nuestras acciones, incluyendo las virtudes mismas, tienden al placer y a la felicidad como fin.

Llaman placer a todo movimiento corporal o anímico con el cual, obedeciendo a la naturaleza, se experimente un deleite; en ese concepto incluyen, y no sin motivo, los apetitos naturales. Los sentidos y la razón aspiran, en efecto, a lo naturalmente agradable y a lo que se consigue sin detrimento ajeno ni ocasionando la pérdida de otro placer mejor ni acarreando molestia alguna. En cambio, lo que los hombres, en virtud de una vana convención y como si pudieran cambiar con las palabras el ser de las cosas, juzgan placentero, nada tiene para los utópicos de común con la felicidad, si es contrario a la naturaleza, antes bien creen que la perjudica, pues no deja lugar para los verdaderos y auténticos deleites y ocupa el espíritu entero con engañosas apariencias de placer. Hay, en efecto, muchísimas cosas que aunque no posean en sí atractivo alguno, sino por el contrario mucho de amargura y perversidad, el poder de las malas pasiones no sólo las reputa por deleites supremos sino que las incluye entre las causas esenciales de la vida.

Entre esos bastardos placeres cuentan los que yo recordaba antes, o sea, el que un hombre, por ir mejor vestido, se considere superior a los demás. El que así piense incurre en un doble error, pues no es menos equivocado creerse mejor por el traje que por la propia persona. Si consideramos el vestido desde el punto de vista de su utilidad ¿por qué mirar como preferible una lana hecha de finas hebras que la fabricada con otras más gruesas? Pues bien, esas gentes, como si se destacasen por su mérito personal y no en virtud de un error, yérguense soberbias, exigen como por derecho propio honores que, de estar peor

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

vestidas, no hubieran osado esperar y se indignan si no se les concede importancia.

Mas, el hecho mismo de ser sensibles a ciertos halagos vanos e inútiles, ¿no es indicio de idéntica necedad? ¿Qué deleite natural y verdadero proporciona la vista de una cabeza descubierta o de una rodilla doblada? ¿Acaso se remediará con eso el dolor de nuestras propias rodillas o se calmará el ardor de nuestras cabezas? Es cosa de ver, en relación con estas engañosas apariencias de placer, cuán fácilmente desvarían los que gustan de que se les aplauda, halague y considere como nobles sólo porque el azar les hizo descender de una larga serie de ricos propietarios de tierras (que no otra cosa es ahora la nobleza), sin considerarse menos nobles aunque sus mayores no les hayan dejado nada o ellos, por su parte, hayan dilapidado lo que heredaron.

Incluyen en la misma categoría a los que, como dije, se dejan seducir por gemas y piedras preciosas y se creen verdaderos dioses cuando logran adquirir algún ejemplar extraordinario y de los más en boga en su tiempo y entre los suyos, ya que no siempre son unas mismas las piedras favoritas en todas partes y en todo tiempo. Adquiérenlas únicamente sin el oro del engaste y aun así obligan al vendedor a declarar, bajo juramento, que la piedra o gema en cuestión es legítima, temerosos de tomar lo artificial por verdadero. Pero al que ha de contemplarla luego ¿por qué ha de causarle menos placer una piedra falsa si sus ojos no son capaces de distinguirla de otra auténtica? Por Hércules, que una y otra debieran valer lo mismo ante sus ojos que ante los de un ciego.

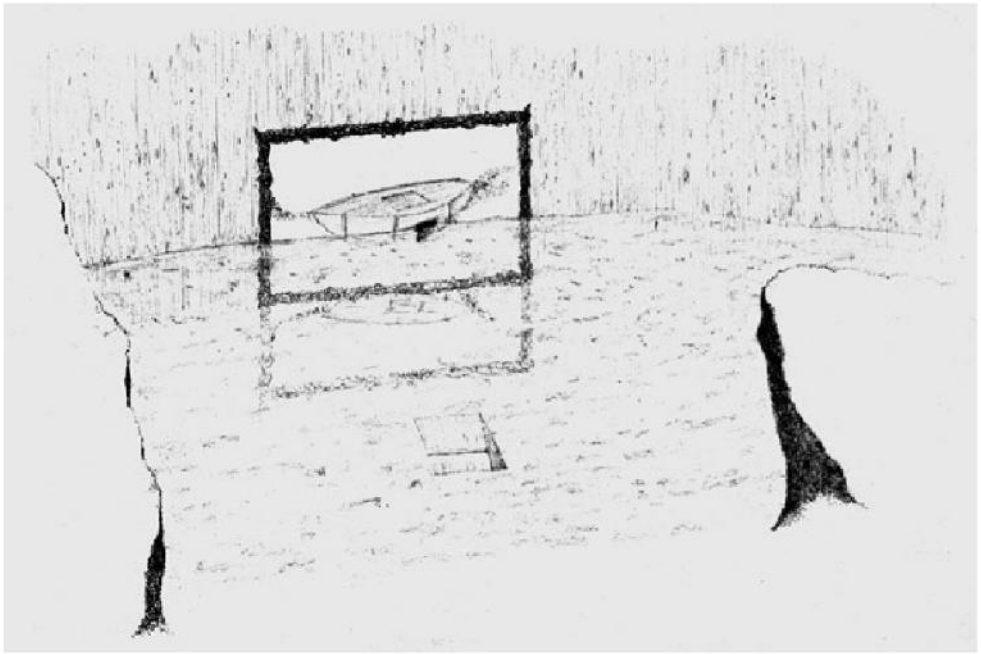
¿Acaso los que acumulan riquezas superfluas no para recrearse con su uso, sino sólo con su contemplación, disfrutan de un placer auténtico? ¿No se dejan más bien engañar por uno falso? Y esos que llevados de vicio distinto entierran para no perderlo el oro que nunca han de utilizar y que acaso no volverán siquiera a ver, ¿no lo pierden en realidad? Pues ¿qué otra cosa es el sustraerlo a los usos propios y al de los demás mortales devolviéndolo a la tierra? Escondido su tesoro ya está su dueño tranquilo y lleno de alegría; pero si alguno se lo robare y su propietario, ignorante del robo, viniere a morir al cabo de diez años, ¿qué más le daría que su dinero hubiese sido sustraído o

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

dejado intacto durante todo el decenio que sobrevivió a su pérdida? La misma utilidad evidentemente le hubiera reportado de una que de otra manera.

A estas tan necias satisfacciones equiparan en Utopía las de los jugadores (cuya locura conocen de oídas y no por experiencia), cazadores y halconeros. ¿Qué placer encuentran —dicen— en echar los dados sobre una mesa? La misma reiteración con que lo hacen ¿no debería producir hastío, aunque tuviese algo de agradable? ¿Qué placer (más bien lo llamaríamos fastidio) obtienen oyendo ladrar y aullar a los perros? ¿Por qué ha de parecer más divertido el espectáculo de un perro persiguiendo a una liebre que a otro perro? Si se trata sólo de la diversión, ésta es la misma en uno y otro caso; pero, si lo que interesa es la perspectiva de una muerte o la contemplación de una carnicería, más bien debiera mover a misericordia el ver una liebrecilla despedazada por un perro, un animal débil, miedoso, huidizo, inofensivo, en una palabra, dilacerado por otro más fuerte, más feroz y más cruel.



Por eso los utópicos relegan a los matarifes, oficio que, como dijimos, desempeñan los esclavos, el ejercicio de la caza, como cosa indigna de hombres libres, considerándole incluso lo más despreciable

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

de dicho menester, el cual no deja de ser útil y honesto en lo demás, pues proporciona buenos rendimientos y si sacrifica a los animales lo hace sólo por necesidad; el cazador, en cambio, no busca en la muerte y despedazamiento de una mísera bestezuela más que la satisfacción de un capricho. Creen nuestros insulares que el complacerse en una muerte, aunque sea la de un animal, revela perversos instintos y que los espíritus con el reiterado ejercicio de tan feroz deleite acaban por parar en la crueldad.

Así, pues, aunque el vulgo considera agradables estas y otras cosas semejantes, innumerables por cierto, opinan los utópicos resueltamente que ninguna relación guardan con el placer, pues nada bueno poseen en sí. Cierto es que halagan los sentidos, pero esta preocupación vulgar en nada modifica su creencia, ya que lo que parece obra del placer, no lo es sino porque la perversa costumbre de los hombres háceles apetecer lo amargo como dulce, de igual modo que para el corrompido gusto de las embarazadas la pez y el sebo son más sabrosos que la misma miel. Mas así como el juicio alterado por la enfermedad o la costumbre no puede cambiar la naturaleza de las demás cosas, tampoco puede hacerlo con la del placer.

Los que de éstos reputan por verdaderos son de diversas clases, unos espirituales y corporales otros. A los primeros pertenecen la inteligencia, esa dulzura que produce el conocimiento de la verdad, el agradable recuerdo de haber vivido bien y la esperanza cierta de una futura recompensa.

El placer corporal lo dividen, a su vez, en dos clases: incluyen en la primera todo lo que impresiona gratamente los sentidos, como la comida y la bebida, restauradoras de nuestro organismo agotado por el calor interno, y la expulsión de materias que ocupan el cuerpo con su exceso. Así ocurre cuando se limpia el intestino o se practica el acto de la generación o se calma alguna picazón friccionándola o rascándola.

En ocasiones, el placer radica no en proporcionar a nuestros miembros lo que necesitan ni en liberarlos de lo que les molesta, sino en algo que cautiva, atrae e impresiona los sentidos con oculta fuerza pero efectos evidentes. Tal es el que nace de la música.

Otra clase de placer corporal consiste para ellos en un tranquilo y

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

equilibrado estado del cuerpo, es decir, en que la salud no se vea alterada por ninguna enfermedad. Aquélla, en efecto, cuando ningún dolor la perturba, produce de suyo un bienestar, por más que no se reciba desde fuera ninguna impresión agradable. Y aunque ese bienestar es evidentemente menos sensible que los embrutecedores placeres de la mesa y la bebida, son muchos quienes lo consideran como el supremo placer y los utópicos, por su parte, lo tienen por fundamento y base de la felicidad, porque hace grata y deseable la vida y su supresión equivaldría a la del placer mismo. A la carencia de dolor, si falta la salud, la llaman insensibilidad y no placer.

Tiempo ha que han desechado, y no sin preceder prolijas discusiones, la opinión de quienes por considerar que los efectos de la salud, por serena y duradera que ésta sea, no eran perceptibles sin ayuda de alguna excitación externa, se rehusaban a admitirla como placer. Ahora, por el contrario, casi todos están de acuerdo en que la salud es uno de los primeros, si no el primero, de los placeres. Razonan de este modo: si la enfermedad va acompañada del dolor, enemigo tan implacable del placer como aquélla lo es de la salud, ¿por qué no ha de haber a la inversa deleite en el equilibrio resultante de la salud? Ninguna importancia tiene a su juicio el que la enfermedad sea un dolor o que el dolor exista en la enfermedad, ya que el resultado es uno mismo. Que la salud sea el verdadero placer o lo produzca necesariamente, como el fuego el calor, lo cierto es que el bienestar es inseparable compañero de quienes disfrutan de una salud perfecta. El comer, afirman, no es sino una lucha, con ayuda de los alimentos, entre la salud, que empezaba a debilitarse, y el hambre, lucha en la que el cuerpo encuentra el placer de irse sintiendo fortificado y de retomar al acostumbrado vigor. Y si la salud se complace en esa lucha ¿cómo no habrá de regocijarse una vez lograda la victoria? Recuperada felizmente su primitiva robustez, ¿quedaráse el hombre insensible, sin conocer ni apreciar los beneficios de lo único que se buscaba en todo ese combate? Mucho se equivocan, en opinión de los utópicos, los que dicen que la salud no se siente. Porque ¿quién estando despierto no se da cuenta de que está sano, sino el que no lo está? ¿Quién, como no sea víctima de algún estupor letárgico, dejará de reconocer que la salud es cosa agradable y deleitosa? Y este deleite ¿qué es sino el

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

placer, con otro nombre? Para ellos sin embargo, nada hay superior a los placeres del espíritu, considerados como los primeros y principales entre todos. La mayor parte de ellos emana, a su entender, de la virtud y de la conciencia de una vida honrada.

De entre los placeres que proporciona el cuerpo conceden la palma a la salud, pues si bien consideran apetecibles el comer, el beber y otras satisfacciones semejantes, es sólo en atención a la salud y no por estimarlas agradables en sí, sino en la medida que nos salvaguardan de las enfermedades que subrepticiamente se insinúan; y así como el hombre prudente prefiere evitarlas y acudir a su remedio y alejar el dolor que tener que aliviarlo, preferible es igualmente privarse de tales placeres a tener que calmar el malestar que su privación produce. Si en ellos consistiese la felicidad, el hombre más dichoso sería evidentemente aquél cuya vida transcurriese comiendo para aplacar el hambre, bebiendo para calmar la sed y rascándose y friccionándose para mitigar la comezón. ¿Y quién no ve que semejante vida sería innoble a la par que miserable? Los placeres que acabo de mencionar son los más ínfimos y menos puros porque siempre van unidos a molestias contrarias: al de comer, acompaña el hambre en forma desproporcionada, pues cuanto más violenta, mayor es también la desazón que, nacida antes que el placer, no se extingue sino con él. No creen los utópicos que haya que preocuparse de los referidos deleites sino en la medida que lo exija la necesidad, pero disfrutan de ellos y reconocen agradecidos la indulgencia de la madre naturaleza que nos atrae con tanta dulzura a la realización asidua de las funciones necesarias para la vida. ¿Cuán tediosa no sería ésta si para ahuyentar las molestias cotidianas del hambre y la sed tuviésemos que recurrir a esos brebajes y amargas pócimas con que combatimos las que a intervalos mayores nos asaltan?

En cambio fomentan la belleza, la fuerza y la agilidad como dones auténticos y preciosos otorgados por la naturaleza. Procúranse, asimismo, como condimentos agradables de la vida, los deleites que penetran por los ojos, oídos y nariz, que son exclusivamente propios del hombre, pues ningún otro ser animado es capaz de apreciar la configuración y belleza del mundo ni los olores, como no sea para distinguir los alimentos, ni la gracia de las cosas, ni las distancias

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

acordadas o discordes de los sonidos.

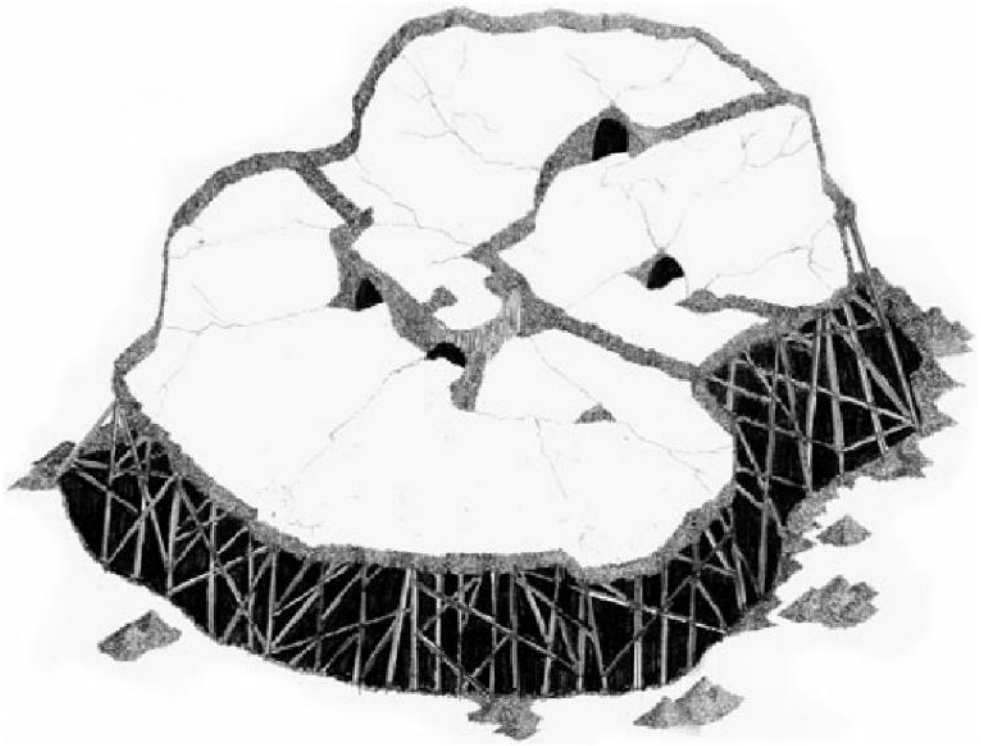
Se atemperan en todos los placeres a la norma de que uno menor no impida otro mayor y de que ninguno produzca dolor, cosa inevitable, en su concepto, cuando se trata de placeres deshonestos.

También reputan por insigne necedad, no sólo el despreciar la belleza, desgastar las fuerzas, convertir la agilidad en pereza, agotar el cuerpo con ayunos, perjudicar la salud y menospreciar los demás atractivos naturales (a no ser que, prescindiendo del bienestar propio, se quiera procurar el ajeno o el público o esperar de Dios una recompensa mayor por tantos afanes) sino el atormentarse a sí mismo sin provecho de nadie, ya por una vana sombra de virtud, ya para habituarse a sobrellevar unos males que acaso no han de presentarse nunca.

Tales son sus teorías acerca de la virtud y del placer; la razón humana no podría hallar otras más verdaderas, a menos que una religión revelada desde el cielo inspirase al hombre algo más puro. Pero ni el tiempo nos permite decidir si en esto tienen o no razón, ni nos parece necesario averiguarlo, ya que nuestro propósito no es defender sus instituciones sino darlas a conocer. Por lo demás estoy persuadido de que, sea como fuere, en parte alguna existe pueblo más floreciente ni república más feliz.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Son los utópicos de cuerpo ágil, vigoroso y de una fuerza superior a lo que haría presumir su estatura, no pequeña por cierto.

Aunque la tierra no es igualmente fértil en toda la isla, ni el clima absolutamente favorable, ellos se defienden contra estos inconvenientes con su templanza en el comer y remedian con tanto ingenio las desventajas de la tierra, que en ninguna parte se encuentra producción superior de frutos y ganados, ni hombres de cuerpo tan resistente, vivaz y menos sujeto a enfermedades.

Realízanse allí con toda diligencia, no sólo las faenas ordinarias de la agricultura, dirigidas a modificar con inteligente esfuerzo una tierra de suyo infecunda, sino que se ven bosques enteros arrancados de cuajo por mano del pueblo y trasplantados a otro sitio, no atendiendo a la abundancia, sino a que, conducida la madera a lugares próximos al mar, a los ríos y a las ciudades mismas, se facilita su transporte, pues si bien los frutos pueden traerse por tierra desde lugares lejanos, con menos trabajo, no ocurre otro tanto con los árboles.

Son los utópicos amables, ingeniosos y activos; gustan del reposo pero, cuando es preciso, soportan bien cualquier esfuerzo físico. Nada les apetece tanto, sin embargo, como las ocupaciones propias del

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

espíritu. No me pareció que estimaran gran cosa las producciones latinas, excepto las de historia y poesía, pero, oyéndonos hablar de las obras literarias y científicas de los griegos, fue grande el empeño que pusieron en conocerlas, ayudándose de nuestras explicaciones. Empezamos, pues, a leérselas, más bien para que no creyesen que rehuíamos el trabajo, que porque esperásemos algún resultado; pero al avanzar en el intento, pronto comprendimos, en vista de su entusiasmo, que nuestro esfuerzo no sería estéril.

Comenzaron a imitar tan fácilmente la forma de las letras, a pronunciar con tal desembarazo las palabras, a confiarlas con tal presteza a su memoria y a repetirlas de coro con tanta fidelidad, que hubiera parecido cosa de milagro de no saber nosotros que en su mayoría acudían al aprendizaje de estas disciplinas, no ya voluntariamente, sino por orden del Senado y previa selección de los más inteligentes y de edad madura. Y así, en menos de tres años, nada ignoraban ya de la lengua griega y leían de corrido los buenos autores siempre que no hubiera erratas en los libros.

La facilidad con que aprendieron ese idioma debióse, en mi opinión, a su parentesco con el propio. Sospecho, en efecto, que son de origen griego porque su lenguaje, casi persa en lo demás, conserva algunos vestigios helénicos en los nombres de ciudades y magistraturas. En mi cuarto viaje y previendo no un inmediato regreso sino una larga permanencia entre ellos, había cargado en la nave un mediano fardo de libros. Pude así proporcionarles la mayor parte de las obras de Platón, muchas de Aristóteles y el *Tratado de las plantas*, de Teofrasto, aunque mutilado en muchos lugares, porque habiéndolo descuidado durante la travesía, cayó sobre él un mono que con sus juegos y piruetas arrancó de acá y allá algunas de sus páginas y las desgarró. De Gramática, poseen únicamente la obra de Lascaris, pues no llevé nada de Teodoro, ni otro diccionario que los de Exiquio y de Dioscórides. Estiman mucho los libros de Plutarco y les deleita el donaire e ironía de Luciano. De los poetas conocen a Aristófanes, Homero, Eurípides y Sófocles, en las pequeñas ediciones de Aldo, y de los historiadores, a Tucídides, Herodoto y Herodiano. De Medicina, llevó consigo mi compañero Tricio Apinato algunos opúsculos de Hipócrates y la *Microtecnia* de Galeno, obras que aprecian en sumo

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

grado, pues aunque no hay pueblo en el mundo que menos necesite del arte médico, tiénenlo en gran predicamento, como que lo cuentan entre las más útiles y hermosas partes de la filosofía y escrutan con su ayuda los secretos de la naturaleza, pareciéndoles que con ello no sólo se procuran extraordinario deleite, sino que se hacen más agradables al Autor y Creador del mundo. Creen que éste, como los demás artífices, puso ante los ojos del hombre, único ser al que creó capaz de cosa tan grande, la máquina del universo para que la contemplase y admirase; y que por esto ama más al que la estudia curioso y solícito que a quien, estúpido e indiferente como un animal sin inteligencia, desprecia espectáculo tan admirable.

Aplican los utópicos, de modo sorprendente, su ingenio, cultivado con el estudio, a la invención de las artes útiles para el bienestar humano. Débennos, empero, dos, a cuyo desarrollo no dejaron de contribuir en buena parte: la imprenta y la fabricación del papel. En efecto, así que les mostramos, pues explicárselo era difícil no habiendo entre nosotros quien conociese dichos oficios, las obras impresas por Aldo y les hablamos de la materia con que se fabrica el papel; comprendieron la cosa con aguda rapidez, y aunque hasta entonces siempre habían escrito en pergamino, cortezas o papiro, intentaron al punto elaborar papel e imprimir letras. En un principio no progresaron gran cosa, pero a fuerza de repetidos experimentos lograron, en breve plazo, ambos propósitos, y tanto progresaron, que si hubieran tenido más originales, su producción de libros habría sido no escasa; pero no poseían otros que los citados, de los que han impreso y repartido muchos miles de volúmenes.

Acogen con benevolencia al que los visita, siempre que éste sepa hacerse apreciar por sus dotes de ingenio, su experiencia en los viajes o su conocimiento de otros países. Como gustan de oír lo que por el mundo acontece, nuestra llegada fue muy bien recibida.

Rara vez arriban mercaderes a sus playas, porque ¿qué otra cosa podrían traerles sino hierro o plata y oro, qué más bien querrían llevarse consigo? Prefieren ocuparse por sí mismos de las exportaciones a que lo hagan otros, ya que así tienen ocasión de conocer tierras extrañas y de no echar en olvido la práctica y pericia de la navegación.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

De los esclavos, de los enfermos, de los matrimonios y de otros asuntos diversos

Los prisioneros de guerra, excepto los agresores, no son considerados como esclavos; tampoco los hijos de esclavos, ni los que pueden comprar como tales en otras naciones; en cambio, reducen a servidumbre a todo el que por algún delito mereció este castigo o fue condenado a muerte en una ciudad extranjera. Esto es lo que ocurre más frecuentemente. Trasladan a Utopía, adquiriéndolos a muy bajo precio o gratuitamente, a muchos de aquéllos y no sólo los hacen trabajar de continuo, sino que los retienen presos. Tratan aun con mayor rigor a sus propios conciudadanos por considerarlos más culpables y merecedores de penas más graves, ya que preparados por una excelente educación al ejercicio de la virtud, no han sabido apartarse del mal.

Otra clase de esclavos la constituyen los trabajadores pobres de otros pueblos que se ofrecen a servir en Utopía espontáneamente. A éstos los tratan con bondad y, fuera de que les señalan mayor cantidad de trabajo, como a gente habituada a él, no los tienen en menos que a sus propios conciudadanos; al que de ellos quiera marcharse (lo que pocas veces ocurre) no le detienen contra su voluntad ni le dejan irse sin galardón.

Tratan, como ya dije, a los enfermos con grandes cuidados, sin omitir medicinas ni alimentos capaces de devolverles la salud. Acompañan a los incurables, les dan conversación y les proporcionan, en una palabra, cuanto sea susceptible de aliviar su mal. Si se trata de una enfermedad sin remedio y de continuo dolor, los sacerdotes y magistrados hacen ver al paciente que ya es inútil para los trabajos de la vida, molesto para los demás y una carga para sí mismo, no quiera pues alimentar por más tiempo su propia peste y corrupción; que siendo su vida un tormento no vacile en morir, antes tenga esperanza de librarse de una vida semejante, como de un potro o tormento, dándose la muerte o consintiendo que otro se la dé; persuádenle a que así obrará sabiamente, a que la muerte será no un mal, sino el término

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

de sus suplicios, y a que siendo éste el consejo de los sacerdotes, intérpretes de la voluntad divina, obrará de manera santa y piadosa.

Los que son convencidos se dejan morir de hambre o reciben la muerte mientras duermen y sin darse cuenta. A ninguno, empero, eliminan contra su voluntad, ni dejan de prodigarle sus cuidados, persuadidos a que de este modo obran honradamente. Mas si alguno llegare a suicidarse sin consentimiento de los sacerdotes y del Senado lo consideran indigno de la tierra y del fuego y lo arrojan, afrentosamente insepulto, a cualquier pantano.

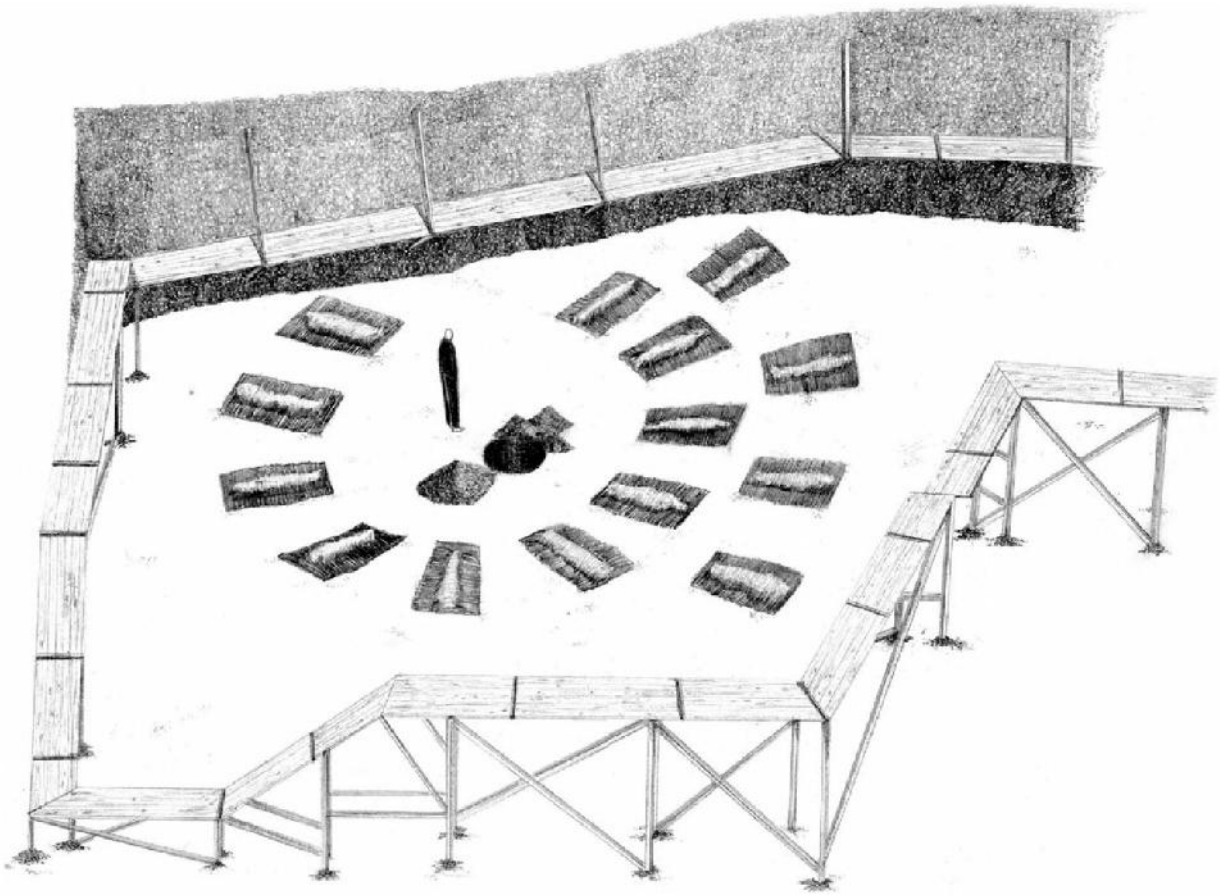
Las mujeres no se casan antes de los dieciocho años ni los hombres hasta que han cumplido cuatro más. Si con anterioridad al matrimonio se les convenciera de haber tenido secreto trato carnal son severamente amonestados y se les prohíbe en absoluto el casamiento, a menos que el príncipe, movido a piedad, les perdone su falta. Pero el padre y la madre en cuya casa se cometió el delito quedan infamados por no haberlos vigilado con la necesaria diligencia. Este delito lo castigan con tanta severidad porque ven que si no se les aparta enérgicamente del concubinato, pocos se casarían ante la perspectiva de vivir siempre con la misma persona y de tener que afrontar los demás inconvenientes del matrimonio.

En la elección de cónyuge siguen con toda seriedad una práctica que a nosotros nos parece muy extraña y ridícula. La prometida, ya sea virgen o viuda, es expuesta desnuda a los ojos del pretendiente por alguna matrona grave y honesta; a su vez el novio es presentado ante la muchacha, igualmente desnudo, por un hombre respetable. Y como nosotros censurásemos riendo tan absurda costumbre, admirábanse ellos, por su parte, de la necedad de otros pueblos que, mostrándose muy cautos al adquirir un caballo que, al fin y al cabo, cuesta poco dinero, rehusándose a comprarlo, aunque lo vean en cueros, si no se le quita la silla y despoja de todos sus arreos, no sea que bajo éstos se encubra alguna matadura, procedan con tanta ligereza en la elección de cónyuge, que puede llenar de solaz o pesar el resto de la vida, y aprecien la totalidad de su cuerpo, cubierto con los vestidos, por sólo un palmo de rostro que es lo que se ve, exponiéndose al riesgo de una difícil convivencia si luego llegase a descubrirse algún defecto. No todos los hombres son de tanta sabiduría que se satisfagan con los

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

atractivos puramente espirituales e incluso los sabios mismos se pagan no poco, al casarse, de los encantos físicos. Bajo el externo atavío puede sin duda esconderse alguna deformidad tan repugnante que fuera capaz de enajenarle a la mujer el cariño de su marido cuando ya la separación corporal sea imposible. Si dicha deformidad se pone de manifiesto después del matrimonio ambos cónyuges tendrán que resignarse con su suerte. Por eso debe haber leyes que eviten que nadie pueda ser engañado de antemano. Así lo han entendido los utópicos, con tanto mayor motivo cuanto que son los únicos de su región que se conforman con un solo cónyuge y cuyos matrimonios no se desatan sino con la muerte, excepto cuando hay adulterio o insufrible incompatibilidad de costumbres: en uno y otro caso el Senado concede permiso al inocente para volverse a casar y el culpable queda infame y se le condena a perpetuo celibato.



No toleran en modo alguno el que se repudie a una mujer contra su

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

voluntad porque le haya sobrevenido alguna desgracia corporal, teniendo por crueldad abandonar a una persona cuando más necesita de consuelo y privarla de un seguro y firme apoyo en la vejez que tanto cortejo de enfermedades trae consigo y es en sí misma una enfermedad.

Sucede a las veces que, no existiendo compatibilidad de caracteres entre los cónyuges y hallando entrambos nuevas personas con las que confían vivir felizmente, se separan de grado y contraigan otro matrimonio. Pero ello ha de ser con permiso del Senado, cuyos miembros no admiten el divorcio sino después de examinar detenidamente las causas por sí mismos y por sus mujeres, pues bien se les alcanza que la posibilidad de contraer fácilmente nuevas nupcias es lo menos indicado para unir a los esposos con sólidos vínculos.

Castigan con la más dura esclavitud a los profanadores del matrimonio; si ambos culpables son casados, los que han sufrido la ofensa pueden, si lo desean, casarse entre sí o con persona distinta, repudiando al adúltero. Si uno u otro de los ofendidos persiste en su amor para con el que tan mal se ha comportado, la ley no le prohíbe seguir, si quiere, en su castigo al condenado; y a veces sucede que, conmovido el príncipe por el arrepentimiento del uno y la firme constancia del otro, otorgue al primero la libertad. Pero el reincidente es castigado con la muerte.

Ninguna ley fija para los demás delitos determinada pena, sino que el Senado la establece, más o menos grave, según la naturaleza de aquéllos. Los maridos castigan a sus mujeres y los padres a sus hijos, a menos que la falta sea tan grande que convenga al mantenimiento de las buenas costumbres un escarmiento público. Casi todos los crímenes graves se penan con la esclavitud, castigo que consideran más terrible para el delincuente y ventajoso para el Estado que el apresurarse a dar muerte al reo, privándose de los beneficios de su trabajo y de un ejemplo que, por duradero, impedirá a otros la comisión de delitos análogos.

Mas a los condenados que se muestran rebeldes o recalcitrantes los matan como a bestias indómitas e incapaces de ser cohibidas por cárceles ni cadenas. A los delincuentes no se les quita la esperanza de ver mitigados sus sufrimientos por sufragio del pueblo o de obtener el

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

perdón por benevolencia del príncipe si, amansados por el largo castigo, dan pruebas de que la falta les parece más odiosa que el arrepentimiento.

Incitar al estupro es no menos peligroso que practicarlo. En todo crimen igualan al hecho la definida intención de ejecutarlo, estimando que no debe aprovechar al criminal el fracaso de lo que meditaba, ya que no dependió de su voluntad el no verlo realizado.

Gustan mucho de los bufones, y así como tienen por deshonroso el maltratarlos, a nadie prohíben divertirse con sus donaires. Creen que esto es de gran utilidad para su locura y no se los dejan tener a esas gentes severas, tristes e incapaces de apreciar sus gestos y dichos, temiendo que no los traten con la gentileza e indulgencia debidas, y que, lejos de serles provechosos, ni se diviertan siquiera, que es para lo único que sirve su habilidad. Consideran infame y vergonzoso, no para el burlado sino para el burlador, reírse de las personas contrahechas o mutiladas, pues eso equivale a echar en rostro a otro, estúpidamente, lo que no estaba en sus manos evitar.

Así como tienen por negligencia y pereza el no cuidar de la belleza natural, reputan por deshonrosa insolencia recurrir a los afeites. Saben por experiencia que los encantos de una mujer influyen menos en el marido que su honradez y respeto. Cierto es que a muchos cautiva únicamente la belleza, pero no lo es menos que sólo la virtud y condescendencia tienen fuerza suficiente a retenerlos.

No sólo se apartan de las maldades por temor al castigo, sino que incitan a la virtud con promesas de honores. Levantan estatuas en las plazas públicas a los hombres ilustres y beneméritos del Estado como testimonio de sus hechos loables y para que la gloria de los antepasados sirva a la posteridad de acicate e invitación para emularlos.

El que solicita algún cargo público pierde toda esperanza de conseguirlo. Conviven amigablemente y ningún magistrado se muestra terrible ni orgulloso. Los llaman padres y ellos se comportan como tales. Voluntariamente se les rinden los honores debidos, pero nadie está obligado a tributárselos. El príncipe no se distingue de los demás ciudadanos por sus vestidos o su corona, sino por llevar un manojo de espigas. El distintivo del pontífice es un cirio que le precede.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Tienen muy pocas leyes, pero suficientes para su gobierno. Censuran en los demás pueblos, más que nada, el que no les basten tantos volúmenes de glosas e interpretaciones. Igualmente opinan que es injusticia grande obligar a los ciudadanos con leyes, o demasiado numerosas para ser leídas en su integridad, o tan oscuras que sólo son entendidas de unos pocos. Han suprimido en absoluto a los abogados, hábiles defensores de las causas y sagaces intérpretes de las leyes, pues la experiencia les ha enseñado que es preferible que cada cual defienda sus propios pleitos y exponga ante el juez lo que habría confiado a su abogado. De esta manera se evitan rodeos y se va derecho a la verdad, pues como el interesado se produce sin retórica alguna, pesa solícito el juez sus argumentos y protege a los ingenios sencillos contra las argucias de los intrigantes. En otras naciones es difícil observar normas semejantes, atendida la enorme abundancia de sus complicadísimas leyes.

En Utopía, por el contrario, todos conocen las leyes, pues éstas, como he dicho, son muy pocas y su interpretación más simple pasa por ser la más equitativa. La ley, dicen, se promulga para que todos sepan cuál es su deber; si se la interpretase demasiado sutilmente sólo serviría, en realidad, para unos pocos capaces de entenderla, mientras que siendo clara y sencilla, estará al alcance de cualquiera. Y si se tiene consideración al vulgo, que constituye la mayoría y es el más necesitado de tutela, ¿no daría lo mismo no dictarle ley alguna que hacerlo por modo tan complicado que sólo sería comprensible a fuerza de inteligencia y de prolijas controversias? ¿Qué significarían tales disposiciones a los ojos del vulgo y de los que viven preocupados por el diario sustento?

Los pueblos libres de las inmediaciones, que ya hace tiempo fueron eximidos de toda tiranía por los utópicos, admirados de sus virtudes, les piden espontáneamente magistrados por uno o por cinco años; cuando éstos han terminado su mandato, los acompañan a su tierra con honores y alabanzas, llevándose consigo otros nuevos. Al proceder así salvaguardan esos pueblos sus intereses del modo mejor y más ventajoso, puesto que, dependiendo su salud o su ruina de la conducta de sus gobernantes, no pueden hacer elección más acertada que la de unos funcionarios que a ningún precio se apartarían de lo justo (ya que

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

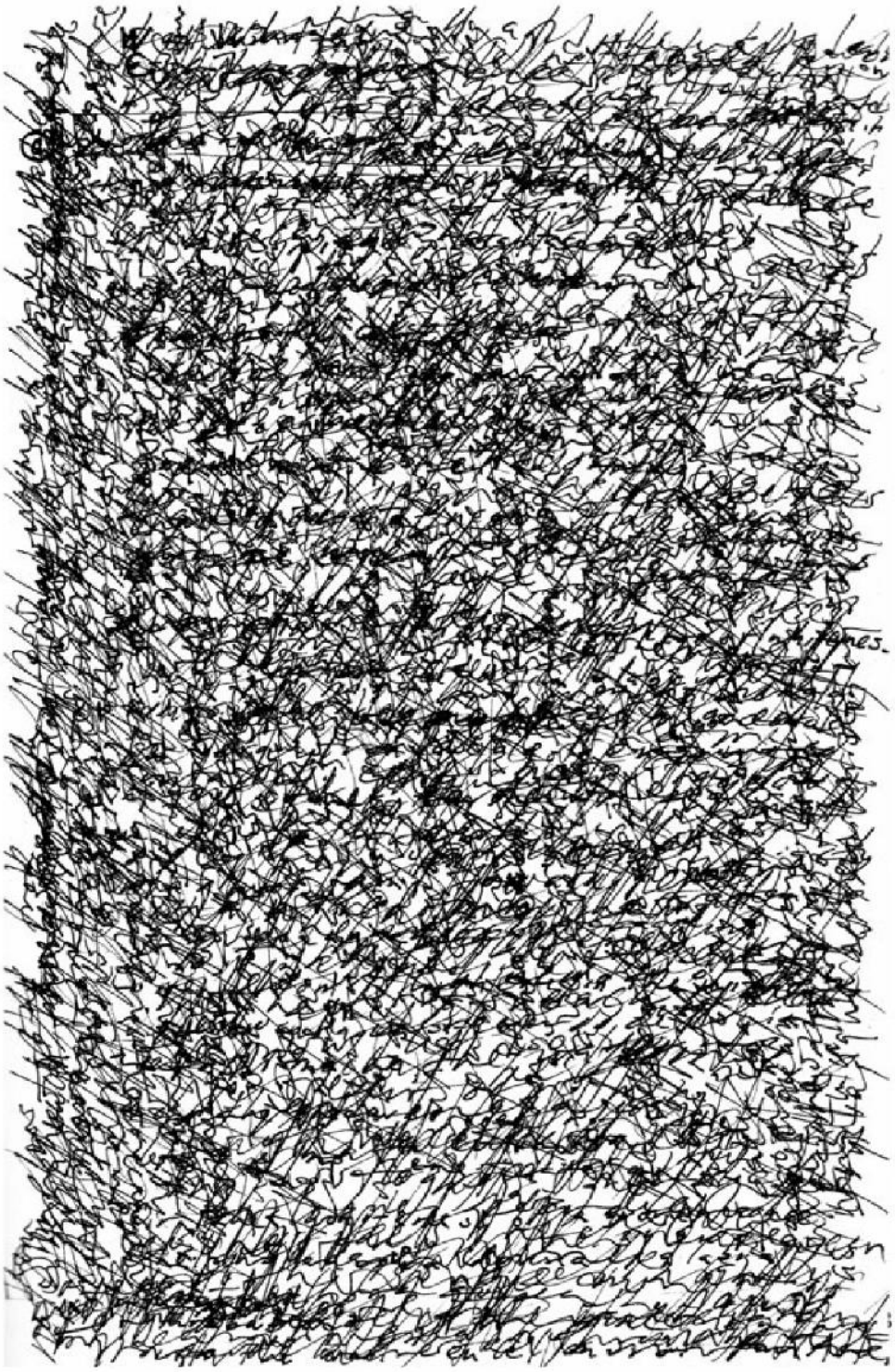
ello no les reportaría ningún provecho por tener que regresar en breve a su patria), ni serían sensibles a afectos y amistades por no conocer a sus gobernados. La parcialidad y la avaricia son males que cuando se apoderan de los jueces destruyen la justicia, nervio el más fuerte de una república.

Llaman los utópicos aliados a los pueblos a quienes proporcionan magistrados, y amigos a los demás que han distinguido con sus favores.

Nunca pactan con otra nación esos tratados que otros pueblos tan a menudo concluyen, rompen y renuevan. ¿Para qué alianzas, piensan, cuando la naturaleza ha unido estrechamente al hombre con el hombre? El que no la respeta, ¿habría acaso de preocuparse por mantener su palabra? La razón principal de este modo de opinar es que en las regiones de aquella parte del mundo los pactos entre los soberanos se observan con poquísima fidelidad. En Europa y demás tierras en donde reinan la fe y la religión de Cristo, la majestad de los tratados es por doquier sagrada e inviolable, en parte por la justicia y bondad de los príncipes y en parte por el respeto y temor que inspiran los sumos pontífices, que así como, sin necesidad de promesas, cumplen escrupulosamente, ordenan a los soberanos el cumplimiento, sea como sea, de sus compromisos, y obligan a los que se resisten por medio de severas censuras pastorales. Tienen, con razón, por vergonzosa ver inobservadas las alianzas por quienes más presumen de su condición de fieles.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Pero en aquella parte del mundo, recién descubierta, menos separada que la nuestra por el círculo ecuatorial que por la diferencia de vida y costumbres, no existe confianza alguna en los tratados, los cuales se violan con tanta más rapidez cuanto mayores y más solemnes fueron las ceremonias con que se concertaron. No es difícil, en efecto, deslizar en su texto de intento y astutamente, alguna ambigüedad que permita quebrantar los vínculos más firmes y eludir, a un tiempo, el pacto y la palabra empeñada. Ahora bien, si esos mismos que no tienen empacho en aconsejar a un príncipe tal proceder, descubrieran en un contrato privado una añagaza o, mejor dicho, un fraude semejante, gritarían de seguro frunciendo el ceño: "¡Sacrilegio! ¡A la horca con sus autores!" Por lo visto, la justicia es o una virtud humilde y plebeya, muy por bajo del solio real o hay por lo menos dos justicias: una pedestre y a ras de tierra que, exclusiva del pueblo y cargada de cadenas, no puede nunca saltar la valla que la rodea, y otra, la de los príncipes, que no sólo es más noble que la de los plebeyos, sino mucho más libre, pues sólo le está vedado lo que no les agrada.

Las costumbres de esos soberanos, tan malos observantes de los pactos, son, a mi parecer, la causa de que los utópicos no concluyan tratado alguno. Si viviesen entre nosotros tal vez cambiarían de modo de pensar, aunque es evidente que los mencionados pactos, por más que se observen fielmente, tienen el inconveniente, caso de generalizarse su uso, de hacer que pueblos separados sólo por el exiguo espacio de una colina o de un riachuelo, lleguen a considerarse desprovistos de todo lazo natural y como enemigos dispuestos a destruirse mutuamente, de no impedírselo los convenios concertados. Están persuadidos a que la conclusión de un pacto no estrecha la amistad de los pueblos, pues deja en pie la posibilidad del pillaje si, por un descuido en su redacción, no se tomaron para evitarlo las precauciones necesarias. Creen, por el contrario, que no debe considerarse enemigo al que ningún agravio les ha hecho, que el vínculo creado por la naturaleza sustituye a cualquier alianza y que los hombres están mejor unidos por la mutua benevolencia que por los tratados y más por el espíritu que por las palabras.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

De la guerra

Abominan de la guerra como de cosa totalmente bestial, aunque ningún animal la ejercita tanto como el hombre y, contra la costumbre de casi todas las naciones, estiman que nada hay menos glorioso que la fama que en ella se obtiene. Y si bien hombres y mujeres se ejercitan con asiduidad y en determinados días en las disciplinas militares, lo hacen para no encontrarse torpes en la lucha en caso necesario. Nunca declaran una guerra sin necesidad, sino para proteger sus fronteras, expulsar de los territorios amigos al invasor o libertar con sus fuerzas y llevados de un sentimiento de humanidad a los pueblos tiranizados del yugo y servidumbre de su opresor. A veces suelen ayudar a los amigos tratándose de guerras destinadas a la satisfacción y venganza de una injuria y no de carácter defensivo. Hácenlo así cuando, consultados antes de estallar el conflicto, reconocen los motivos de éste como legítimos y declaran agresor al adversario, puesto que no quiso dar las satisfacciones exigidas ni devolver lo usurpado.

Tal es su conducta siempre que, agredidos por el enemigo, se ven víctimas de alguna depredación, y reaccionan con mucha mayor energía cuando los comerciantes de una nación amiga reciben en otra, so color de justicia, un trato injusto, ya en virtud de leyes inicuas, ya a consecuencia de una malintencionada interpretación de las buenas.

No fue otro el origen de la guerra que a favor de los nefelogetas y contra los alaopolistas emprendieron los utópicos poco antes de nuestra época. Los alaopolistas, alegando un pretexto justo en su opinión, agraviaron a unos comerciantes nefelogetas. Mas con derecho o no, lo cierto es que esa injuria fue vengada con una guerra tan sangrienta que, juntándose a las fuerzas y odios de uno y otro partido el poderío y los recursos de los pueblos vecinos, muchas ciudades florecientes vinieron a quedar quebrantadas y otras destrozadas por completo; y como unos desastres traen consigo otros el resultado fue, ya que los utópicos no luchaban por interés propio, la esclavitud de los alapolistas y su sumisión a los nefelogetas, pueblo que, en los tiempos de grandeza de sus nuevos súbditos, no hubiera podido, bajo ningún aspecto, compararse con ellos. ¡Tan esforzadamente castigan los utópicos las injurias inferidas a sus amigos, aunque sea en materia de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

dinero!

Respecto de los súbditos propios, no proceden de igual manera; si en algún país se les despoja de sus bienes, limítanse, siempre que no haya habido violencia, a abstenerse de todo trato con el causante de la ofensa, hasta no recibir de él la debida satisfacción. Y no es porque se preocupen menos de sus conciudadanos que de sus amigos, sino porque éstos, al ser despojados de algún bien, reciben con ello gran daño, atendido que lo que se les arrebata es suyo propio, mientras que tratándose de un utópico, la pérdida es para el acervo común, ya que sólo se exporta lo que abunda y, por así decirlo, sobra en el país. De donde resulta que la pérdida es tan pequeña que ni siquiera la sienten. Por esto consideran excesiva crueldad vengar un perjuicio que nadie nota en su vida y sustento propios con la muerte de muchas personas. No obstante, si alguno de los suyos es injustamente herido o muerto, así sea responsable del hecho una autoridad pública como un particular, se dan prisa a averiguar lo ocurrido por medio de sus embajadores y declaran la guerra al punto si no se les da cumplida satisfacción mediante la entrega de los culpables. Caso de obtenerla, los castigan con la muerte o la esclavitud.

No sólo se duelen de una victoria sangrienta sino que les produce vergüenza, pareciéndoles locura comprar a tan gran costo una mercancía por valiosa que sea. Quedan, en cambio, muy satisfechos cuando sin pérdida alguna y sólo en fuerza de astucia y engaños vencen al enemigo. Celebran entonces el triunfo con demostraciones públicas y erigen trofeos como si hubiesen realizado una gran hazaña. Sólo cuando han obtenido la victoria merced a los recursos de su inteligencia, cosa que ningún otro ser animal puede realizar, se jactan de haber procedido viril y valerosamente, pues, como dicen, ni osos, leones, jabalíes, lobos, perros y restantes bestias tienen más fuerza que las corporales, y aunque la mayoría nos vence con su vigor y ferocidad, todas ellas son superadas por la inteligencia y la razón. Lo único que les mueve a declarar la guerra es conseguir algo cuya previa concesión habría evitado las hostilidades. Cuando no lo obtienen toman de los culpables tan tremenda venganza que el terror les impide en lo sucesivo atreverse a cosa semejante. Una vez determinado el objeto que persiguen, van rápidamente a su consecución, de manera que

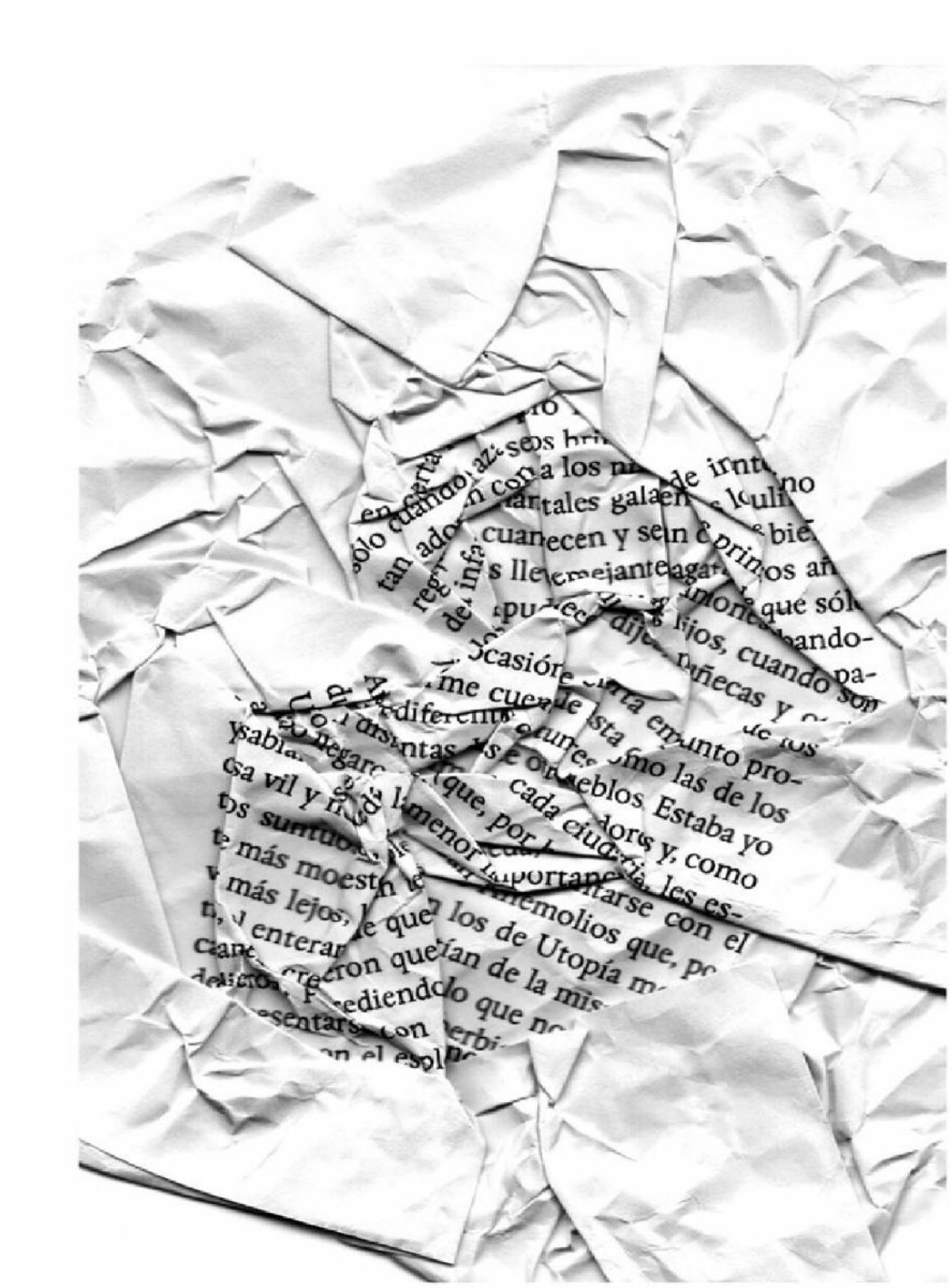
Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

antepongan a la fama y la gloria la evitación del peligro.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

De esta suerte, luego que se declara una guerra, hacen fijar secretamente y en un mismo día en los lugares principales del territorio enemigo unos carteles, autorizados con su sello público, en los que ofrecen grandes premios al que diere muerte al príncipe enemigo, y otros menores, aunque también importantes, por las cabezas de las demás personas consignadas nominalmente en dichos carteles, o sea de las que después del príncipe consideran responsables de la guerra que se les hace. Al que entrega vivo alguno de los proscritos le dan el doble de lo prometido al matador. Incitan con el halago de iguales premios, y de la impunidad además, a los proscritos mismos contra los de su propio partido, y así consiguen que los enemigos no tarden en tener por sospechoso a todo el mundo, sin fiarse de nadie y viviendo en perpetuo temor y recelo. Sábese que en más de una ocasión buena parte de ellos, e incluso el príncipe mismo, ha sido entregado por quienes disfrutaban de su mayor confianza, pues no es difícil empujar a la traición a cualquiera por medio de dádivas. Los utópicos las prodigan sin tasa, pues comprendiendo el riesgo a que el traidor se expone, quieren compensar con la esplendidez de la recompensa la magnitud del peligro. Por esta causa les ofrecen grandes cantidades de oro y, además, la posesión plena y perpetua de tierras feracísimas situadas en lugares muy seguros y entre amigos, y cúmplenles fielmente lo prometido.

Esta costumbre de comprar y poner precio al enemigo, que en otras partes se considera reprobable y como un crimen cruel, propio de espíritus degenerados, tiénenla ellos como digna de la mayor loa, por considerar muy prudente poner término a las guerras más terribles sin combate alguno, y humano y misericordioso en alto grado evitar con la muerte de unos pocos la de muchos inocentes, en parte suyos y en parte enemigos, cuya turbamulta les inspira casi tanta conmiseración como la de los propios conciudadanos, por estar convencidos de que, si van a la guerra, no lo hacen de grado, sino arrastrados por la locura de sus príncipes.

Si este procedimiento no les da el éxito ambicionado, siembran y alimentan entre el adversario la semilla de la discordia, despertando en el hermano del príncipe o en algún noble la esperanza de

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

apoderarse del reino. Cuando faltan las disensiones internas, soliviantan a las naciones vecinas de sus enemigos, desenterrando alguna antigua pretensión de que los reyes nunca carecen y, al ofrecerles su ayuda para la guerra, les suministran dinero en abundancia, pero poquísimos ciudadanos, pues tanto los aprecian, que no trocarían uno solo de ellos por un príncipe contrario. Gastan, en cambio, pródigamente el oro y la plata que atesoraron con este fin, convencidos de que su vida no sería peor aunque los gastasen totalmente.

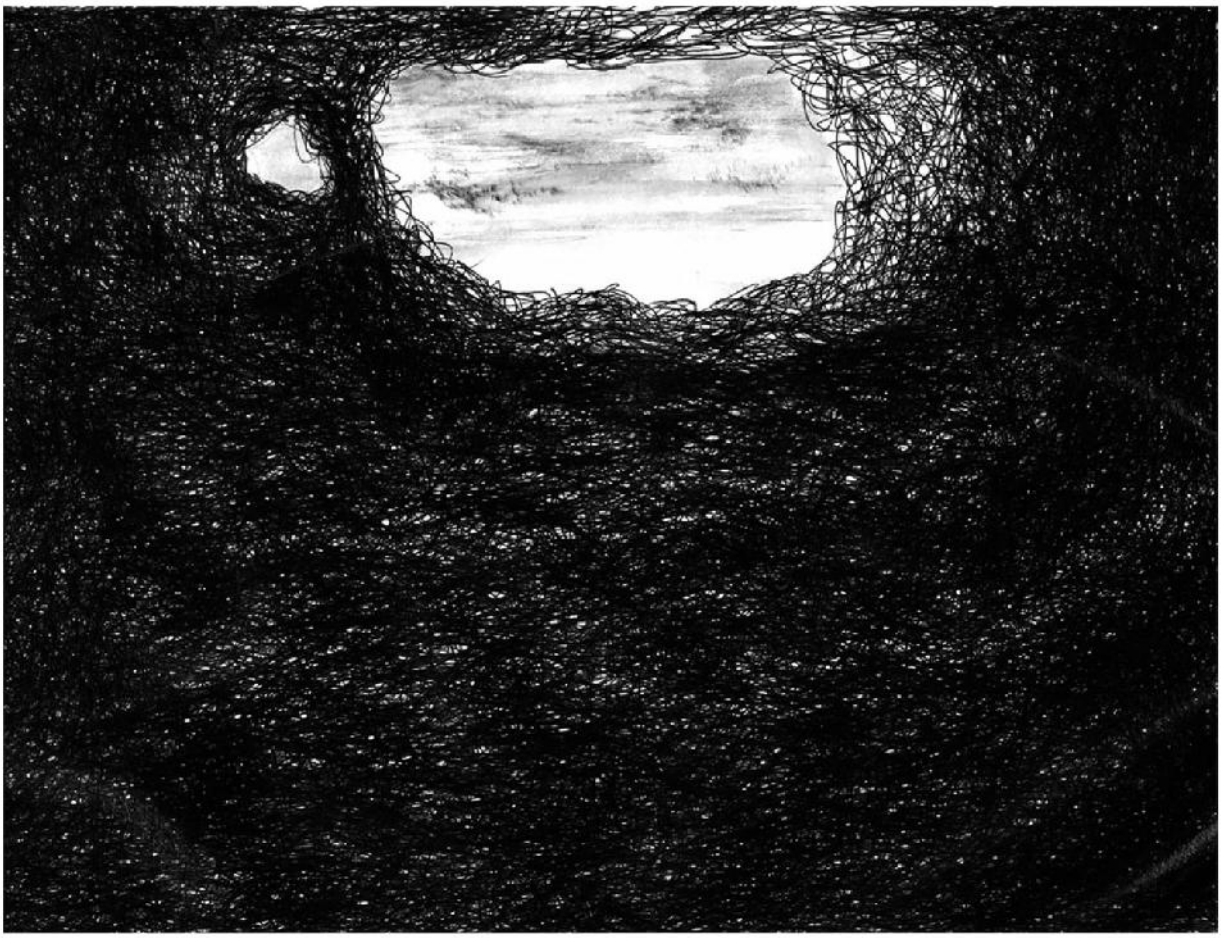
Y es que, además de las riquezas domésticas, poseen en el extranjero enormes tesoros que muchas naciones, como antes he dicho, les adeudan. Con ellos asueldan por doquier soldados mercenarios, sobre todo zapoletas. Este pueblo, inculto, agreste y feroz, dista de Utopía quinientas millas hacia el oriente y vive preferentemente en las selvas y ásperos montes donde se ha criado. Es gente dura, resistente al calor, al frío y al trabajo; desconocen los refinamientos y el arte de la agricultura, e ignorantes de casas y vestidos, dedícanse exclusivamente al pastoreo y viven, por lo común, de la caza y la rapiña. Nacidos sólo para la guerra, acechan con afán cualquier ocasión de emplearse en ella y, cuando la encuentran, salen en gran número llenos de ardor y se ofrecen como soldados, por bajo precio, al primero que los solicita. No conocen otro oficio que el de arriesgar la propia vida. Pelean con gran valor e incorruptible fidelidad al servicio del que los paga. No se alistan por largo tiempo y, al hacerlo, ponen por condición que si al día siguiente se les ofrece una paga más ventajosa, aunque sea por el mismo enemigo, podrán pasarse a sus filas sin perjuicio de volver si les aumentan la soldada.

Rara vez estalla una guerra sin que en ambos bandos haya muchos zapoletas. También ocurre a diario que parientes muy próximos, hombres que se profesaban gran estima mientras servían la misma causa, se acometan fiera y encarnizadamente al hallarse en ejércitos contrarios y, olvidados del parentesco y la amistad, se hieran mutuamente sin que les empuje a su destrucción otro motivo que el haber sido alquilados, a muy poca costa, por jefes distintos. Tanta cuenta hacen del dinero que el aumento de un solo maravedí en su diario estipendio sería suficiente para hacerlos cambiar de partido.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Pero su avaricia de nada les sirve, pues lo que han ganado a costa de su sangre, lo dilapidan inmediatamente en la satisfacción de los más bajos apetitos.



Este pueblo acude al ejército de los utópicos contra cualesquiera otras naciones porque le dan pagas más ventajosas que en parte alguna. Nuestros insulares, por su parte, si bien solicitan y se sirven de los buenos, no dejan de buscar y abusar también de los peores, exponiéndolos, cuando las circunstancias lo requieren, con seductoras promesas, a tremendos peligros, de los cuales la mayoría nunca vuelve para reclamar lo prometido; pagan, eso sí, a los supervivientes, con toda puntualidad, como incentivo para que ejecuten análogas hazañas y no conceden importancia alguna al hecho de que muchos de ellos sucumban, por estimar que llegarían a merecer la gratitud del género humano si lograsen limpiar el mundo completamente de la hez de un

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

pueblo tan odioso y nefasto.

Además de los zapoletas, emplean los ejércitos de aquellos pueblos en cuyo favor tomaron las armas, así como las tropas auxiliares de los restantes aliados; en último lugar echan mano de sus propios soldados, eligiendo entre ellos a un hombre de probado valor, a quien someten la dirección de todo el ejército. Agregan a éste como sustitutos otros dos, que mientras aquél vive no tienen mando; pero si el jefe cae prisionero o sucumbe, le sucede el primero, como por herencia, y en caso de necesidad, el segundo, pues siendo tan variables las alternativas de la guerra, quieren evitar que la falta de caudillo siembre el desconcierto en todo el ejército.

Hacen leva en cada ciudad de los que voluntariamente se ofrecen. A nadie se obliga a alistarse para llevar la guerra al extranjero, por estar persuadidos a que el que es cobarde por naturaleza, lejos de mostrarse valeroso, no hará más que contagiar de su miedo a los otros. Mas, si alguna guerra sobreviene a la patria, embarcan en navíos a los pusilánimes, siempre que sean de complexión robusta, junto a otros ciudadanos aguerridos, o los diseminan por las murallas en lugares de donde no puedan huir. De esta suerte, viendo su honor en manos del enemigo e imposibilitados de escapar, ahogan su miedo y con frecuencia la extrema necesidad se convierte en valor.

Si bien a ninguno obligan a ir a una guerra en el exterior contra su voluntad, no prohíben a las mujeres que lo deseen acompañar a sus maridos, para que los alienten e inflamen con sus alabanzas, señalando a cada una su lugar en el combate junto a su respectivo consorte y rodeando a éste de sus parientes más próximos que, en caso necesario, le presten la ayuda a que por ley natural están obligados. Tienen por muy grande afrenta el que un cónyuge regrese sin el otro o un hijo sin su padre, por lo cual, una vez trabado el combate y mientras el enemigo oponga resistencia, luchan hasta la muerte en feroz y lamentable pelea.

Así como se excusan por todos los medios de hacer la guerra personalmente mientras puedan servirse de tropas mercenarias, cuando no pueden rehuir esta obligación combaten con tanta intrepidez cuanta fue la prudencia con que la evitaron. Su acometividad no se deja ver al primer ímpetu, mas con los obstáculos y

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

la duración de la lucha va creciendo poco a poco y, a tanto llega su denuedo, que antes perecerían que retirarse.

La seguridad misma de que en su país existe todo cuanto se precisa para vivir, les libra de la angustiosa preocupación, capaz de quebrantar los ánimos más esforzados, de pensar en los suyos, sublima su valor y les lleva a considerar como deshonrosa la derrota.

Su pericia en las disciplinas militares les da mucha confianza y las sabias opiniones que con la educación y excelentes ordenanzas del Estado les inculcaron de niños, aumentan sus bríos y les hacen pensar que la vida no es tan despreciable como para prodigarla a ciegas, ni tan neciamente digna de estima que deba conservársela, avara y torpemente, cuando la honra aconseja perderla.

En lo más recio del combate, un grupo escogido de jóvenes juramentados y abnegados busca al jefe enemigo, lo acosa descubiertamente o mediante emboscadas, lo combate de lejos o de cerca y lo ataca formando larga e ininterrumpida cuña en la que los ya fatigados son sustituidos por otros de refresco. Por lo común acontece que el general enemigo, a menos de recurrir a la fuga, sucumbe o cae vivo en sus manos.

Si alcanzan el triunfo no se ensañan con los caídos, apresándolos mejor que exterminándolos. Pero nunca se arrojan en su persecución sin dejar un cuerpo de reserva perfectamente preparado, pues si, aniquilado el resto del ejército adversario, la retaguardia de éste sigue invicta, prefieren dejarlo escapar en su totalidad a perseguirlo sin orden ni concierto. Recuerdan muy bien que más de una vez les ha ocurrido que, vencido y desbaratado el grueso de su propio ejército, y cuando el enemigo, creyéndose ya dueño de la victoria, acosaba por doquier a los derrotados, unos cuantos utópicos dejados como reserva y atentos a la ocasión, atacaron de repente al adversario disperso y confiado en su misma excesiva seguridad, y cambiaron por completo el resultado de la contienda arrebatándoles de las manos una victoria que ya tenían por cierta e indudable y viniendo a resultar que los vencidos vencieron a su vez a los vencedores.

Es difícil decidir si los utópicos son más astutos en preparar acechanzas que cautos en evitarlas. Cuando cualquiera creería que preparan su fuga, resulta que ni siquiera han pensado en ella; por el

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

contrario, una vez tomada semejante decisión, nadie pensaría que lo han hecho. Si por su número o posición se creen en peligro, levantan de noche el campamento con el mayor silencio o eluden el riesgo mediante alguna estratagema o se retiran en pleno día, tan despacio y con tal orden, que no es menos arriesgado acometerlos entonces que cuando atacan.

Rodean cuidadosamente sus campamentos con fosos muy profundos y anchos, arrojando en el interior de la fortificación la tierra que de los mismos se saca. Para este trabajo no emplean esclavos sino los propios soldados, ocupando al ejército entero, con excepción de los que delante de la empalizada vigilan, arma al brazo, para frustrar cualquier imprevisto ataque; en esta forma y con el esfuerzo de tantos trabajadores, rematan con mayor rapidez de la que pudiera creerse fortificaciones grandes y de mucho espacio.

Sus armas defensivas son sólidas, pero no les estorban ningún movimiento o ademán ni les impiden nadar. El hacerlo armados es uno de los rudimentos de su educación militar. Las armas que usan para herir de lejos consisten en flechas que arrojan denodada y certeramente así infantes como jinetes; cuando luchan cuerpo a cuerpo no usan espadas sino hachas que por su filo y peso son mortíferas, ya hieran con ellas de corte o de punta.

Han inventado con gran ingenio máquinas de guerra, pero las ocultan cuidadosamente sin permitir que nadie las vea, a fin de que no sean objeto de burla más que de utilidad; en la fabricación de las mismas atienden más que nada a su fácil transporte y a la posibilidad de hacerlas girar en todos sentidos.

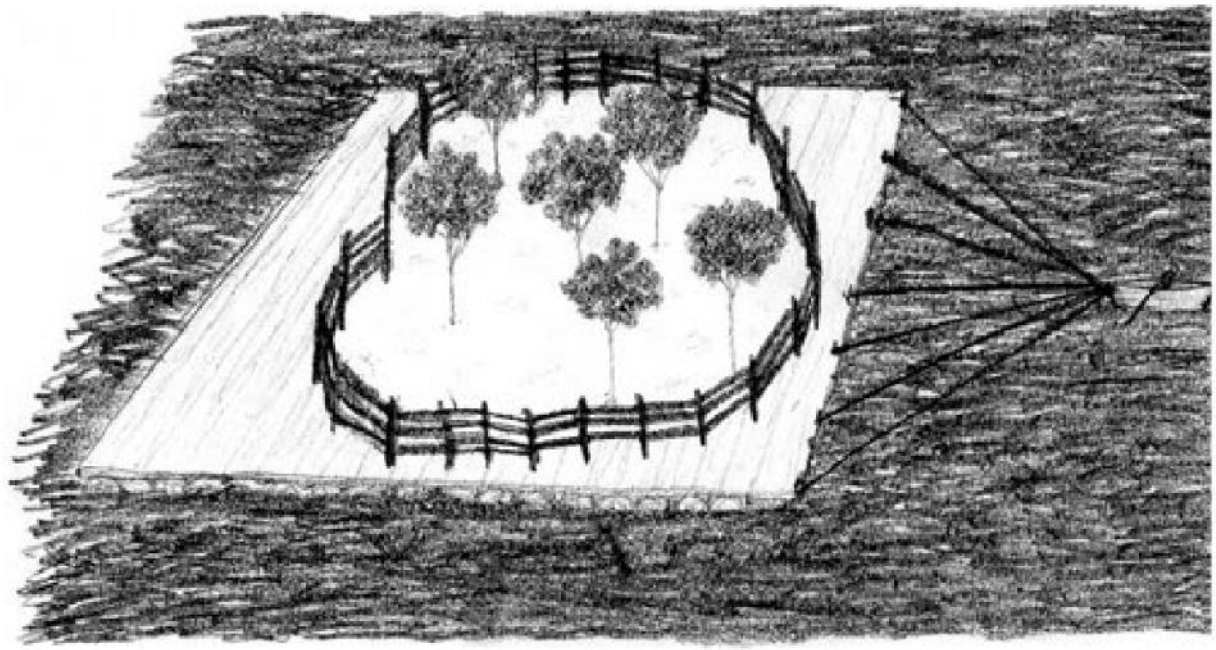
Observan tan escrupulosamente las treguas pactadas con el adversario, que ni aun provocados las quebrantan. No devastan los campos del enemigo ni queman sus cosechas; por el contrario, procuran en lo posible que no las pisoteen los hombres ni los caballos imaginando que crecen para su propio provecho.

Nunca maltratan a un ser inerme, como no sea un espía. Protegen las ciudades que se les entregan; abstiénense de saquear las conquistadas, pero dan muerte a los que estorbaron su rendición y esclavizan a los restantes defensores; en cambio, no molestan en lo más mínimo a la pacífica muchedumbre. Si se enteran de que alguno

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

aconsejó la capitulación le dan una parte de los bienes de los condenados, repartiendo el sobrante entre las tropas auxiliares. Ellos, por su parte, no toman nada del botín.



Terminada una guerra hacen pagar sus gastos, no a los amigos en cuyo favor lucharon, sino a los vencidos, a los cuales exigen su importe, parte en dinero, que reservan para el caso de otra guerra semejante, y parte en heredades de mucho rendimiento que llevan para sí a perpetuidad. Actualmente tienen en distintas naciones rentas procedentes de muy diverso origen y que ascienden a más de setecientos mil ducados anuales. Envían a esas partes algunos de sus conciudadanos, con título de cuestores, para que vivan allá con toda magnificencia y representen el papel de magnates. El sobrante, que no es poco, lo colocan en el tesoro público, salvo cuando prefieren prestárselo a la misma nación, lo cual hacen por todo el tiempo que lo necesiten. Pocas veces exigen su total reembolso. Una parte de los terrenos mencionados la ceden a los que, a instigación suya, corrieron los riesgos de que antes hablé.

Si algún príncipe, empuñando las armas, viniere sobre ellos con ánimo de invadir sus dominios, le salen inmediatamente al encuentro más allá de las propias fronteras, pues sólo por motivos muy graves

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

pelean en su mismo territorio y no hay causa, por grande que sea, que les fuerce a admitir en su isla auxilios ajenos.

De sus religiones

Diversas son sus religiones así en la isla como en cada ciudad. Unos adoran al Sol, otros a la Luna y otros a alguna estrella errante. Hay quienes consideran, no sólo como a un dios sino como al supremo dios, a algún hombre que se haya destacado en otro tiempo por su gloria o sus virtudes. Pero la mayor y más discreta parte de Utopía no admite ninguna de estas creencias y reconoce una especie de numen único, desconocido, eterno, inmenso e inexplicable, que excede a la capacidad de la mente humana, y se difunde por el mundo entero llenándolo, no con su grandeza, sino con su virtud. Lo llaman el "padre" y le atribuyen el origen, desarrollo, progreso, vicisitudes y término de todo lo existente y sólo a él tributan honores divinos.

Los demás utópicos, a pesar de sus distintas creencias religiosas, coinciden con éstos en admitir la existencia de un solo ser supremo que todo lo ha creado y protege con su providencia y al que comúnmente llaman en su lengua Mitra; discrepan, empero, según los lugares, en la manera de concebirlo; mas sea cual fuere su opinión a este respecto, reconocen que ese ser, tenido como supremo, es de la misma naturaleza que aquel a cuyo numen y majestad atribuye el gobierno del mundo el unánime consenso de las gentes.

Por otra parte, los utópicos se van apartando poco a poco de tan diversas supersticiones para coincidir en una religión única que, a la luz de la razón, les parece sobrepujar a las restantes; y es indudable que éstas hubiesen desaparecido ya hace tiempo, a no ser porque cualquier desgracia que les sobreviene al intentar un cambio de religión la consideran como castigo del cielo y no efecto del azar, como si la divinidad cuyo culto pensaban abandonar quisiera tomar venganza de tan impío propósito.

Pero después de que les hubimos enseñado el nombre, la vida, los milagros de Cristo y la constancia no menos admirable de tantos mártires que con su sangre atrajeron de todas partes a nuestra

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

doctrina innúmeras naciones, fue de ver el entusiasmo con que a su vez asistieron a ella, ya por secreta inspiración divina o por parecerles muy semejante a las creencias predominantes en su país. Creo también que influyó no poco en su decisión el saber que Cristo se complacía en comer con sus discípulos, costumbre que aún se conserva en las reuniones de los cristianos más legítimos. Pero de cualquier suerte que ello haya sido, lo cierto es que muchos abrazaron nuestra fe y recibieron las aguas del bautismo. Por desgracia ninguno de los cuatro que habíamos quedado (pues los otros dos habían muerto) tenía la dignidad sacerdotal, circunstancia por la cual, si bien los iniciamos en los demás misterios de nuestra religión, no les pudimos conferir los sacramentos que son de la exclusiva competencia de los sacerdotes, por más que ellos, comprendiéndolo muy bien, los desean con mayor anhelo que cualquier otra cosa y discuten acerca de si alguno podría, sin permiso del pontífice de los cristianos, llegar a revestir la dignidad del sacerdocio. Su opinión se inclinaba a la afirmativa, pero cuando yo salí, aún no habían elegido a ningún sacerdote. Los que no han abrazado la religión cristiana no intentan disuadir de ella al que la profesa ni perseguirle. Tan sólo uno de nuestro credo fue detenido en mi presencia. Acababan de bautizarle y sin hacer caso de mis consejos, se puso a predicar públicamente con más ardimiento que prudencia, acerca del culto cristiano y, tanto se exaltó, que no contento con anteponer nuestra religión a las demás, se alargó a condenarlas todas sin distinción, graduándolas a grandes gritos de profanas y calificando a sus secuaces de gente impía, sacrílega y merecedora del fuego eterno. Cuando estaba pronunciando su largo discurso lo aprehendieron y condenaron al destierro, acusándole no de ultraje a la religión, sino de alboroto público; en efecto, una de las más antiguas leyes utópicas dispone que nadie sea molestado a causa de sus creencias.

Habiendo sabido Utopo desde un principio que los indígenas, antes de su llegada, se peleaban de continuo por motivos religiosos y advertido de que combatiendo cada secta en defensa de su patria aisladamente y sin ponerse de acuerdo para una acción común, se le ofrecía ocasión de vencerlas a todas, así que hubo alcanzado la victoria decretó que cada ciudadano pudiera seguir la religión que le plugiese e

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

incluso hacer prosélitos, pero procediendo en esto con moderación, dulzura y razones, sin destruir brutalmente las demás creencias, ni recurrir a la fuerza ni a las injurias; en tal virtud, castigan con el destierro o la servidumbre al que con obstinación se empeña en tal intento.

Tomó Utopo estas disposiciones no sólo con miras a la paz, arruinada totalmente por incesantes luchas y odios implacables, sino porque creyó que obrar así era hacerlo en interés de la religión misma, acerca de la cual nada se atrevió a definir de ligero por ignorar si Dios, deseando un culto vario y múltiple, inspiró a unos hombres una religión y a otros otra.

Juzgó tiránico y absurdo exigir a la fuerza y con amenazas que todos aceptasen una religión tenida por verdadera, aun cuando una lo sea en efecto y falsas las restantes. Fácilmente previó que a poco que se proceda razonable y moderadamente, la fuerza de la verdad tiene que brotar e imponerse al fin por sí misma. Si, por el contrario, se recurre a las armas y al tumulto, resultaría que, como los peores son los más obstinados, la religión, por santa y mejor que fuese, perecería ahogada por la vana superstición, como se agosta el fruto entre espinas y abrojos. Por tales razones dejó la cuestión indecisa, permitiendo que cada cual pensase a su manera. Tan sólo prohibió estricta y severamente que nadie, abdicando de la dignidad humana, llegase en su degeneración a creer que el alma perece con el cuerpo o que el mundo puede marchar a ciegas y sin ayuda de la Providencia. Creen los utópicos que después de esta vida existen castigos para el mal y premios para la virtud; a los que piensan lo contrario no los cuentan siquiera en el número de los hombres, como que rebajan a la vileza de un cuerpo animal la sublime naturaleza de su alma. Tampoco los consideran como ciudadanos, pues, a no impedírselo el miedo, se les diera un ardite de las instituciones y costumbres.

¿Cómo dudar de que un hombre así sería capaz de eludir las leyes patrias o de infringirlas por la violencia, con tal de satisfacer sus propios apetitos, si no temiese algo superior a las leyes ni nada esperase más allá de la vida corporal? Por eso a los que piensan del modo dicho no se les otorga ningún honor, ni se les confían magistraturas, ni se les admite al desempeño de cargos públicos, antes

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

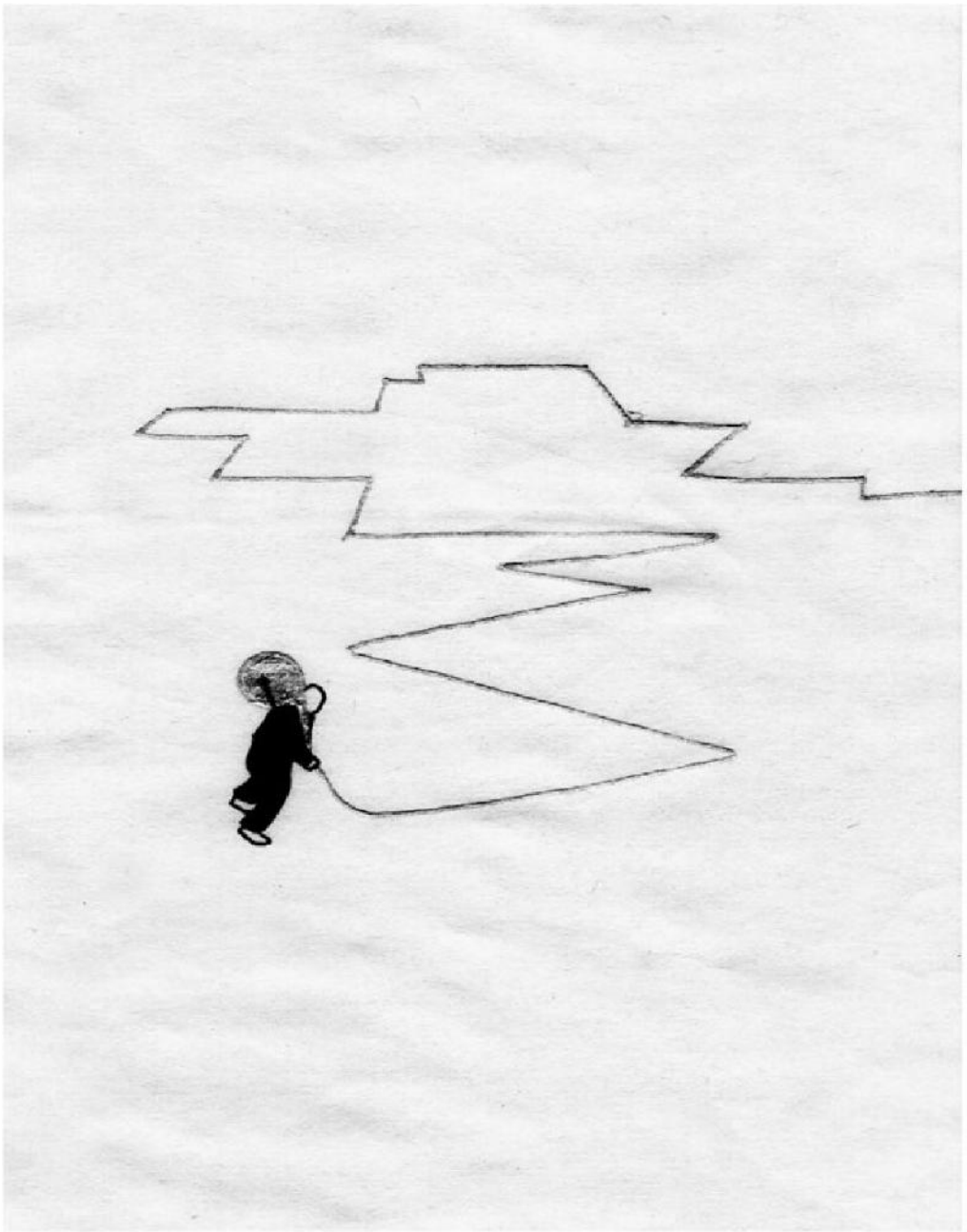
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

se les desprecia como gentes ineptas y de espíritu vulgar. Castigarlos no los castigan, por estar convencidos de que no es cosa suya hacerlos pensar como ellos quisieran, ni los obligan tampoco con amenazas a disimular su parecer, pues no toleran la hipocresía y odian sobre toda ponderación la mentira, tan cercana al engaño. Tienen prohibido sostener estas opiniones delante del vulgo. En cambio, no sólo les consienten hacerlo recatadamente en presencia de sacerdotes y hombres doctos, sino que los estimulan a ello, confiando en que tales desvaríos tendrán por fuerza que desvanecerse ante el poder de la razón.

Hay otros, y no en pequeño número, a los que no se les impide exponer su opinión basada en razones, pues no son malos en su vida. Su herejía es opuesta a la anterior. Creen que los animales tienen también un alma inmortal pero no comparable a la nuestra en dignidad, ni nacida para felicidad semejante.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Casi todos tienen por tan segura y averiguada la dicha futura del alma humana que lloran a los enfermos, pero no a los que mueren, como no sea a los que dejan la vida poseídos de angustia y mal de su grado. Tienen esto por pésimo agüero, como si el alma sin esperanza, consciente de sus faltas y asaltada por el presagio de un castigo inminente, temiese la hora de la muerte. Juzgan, además, que la llegada ante Dios de los que a su llamada no acudieran gustosos, sino protestando y contra su voluntad, no ha de serle grata en modo alguno. Cuando ven morir así a una persona se llenan de horror y conducen triste y en silencio su cadáver, sin darle sepultura hasta pedir al Ser Supremo que, mostrándose propicio para con los manes del muerto, le perdone aquella flaqueza. Por el contrario, ninguno llora al que muere alegremente y en la plenitud de sus esperanzas, antes acompañan sus exequias con cantos, encomiendan con gran celo su alma a Dios, queman su cuerpo con más reverencia que dolor y erigen sobre su tumba una columna donde esculpen sus alabanzas. De vuelta a sus moradas rememoran los hechos y costumbres del difunto, pero ningún momento de su vida con mayor reiteración que el de su alegre tránsito.

El recordar la probidad de los que mueren lo tienen por gratísimo culto para éstos y acicate de virtudes para los vivos. Creen que aquéllos oyen cuanto de ellos se dice aunque por la imperfección de nuestros ojos no alcancemos a verlos. No sería admisible que esas almas felices carezcan de libertad para ir adonde les plazca; renunciar al deseo de ver a los amigos con quienes en vida se hallaban unidos por recíproco amor, sería propio de espíritus desgraciados. Por el contrario, las alegrías de los buenos, lejos de disminuir, se acrecientan, en su opinión, después de la muerte.

Juzgan que los muertos andan entre los vivos y son espectadores de cuanto éstos dicen y hacen. Fiados, por así decirlo, en su ayuda, acometen sus empresas y la creencia de que son vistos por sus mayores les impide realizar, aun en secreto, ningún acto reprobable.

Tienen por absolutamente ridículos y despreciables los agüeros y demás supersticiosas artes adivinatorias de que otros pueblos hacen tan gran estima. Veneran, en cambio, los milagros que se producen sin

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ayuda de la naturaleza por considerarlos prueba de la presencia divina y testimonio de su poder. En Utopía son frecuentes, según la tradición, y en ocasiones de peligro los solicitan con públicas rogativas hechas con gran fe y así los obtienen.

Consideran como un culto grato a Dios la contemplación y alabanza de la naturaleza. Hay no pocos que, movidos de la religión, menosprecian las letras y renuncian a adquirir conocimientos y a disfrutar de cualquier distracción; convencidos de que sólo con una vida activa y la práctica de las buenas obras alcanzarán después de muertos la felicidad, se consagran a cuidar a los enfermos, restaurar las calles, limpiar los fosos, reparar los puentes, extraer césped, arena y piedras y conducir a las ciudades en carretas de dos bueyes maderas, frutos y otras cosas, comportándose en servicio del Estado y de los particulares, más como esclavos que como criados; en efecto, muchas tareas que asustarían a cualquiera por duras, difíciles, miserables, fastidiosas y ocasionadas a la desesperación, ellos las desempeñan alegres y risueños, y por que los otros reposen se echan a cuestas todo el trabajo, sin que con esto pretendan censurar la vida de los demás ni ensalzar la propia. Y tanto mayor es el aprecio en que se les tiene cuanto más se conducen como esclavos.

Existen en Utopía dos sectas: una es la de los célibes que se abstienen, no ya de todo trato con mujeres, sino de las carnes de animales (algunos totalmente), y renunciando en absoluto como dañinos a los placeres de la vida presente, sólo aspiran con fatigas y sudores a los de la futura, viviendo satisfechos y alegres con la esperanza de alcanzarla en breve. La otra, no menos aficionada al trabajo, prefiere el matrimonio y no desdeña sus atractivos, juzgando que por ley natural, tanto los que la siguen como sus hijos, se deben a la patria. Sus secuaces no huyen del placer, con tal de que éste no estorbe su trabajo, y comen carnes de animales por creer que este alimento aumenta su resistencia para cualquier trabajo. Los utópicos consideran más sagaces a éstos y más santos a aquéllos. Si los que prefieren el celibato al matrimonio y una vida penosa a otra agradable pretendiesen defender este punto de vista con argumentos, los harían objeto de sus burlas; pero, como ellos confiesan que sólo les mueven motivos religiosos, los respetan y reverencian, fieles a su norma de no

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

proceder nunca de ligero en lo tocante a la religión. Llámanles en su lengua con el nombre especial de butrascos, que podría traducirse en latín por religiosos.

Sus sacerdotes son de gran santidad y por lo mismo en poco número. Sólo hay trece y otros tantos templos en cada ciudad. Cuando marchan a la guerra se llevan siete con el ejército y eligen otros tantos en su lugar en las ciudades. Los sobrevivientes recobran sus puestos al regresar; los sustitutos les van sucediendo a medida que aquéllos fallecen y mientras tanto acompañan al Pontífice.

Uno de ellos preside a los demás. Elígelos el pueblo por sufragio secreto, como a los magistrados, para evitar intrigas; a cada uno de los nombrados se le consagra en su respectivo colegio. Presiden las ceremonias, cuidan de la religión y son como censores de las costumbres. Grande afrenta es para cualquiera verse llamado y apostrofado por un sacerdote como culpable de llevar una vida poco decorosa.

Su misión es exhortar y aconsejar a los delincuentes, pero sólo al príncipe y a los magistrados incumbe el castigarlos y encarcelarlos. Pueden, no obstante, excluir de las ceremonias religiosas a los obstinados en el mal y no hay pena que más les aterrorice, porque quedan infamados y torturados por el oculto temor a la religión; en cuanto al cuerpo tampoco quedan seguros, pues si no hacen al punto penitencia ante los sacerdotes reciben del Senado el castigo correspondiente a su delito de impiedad.

Tienen los sacerdotes a su cargo la educación de los niños y jóvenes, ocupándose más en formar sus costumbres que en instruirlos. Ponen el mayor cuidado en inculcar en los tiernos y dóciles espíritus infantiles ideas sanas y útiles a la conservación del Estado, las cuales, al penetrar profundamente en sus corazones, los acompañan durante toda la vida y contribuyen en buena parte a salvaguardar la república, de cuya ruina son causa los vicios nacidos de perversas opiniones.

Reservan para los sacerdotes varones (pues los hay también mujeres, aunque en número escaso, y sólo viudas o ancianas) las esposas más escogidas. No hay magistratura que sea tenida en honor más grande; si alguno de ellos a ella pertenecientes llegase a cometer algún delito, nadie tiene autoridad para castigarlo, sino que lo dejan al

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

juicio de Dios y de su propia conciencia, por estimar ilícito que quienes han sido consagrados a Dios como una ofrenda, sean tocados, por criminales que sean, por manos humanas. Esta costumbre es fácil de observar porque los sacerdotes, pocos, bien seleccionados y exaltados a tan gran dignidad precisamente en consideración a sus virtudes, es raro que caigan en el vicio y en la corrupción, y si esto por ventura ocurre, según es de mudable la naturaleza humana, el hecho no tendría consecuencias graves para el Estado, por ser pocos y no ejercer autoridad. El tenerlos en corto número es para evitar que, extendiendo este honor a muchos, se envilezca la dignidad de una institución tan venerable, tanto más cuanto que reputan difícil encontrar individuos dignos de un ministerio para el cual es insuficiente la posesión de virtudes mediocres.

No es menor el aprecio en que les tienen así los extranjeros como los nacionales; la causa de esto se alcanza fácilmente: mientras combaten los ejércitos, ellos se están un poco aparte, hincados de rodillas, revestidos de sus trajes sacerdotales y alzando al cielo las manos, ruegan primero por la paz y luego por la victoria de su pueblo, pero obtenida sin derramamiento de sangre por parte de ninguno de los contendientes; y en venciendo los suyos, corren al campo de la lucha para impedir que se remate a los caídos; éstos con sólo verlos y llamarlos salvan su vida, y el contacto de sus flotantes vestiduras preserva sus bienes de todos los perjuicios de la guerra. Así se comprende la veneración y verdadero respeto con que en todas partes se les considera; y no les ha acontecido menos veces salvar a los enemigos de las manos de sus ciudadanos, que a éstos de las de sus contrarios. Consta, en efecto, que en cierta ocasión, derrotado y sin esperanzas de salvación el ejército utópico, ya se disponía a huir, mientras el enemigo se precipitaba a la matanza y al saqueo, cuando la intervención de los sacerdotes interrumpió el desastre y, separando los ejércitos, logró arreglar una paz en condiciones equitativas. Y así no ha habido nunca pueblo tan feroz, cruel y bárbaro que no haya considerado sus personas como sagradas e inviolables.

Celébranse en Utopía como festivos los días primero y último de cada mes y año. Éste se divide en meses lunares y se regula por el movimiento del Sol. Llaman en su lengua “cinemernos” a los primeros

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

días del mes y “trapemernos” a los últimos, que es como si dijéramos “primeras fiestas” y “últimas fiestas”

Vense en aquel país magníficos templos, así por su fabricación como por su capacidad para contener un pueblo tan grande, cosa necesaria dado su escaso número. Reina en todos ellos una penumbra debida, no a ignorancia del arte de edificar, sino a designios de los sacerdotes, los cuales estiman que una luz excesiva distrae el pensamiento, mientras la escasa e indecisa contribuye al recogimiento del alma y a la piadosa meditación.

Aunque sus religiones son distintas y varias y múltiples sus formas, todas tienden, por caminos diferentes, a un solo fin, que es la adoración de la naturaleza divina. Por eso nada se ve ni oye en los templos que no parezca convenir a todas ellas en lo que tienen de común. Las ceremonias exclusivas de una secta sólo se celebran particularmente. Las públicas se hallan reguladas de tal modo que en nada perjudican a las privadas. De suerte que en los templos no se ven imágenes de Dios para que cada cual pueda concebirlo libremente conforme a su religión. No dan al Ser Supremo más nombre que el de Mitra, palabra que les sirve para designar la naturaleza de la majestad divina, cualquiera que ésta sea. Sus oraciones son tales que cualquiera puede recitarlas sin ofender sus propias creencias.

En los días finales de fiesta se reúnen en el templo por la tarde y en ayunas para agradecer a Dios el feliz transcurso del mes o año que termina. Al día siguiente, que es el primero de fiesta, afluyen de mañana a la iglesia para pedir que sea igualmente dichoso el que comienza.

Antes de acudir al templo en los días finales de fiesta las mujeres se echan en las casas a los pies de sus maridos y los hijos a los de sus padres, confesando sus pecados, si acaso ejecutaron alguna cosa indebida o dejaron de realizar con diligencia lo que estaban obligados a hacer, y piden su perdón. De esta suerte, cualquier nubecilla de rencor doméstico se desvanece y todos pueden intervenir en los sacrificios con ánimo puro y sereno, porque hacerlo bajo el influjo de alguna pasión se tiene por maldad. Por eso cuando en sus corazones hay odio o ira contra alguien no osan asistir a los sacrificios, temerosos de un severo castigo, si no es reconciliándose primero y purificando

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

sus sentimientos.

Ya en el templo, los hombres se colocan a la derecha y las mujeres, separadamente, a la izquierda, haciéndolo de manera que todos los varones de una familia queden delante del padre y de que la madre cierre el grupo de las mujeres. De este modo, aquellos que tienen a su cargo la autoridad y disciplina domésticas, pueden vigilar cualquier movimiento. Cuidan asimismo que los jóvenes estén junto a los mayores para evitar que, mezclados muchachos con muchachas, gasten en travesuras el tiempo que debe emplearse en concebir el temor de Dios, acicate el más eficaz y casi único de las virtudes.

En sus ceremonias no sacrifican ningún animal, por creer que la divina clemencia no se complace con la sangre y la matanza de unos seres a quienes concedió la vida para que la disfrutasen. Queman incienso y otros perfumes semejantes. Los fieles llevan numerosos cirios, no por creer que tales ofrendas ni las oraciones de los hombres contribuyan a realzar la naturaleza divina, sino porque les agrada tan inocente culto y con esos olores, luces y demás ceremonias se siente el espíritu humano, no sé de qué manera, como alentado y empujado más gozosamente al culto de Dios.

Todo el pueblo concurre al templo con blancas vestiduras; las de los sacerdotes son multicolores y no menos admirables por su labor que por su hechura; las telas no son valiosas, ni tejidas con oro, ni sembradas de pedrería, sino labradas con plumas de diversas aves dispuestas con tal arte y habilidad que ninguna materia, por preciosa que fuese, podría compararse con ellas. Además, en esas alas y plumas, en su disposición, artificio y manera de estar colocadas en el traje sacerdotal, dicen que se encierran misteriosos secretos, cuya significación, cuidadosamente declarada por los que hacen el sacrificio, recuerda a los fieles los beneficios divinos, el agradecimiento que por su parte han de tributar a Dios y las recíprocas obligaciones que deben guardarse.

Una vez que el sacerdote así revestido sale del sagrario, todos se prosternan en actitud reverente y con tan profundo silencio, que el ánimo se sobrecoge temerosamente, al contemplar aquel espectáculo, como con la presencia de alguna divinidad. Después de permanecer algún tiempo postrados en tierra, se levantan a una señal del sacerdote

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

y cantan luego las alabanzas de Dios, acompañándose de instrumentos musicales distintos, en su mayoría, de los que se usan aquí, pero tan superiores por su armonía, que hacen imposible toda comparación con los nuestros. También nos aventajan con mucho en la música, así instrumental como vocal, pues ambas, acomodando los sonidos al asunto, reflejan admirablemente los sentimientos naturales. Y ya se trate de dar una sensación de ruego, alegría, serenidad, turbación o tristeza, sabe expresarla la melodía en forma tal que emociona, penetra y enciende el espíritu de los oyentes.

Por último, el sacerdote y el pueblo hacen unas solemnes preces con palabras formularias y ordenadas de modo que, rezándolas todos juntos, cada uno puede aplicárselas a sí mismo. En ellas reconocen a Dios como autor de lo creado, de su dirección y de toda clase de bienandanzas, dándole gracias por tantos beneficios recibidos y, especialmente, porque merced a su benevolencia viven en una república felicísima y profesan una religión que es la única verdadera a su entender. “Si en esto erramos —le dicen— o si hay otra mejor o más aceptable a tus ojos, dánosla a conocer con tu bondad, pues estamos prestos a seguir el camino por donde nos conduzcas. Pero si el gobierno de nuestro Estado es el mejor y nuestra religión la más veraz, permítenos perseverar en uno y otra y atraer a los demás hombres a idénticas fe e instituciones, como no sea que agrade a tu inescrutable voluntad la variedad de creencias.” Suplícanle, en fin, que les conceda una dulce muerte, pero sin atreverse a pedir que ésta sea inmediata o para más tarde. Dícenle, sí, que prefieren llegar a su presencia tras de penosa muerte, a privarse de aquélla disfrutando de una larga y feliz existencia.

Terminada esta oración se arrodillan de nuevo y se levantan a poco para ir a comer; el resto del día lo dedican a los juegos y ejercicios militares.

Os he descrito con la mayor veracidad posible el modo de ser de un Estado al que considero no sólo el mejor, sino el único digno, a justo título, de tal nombre. En otros sitios se habla del bien público, pero se atiende más al particular. En Utopía, en cambio, como no existe nada privado, se mira únicamente a la común utilidad. Y es lógico que así ocurra en ambas partes. Allá, en efecto, son pocos los que ignoran que

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

si cada uno no se preocupa de sí mismo, habrá de morirse de hambre por floreciente que sea el Estado, razón por la cual tienen más cuidado de sus propias personas que del pueblo, es decir, de los otros ciudadanos. Entre los utópicos, por el contrario, siendo todo común, nadie teme carecer de nada, con tal de que estén repletos los graneros públicos, de donde se distribuye lo necesario con equidad. Por eso no conocen pobres ni mendigos y sus habitantes son ricos aunque nada posean.

¿Hay mayor riqueza que vivir con ánimo alegre, tranquilo, desposeído de cuidados, sin tener que preocuparse del sustento, ni aguantar las quejumbrosas peticiones de la esposa, ni temer la pobreza para el hijo, ni buscar ansioso la dote de la hija, sintiéndose seguro del porvenir de los suyos, mujer, hijos, nietos, biznietos, tataranietos y de toda una descendencia aun más dilatada? Ventajas que alcanzan por cierto a los que ya no pueden trabajar, como a los que aún están en condiciones de hacerlo.

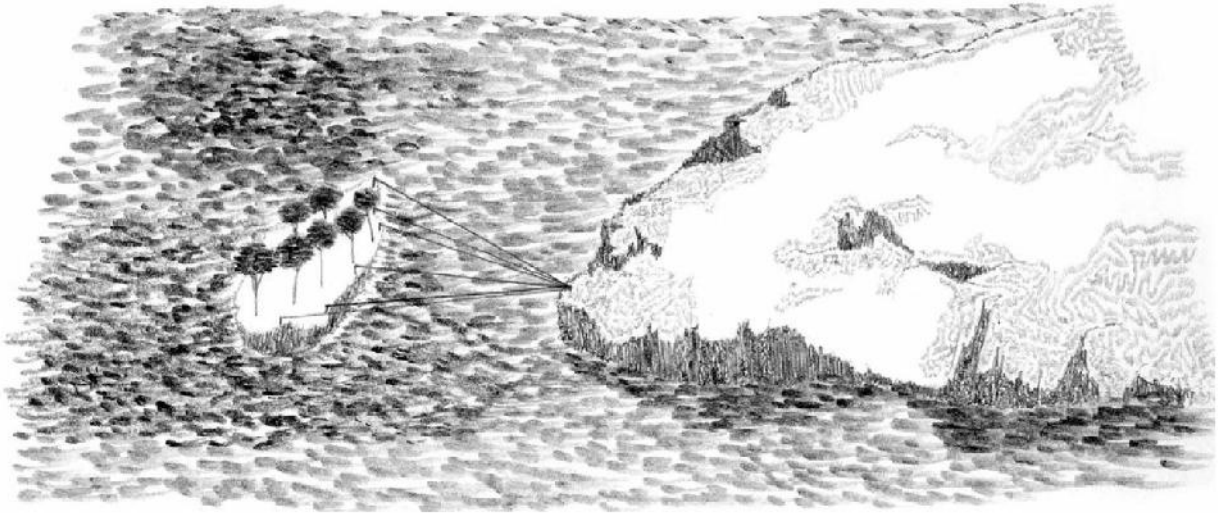
Me gustaría que alguien se atreviese a comparar con esta equidad la justicia de otros pueblos. Que me muera si he logrado encontrar en ninguno de ellos el menor vestigio de ambas virtudes. ¿Qué justicia es esa que permite que un noble cualquiera, un orfebre, un usurero u otro de la misma ralea, que no se ocupan en nada o lo hacen en cosas de ningún provecho para el Estado, lleven una vida espléndida y regalada en la ociosidad u ocupaciones inútiles, mientras el esclavo, el auriga, el obrero, el agricultor con un trabajo tan constante y penoso que no lo soportaría una bestia de carga y tan necesario que un Estado no podría durar sin él ni siquiera un año, apenas alcancen a alimentarse malamente y a arrastrar una vida miserable y, desde luego, de peor condición que la de un animal, cuyo trabajo no es tan continuo ni le desagrada ninguna comida, por inferior que sea, ni tiene ninguna preocupación por el porvenir? A todos aquéllos, en cambio, los aguijonea de momento el trabajo estéril e infructuoso y les quita la vida la perspectiva de una vejez pobre, pues siéndoles insuficiente el diario jornal para su sustento, ¿qué pueden ahorrar para cuando llegue la senectud con sus cotidianas necesidades? ¿No es injusto e ingrato un Estado que se muestra tan pródigo con los que llaman nobles, con los orfebres, con los fabricantes de cosas inútiles o

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

inventores de inanes placeres, con los holgazanes, los parásitos y otros parecidos y que, en cambio, para nada se preocupa de los labradores, carboneros, obreros, aurigas, herreros y carpinteros, sin los cuales su propia existencia fuera imposible? ¿No es iniquidad grande abusar de su trabajo en la flor de la edad y recompensarlos, cuando ya les agobia el peso de los años, privaciones y enfermedades, con la más miserable de las muertes, sin recordar para nada sus muchos desvelos y trabajos? ¿Qué diremos de esos ricos que cada día se quedan con algo del salario del pobre, defraudándolo, no ya con combinaciones que privadamente discurren, sino amparándose con las leyes? De suerte que si antes parecía injusticia rehusar la debida recompensa a los que han merecido bien del Estado, esos tales, al sancionar con leyes semejante ingratitud, la han hecho más odiosa.

Por todo esto, cuando traigo a mi memoria la imagen de tantas naciones hoy florecientes, no puedo considerarlas —y que Dios me perdone— sino como un conglomerado de gentes ricas que a la sombra y en nombre de la república, sólo se ocupan de su propio bienestar, discurriendo toda clase de procedimientos y argucias, tanto para seguir, sin temor a perderlo, en posesión de lo que adquirieron por malas artes, como para beneficiarse, al menor costo posible, del trabajo y esfuerzo de los pobres y abusar de ellos. Y así que consiguen que sus maquinaciones se manden observar en nombre de todos y, por tanto, en el de los pobres también, ya las ven convertidas en leyes.



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Mas así y todo esos hombres perversos que arrastrados por insaciable codicia se han repartido entre sí lo que hubiera bastado para la comunidad, ¿cuán lejos no se hallan de la felicidad que reina en la república utópica, donde por no existir ni el uso del dinero ni la ambición de poseerlo, se han evitado innumerables pesadumbres y arrancado de cuajo la simiente de tantos crímenes? Pues ¿quién ignora que el engaño, los robos, las rapiñas, las disputas, los motines, los insultos, las sediciones, los asesinatos, las traiciones, los envenenamientos, cosas todas que pueden castigarse con suplicios, pero no evitarse, se extinguirían evidentemente con la desaparición del dinero, y que de igual modo se desvanecerían el miedo, las inquietudes, los trabajos y los desvelos? La pobreza misma, que para muchos radica en la falta de dinero, decrecería, si éste no existiese.

Si se quiere comprender mejor lo que digo, imagínese un año estéril e infecundo, durante el cual hayan perecido de hambre muchos miles de personas. Pues bien, yo afirmo sin ambages que si al término de tanta penuria se hubiesen abierto los hórreos de los ricos, habríase encontrado tanta cantidad de grano que, repartida entre las víctimas del hambre y de la peste, ninguno hubiese tenido que sentir los rigores del cielo y de la tierra. ¡Tan fácil me parece alimentar a todo el mundo si el dichoso dinero, inventado para mostrarnos el camino del bienestar, no nos lo cerrase en realidad!

No dudo de que los ricos se dan cuenta de esto y que no ignoran cuánto mejor fuera no carecer de lo necesario que abundar en lo superfluo y verse libres de numerosos males que vivir rodeados de tantas riquezas. También tengo por cierto que, bien por interés propio o por obediencia a la autoridad de Jesucristo, nuestro salvador, quien, en su gran sabiduría, no pudo ignorar qué fuese lo mejor ni aconsejar sino lo más excelente, el orbe entero se habría acogido a las leyes utópicas, de no impedirlo la bestial soberbia, soberana y madre de todas las desgracias, que mide la prosperidad por los males ajenos, y no por su propio bienestar. El orgullo renunciaría incluso a convertirse en deidad si no existiesen desdichados a quienes dominar e insultar y con cuyas desgracias poder realzar su felicidad comprada, exasperando y atormentando aquella pobreza con la ostentación de su opulencia. Esta serpiente del Averno, arrastrándose por los pechos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

humanos, les impide seguir el buen camino, los retrae y detiene como una rémora y está tan profundamente hincada en los espíritus que no se la puede arrancar de ellos con facilidad.

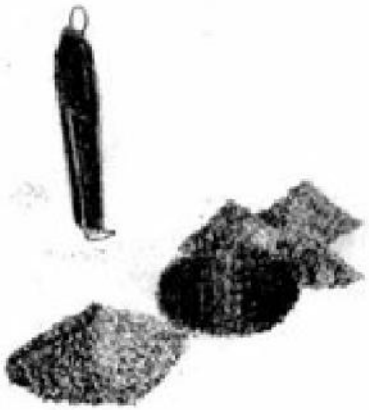
Mucho celebro que una forma de Estado que yo desearía para la humanidad entera, les haya al menos cabido en suerte a los utópicos, quienes, regulando su vida por las instituciones que he dicho, echaron los sólidos cimientos de una república a la par felicísima y por siempre duradera, en cuanto humanamente es posible conjeturarlo. Porque extirpadas en ellas las raíces de la ambición y de los partidos, ya están sin temor de discordias intestinas que por sí solas se bastan para arruinar las ciudades mejor organizadas. Mas en este caso la armonía en que viven y sus saludables instituciones impiden que la envidia de los príncipes colindantes se atreva a perturbar o agitar su tranquilidad, como ya se intentó varias veces en otros tiempos, siempre sin resultado.

Al terminar Rafael su relato, asaltáronme no pocas reflexiones acerca de lo absurdo que me habían parecido muchas costumbres y leyes de aquel pueblo, tales como su modo de guerrear, de considerar las cosas divinas, la religión y otras instituciones, y, sobre todo, lo que es fundamento de ésta, la vida y el sustento en común, sin ninguna intervención del dinero, cuya falta destruye de raíz la nobleza, la magnificencia, el esplendor y la majestad que, según la verdadera y pública opinión, son decoro y adorno de un Estado.

Pero como me di cuenta de que la narración lo había fatigado y no estaba yo muy seguro de si le gustaría ser contradicho, ya que el propio Rafael había, en el curso de su relato, censurado a esos que temen no parecer lo bastante discretos si no encuentran algo que criticar en las invenciones ajenas, le tomé de la mano y, alabando su discurso y las leyes utópicas, le conduje al interior a cenar, no sin advertirle que en otra ocasión y después de meditar discutiría con él más por extenso. ¡Ojalá se presente ocasión de hacerlo! Entretanto, debo confesar que así como no me es posible asentir a todo lo dicho por un hombre ilustrado sobre toda ponderación y conocedor profundo del alma humana, tampoco negaré la existencia en la república utópica de muchas cosas que más deseo que espero ver implantadas en nuestras ciudades.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

DE TOMÁS MORO A PEDRO EGIDIO[1]

ME HA encantado, oh nobilísimo Pedro, el juicio, que tú conoces, de aquel hombre que presenta contra mi Utopía el siguiente dilema: "O bien la cosa se ofrece como algo verdadero y realmente existente y, en ese caso, encuentro en el libro algunos pormenores un tanto ridículos o, si es pura invención, echo de menos, en algunos puntos, el ingenio famoso y brillante de Moro" A este hombre, sea quien fuere (y yo le considero sabio y amigo), estoy muy agradecido, pues no me es fácil creer que su juicio franco sobre mi libro le haya complacido tanto como a mí.

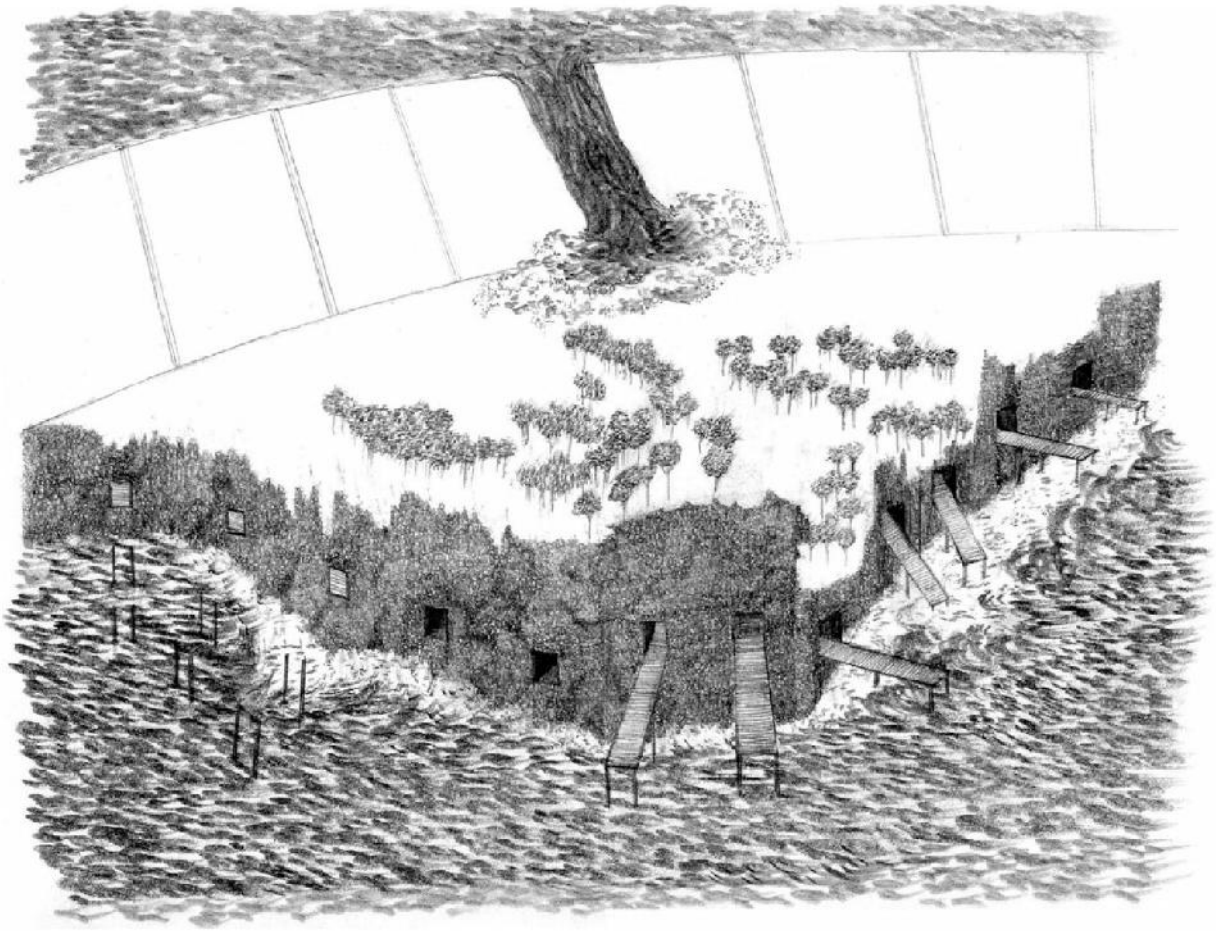
Parece que atraído por mi estudio, o estimulado por su propio esfuerzo, no le ha aburrido la tarea de leerlo por completo, y no de manera ligera y precipitada, como acostumbran los clérigos el rezo de las horas canónicas. Ha caminado paso a paso y sopesándolo todo. Por último, con las mismas palabras con que me amaga un golpe me proporciona mayor loa que aquellos que me alabaron de intento.

Pero (correspondiéndole con la misma franqueza) no veo por qué se imagina estar dotado de tan buena vista —mirada penetrante, como dicen los griegos— al creer que ha descubierto algunas cosas desagradables en las instituciones de los utópicos o que, al organizar un Estado, no he perfilado diversos extremos de manera lo bastante práctica, como si en las demás naciones no hubiera nada absurdo, como si un filósofo hubiera dispuesto en tal forma el Estado, la casa del príncipe o la economía doméstica, que ya en nada se pudieran mejorar. En esta ocasión (si no fuera por la devoción, por los siglos

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/biblioteca cij/110517?page=1

convertida en veneración, que inspira la memoria de los hombres más eminentes) podría yo entresacar de las obras de los grandes muchas cosas que rechazaría de plano.



En el momento que se pone a dudar si la cosa es de verdad o pura fantasía, echo de menos la firmeza de su juicio. No tengo por qué ocultar que, de haberme propuesto escribir acerca del Estado e intentado pergeñar una fábula, no hubiese retrocedido en la invención de algo que, envolviendo los ánimos como con una dulce miel, les destilara la verdad sin que la notaran. Y de seguro les hubiera podido ablandar tanto que, a la vez de jugar con la ignorancia del vulgo, podría haber añadido, para los cultos, ciertas señales por las cuales fácilmente se hubiesen percatado del tenor de la Utopía. No cabe duda que, por lo que respecta a los nombres de los príncipes, del río y de la capital de la isla, pudiera haberme valido de indicaciones tales que los

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

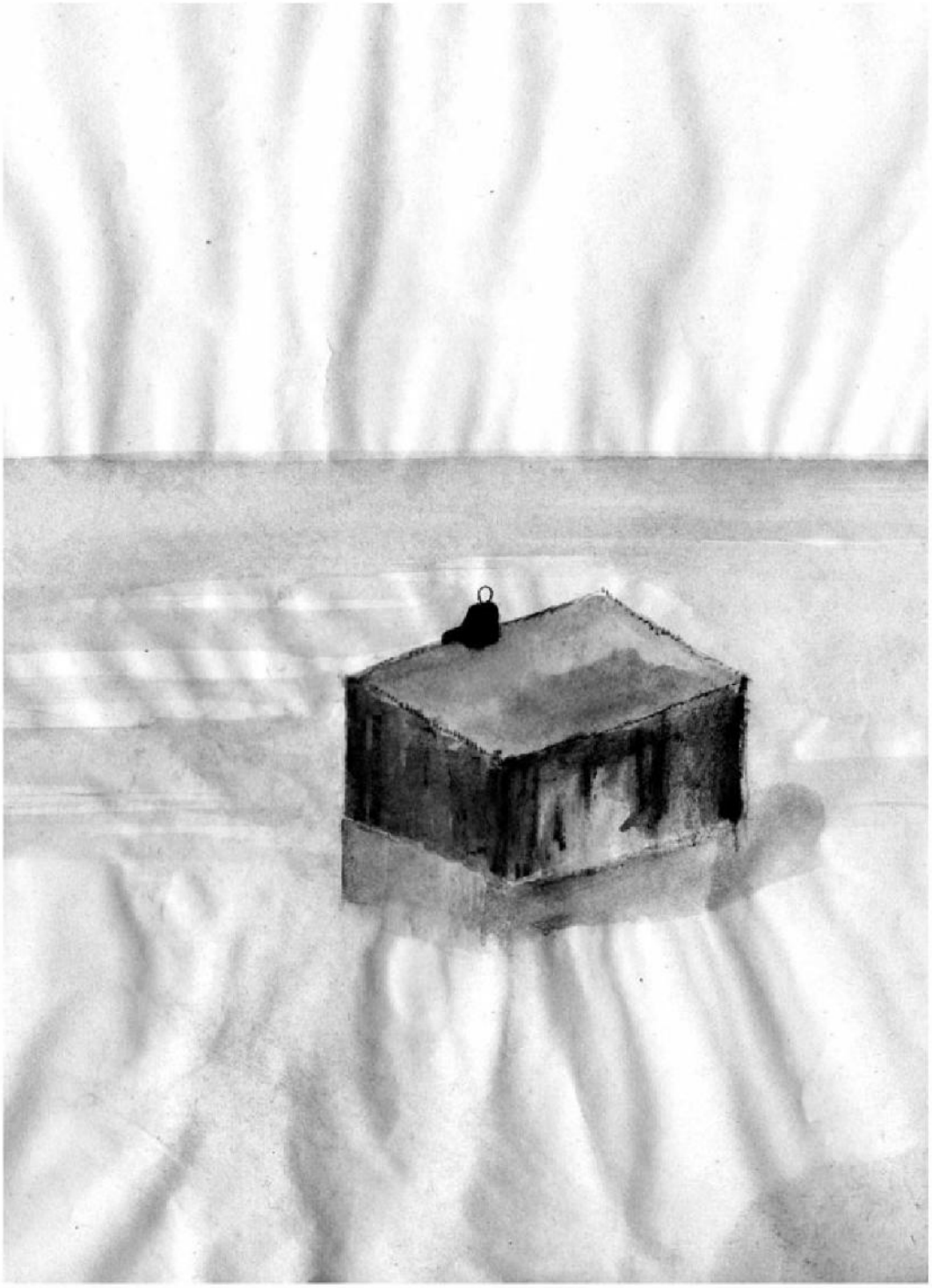
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

más instruidos sospecharan con facilidad que no había tal isla, que la ciudad era una quimera, el río sin agua y el príncipe sin pueblo, indicaciones que hubieran parecido más sagaces y agradables que las ofrecidas por mí al servirme, por respeto a la fidelidad histórica, de nombres tan bárbaros e insignificantes como Utopía, Anidro, Amauroto y Ademo.

Además, queridísimo Egidio, me alegra ver cómo, a pesar de haber algunos tan cautamente desconfiados que apenas les podemos hacer creer lo que nosotros, hombres sencillos y crédulos, hemos recogido del relato de Hitlodeo, mi crédito no corre el histórico peligro, y me complace poder repetir aquello que el Misis de Terencio dice a los hijos de Glicerio: "Doy gracias a los dioses que en el nacimiento hayan estado presentes algunas mujeres libres". Porque no sólo a mí y a ti sino también a muchos hombres dignos y graves contó Rafael aquellas cosas; no sé si les contó más, pero sí que no les contó menos. Si hay todavía incrédulos, que se pongan al habla con Hitlodeo, que vive todavía. Un viajero recién llegado de Portugal me comunica, el 1° de marzo, que el hombre sigue más vivo y lozano que nunca. Así pueden averiguar personalmente lo que hay de cierto en el relato o dirigirse a él por escrito. Entonces comprenderán lo conveniente que es prestarme crédito por mí mismo y no fiados en autoridad extraña.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

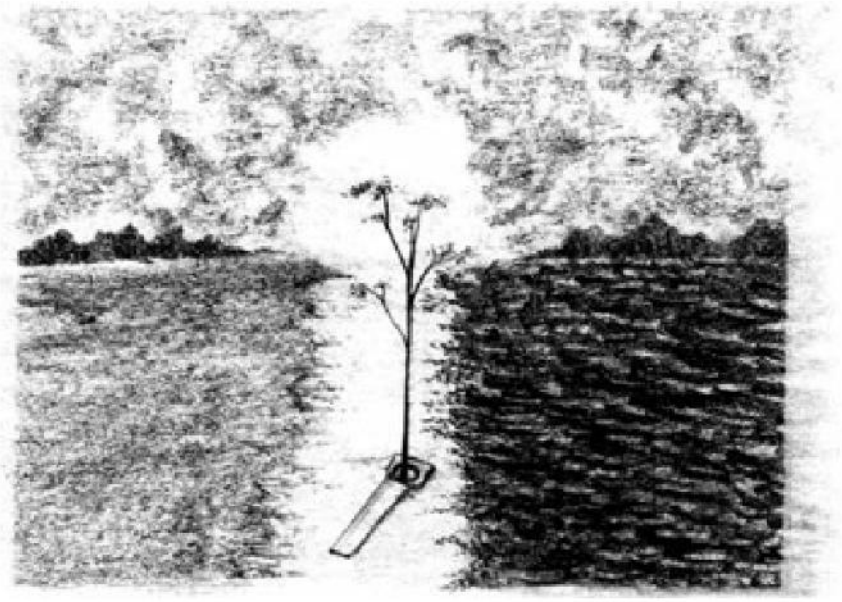
Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Vive bien, nobilísimo Pedro, tú y tu querida esposa con vuestras graciosas hijitas, a las que mi esposa desea prolongada salud.



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

EPÍLOGO

LA ÍNSULA IMAGINARIA

Jorge F. Hernández

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Es muy probable que —sin saberlo— una inmensa mayoría pronuncie la palabra *Utopía* no sólo sin citarla como título de un libro de Tomás Moro, sino incluso sin conocer el nombre del autor en inglés (Thomas More o Más, que suma y no resta) y el título completo de la obra, en latín: *De optimo Reipublicae statu, deque nova insula Utopia*. Peor o mejor aún, se dice Utopía o se transforma en adjetivo como calificativo para muchos sueños cuya posibilidad depende más del empeño en su desarrollo que del incierto resultado que esperamos legarle a su futuro. Es decir, denostamos como utópico todo planteamiento o propuesta aun antes de su posible formulación y, al hacerlo, hemos convertido a la palabra en un término ya con cara de lugar común cuando tengo para mí que esa ínsula imaginaria, ese lugar imposible, no tiene en ninguno de los renglones de su constitución la negación de su posibilidad. Que lo imposible no abate lo inverosímil lo sabe bien el espectador del increíble espectáculo del mundo, el lector de la prosa que se adelanta a su tiempo y el enamorado que percibe nítidamente los suaves pétalos de un beso con sólo evocar la boca inalcanzable de su deseo.

Digo entonces que la Utopía de Sir Thomas More está precisamente

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

en la tinta con la que la escribió, en los párrafos como cartografía donde narró la orografía verbal, la flora y fauna de un lenguaje que parecía dibujarse en el vacío. El lector se vuelve viajero de un lugar —así sea calificado etimológicamente como no-lugar— por el azar feliz de imaginarlo: todo lo que se come y bebe en letras destila sabores y valores calóricos impalpables, así sean desconocidos para la dieta normal del obeso o del hambriento. Quien canta debidamente en verso las sílabas de una mariposa logra, sin recurrir a la imagen o al holograma, el sortilegio inexplicable de su vuelo. Ala invisible, chopo de agua, los versos más tristes de esta noche, polvo enamorado.

Desde luego habrá quien lea el párrafo anterior con el argumento dizque inapelable de que todo ensueño de la poesía no tiene nada que ver con un tratado de la ilusión. Quien afirma que More —contra su apellido— restó verosimilitud y realidad a su narración de una república ideal al saberla inexistente, pasa por alto que en el deseo de su redacción había una invisible arquitectura para volverla palpable... al menos en la lectura de sus páginas. Es decir, leer o tan sólo mentar Utopía es ya una forma de negarle su etimología: si el niño no duerme por soñar dragones, ¿hemos de maleducarlo con el placebo de que esos animales simplemente no existen? Si no existen, ¿porqué los sueña el niño y todo caballero andante que ha de arriesgar incluso su vida para salvar a las doncellas amenazadas por las lenguas de su fuego?

Cada vez que se lee el instante en que Alonso Quijana o Quesada decide llamarse Don Quijote de la Mancha, salir por la madrugada de los Campos de Montiel y eternizarse como Caballero de la Triste Figura sobre un jamelgo famélico que él ha decidido transformar en Rocinante, se escribe en tinta con pluma de ganso recién afilada lo que acabamos de leer. En el instante en que leemos, se sabe que en algún lugar de la mancha tipográfica de cuyo nombre nos solemos olvidar hay un tal Miguel de Cervantes hilando en tinta esa historia que quizás había soñado en el silencio de una celda, prisionero tras las más raras aventuras de su propia vida que parece de novela. Cada vez que se trastocan los calendarios para evocar el sufrimiento del hijo de un carpintero crucificado en Judea, consta la posibilidad de que aún quedan por desenterrar los pergaminos envueltos en cerámica del

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

desierto donde se verifica que ese mismo profeta de su inocencia hacía volar en su infancia a las palomas que formaba con barro. Y cada vez que desde el satélite se observa la enrevesada geografía llamada México, habrá quien recurra a la metáfora de un cuerno de inagotables abundancias para desmadejar que —a pesar de siglos de corrupción, desahucios y desgracias— hay al menos siete segundos en los pasados siglos en los que esa tierra increíble ha vivido en paz, orden y concierto.

De eso está hecha la pulpa con la que Tomás Moro imaginó Utopía y redactó su fisonomía. Escribir sobre lo que muchos ciudadanos —si no es que todos los habitantes en sociedad— desean, incluso sabiendo la imposibilidad de que pocos —si no es que nadie— realmente lleguen a vivirlo. Se sabe que Moro leyó a Platón, que a su vez puso en palabras escritas lo que escuchó de Sócrates, y así como a nadie consta el lugar exacto de la alegórica caverna de la que hablaba el pensador a todos sus escuchas, consta la forma de las sombras que tatuó en el tiempo como pinturas rupestres, así como el amargo sabor de la cicuta con la que cumplió su propia condena. La República creada por Platón y la Ciudad de Dios imaginada por Agustín de Hipona, los delirios socialistas de Robert Owen y Charles Fourier, la sociedad sin clases y los rieles de un tren que conducen cíclicamente hacia la estación de Finlandia están hechos de ese material impalpable del que se forjan los sueños: lo supo Shakespeare y también el detective moderno que salvó en San Francisco el misterio de *El halcón maltés*. Lo sabe el hombre que al filo de la hoguera mantiene limpia su conciencia y el viejo que narraba de memoria la trama de una novela titulada *Los tres mosqueteros* (sabiendo que en realidad era la historia del cuarto que no se mienta) sin importarle que tarde o temprano habrían de encaminarlo al horno número tres de un infierno llamado Auschwitz los grises demonios que quemaban libros en las plazas públicas, todos los libros que atentaban contra su imposible Reich milenario ignorante de que había ínsulas imaginarias cuyo sólo estro permitiría liberar de sus llamas a un solo hombre, que es todos los hombres.

Thomas More nació en la calle de la Leche, en Londres, y de niño fue paje del arzobispo de Canterbury. A los catorce o quince años ingresó en la Universidad de Cambridge habiendo mamado un nutritivo

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

caudal de eso que llaman humanismo renacentista. Tentado por la poesía, tradujo a San Agustín y a Giovanni Pico della Mirandola, al entrar en la Tercera Orden Franciscana en 1504. Más o menos un siglo después, Miguel de Cervantes Saavedra pediría ser enterrado con el mismo hábito y, como Moro, nunca dejaría de llevar cilicios mortificantes en los muslos —es de suponerse, sin verificación aún, que el papa Francisco eligió su nombre como vicario en abono a esa penitencia misteriosa con la que se abona en la pobreza la riqueza del espíritu—. Eso es, la savia de toda utopía se cifra en los deseos de lo imposible que no por ello resultan improbables, en el callado atrevimiento de la ilusión, y Thomas More no sólo llevaba en la saliva el antojo de escribirlo sino también de ponerlo en práctica: siendo ya juez, Moro formó parte del primer parlamento convocado por el rey Enrique VIII, que llegó al trono de Inglaterra como "protector del humanismo y todas las ciencias" Moro lo saludó desde algún lugar de Europa con un poema laudatorio y desde entonces se fincó entre ellos un lazo de amistad que se volvió embajada.

Moro se volvió el autor de cabecera del rey. Escribió por su encargo la biografía de Ricardo III (obsesión que también ilusionó a Shakespeare) y obtuvo el grado de Maestro de Peticiones ante la Corona. Al ser nombrado embajador en Flandes, al empaparse de enredos comerciales y enredaderas financieras hasta llegar a su nombramiento como canciller, el clérigo pensante, cuyos hombros ya habían sido armados de caballero andante, tuvo a bien reprobar la descabellada soberbia de su propio rey. En 1532 se negó a firmar el acta con la que Enrique VIII repudiaba a la Iglesia de Roma. Enjaulado en la Torre de Londres, Thomas More fue decapitado un 6 de julio del año 1535... declarando a voz en cuello que moría sabiéndose siervo de su rey, pero más siervo de su Dios.

Esa idea de Dios se cifraba en todo lo mucho que leyó y tradujo, en el *Elogio de la estulticia* de Erasmo, como antídoto para quienes creen siempre llevar la razón y en las respuestas a Lutero, como advertencia de herejías impostadas u otras rebeliones caprichosas como las que fundamentaba el propio rey Enrique VIII ante Roma, no por verdades teológicas o administrativas sino por la caprichosa circunstancia de anular o justificar sus muchos matrimonios, sus excesos de real

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

personalidad. Es decir, More murió más como crítico de lo posible que como apóstol de lo imposible, en un escenario donde la razón de la sinrazón, que campea entre los caballeros andantes de la razón, bien puede parecer el discurso de un no-método de la más pura sinrazón.

Beatificado en el siglo XIX y santificado en el XX por ser mártir de la fe reconocida por Roma, Thomas More fue proclamado por Juan Pablo II, al filo del siglo XXI, santo patrono de los políticos y gobernantes. Moro elevado a los altares por un papa polaco y políglota, cuya biografía queda pautada en la enrevesada sinfonía de su época: la centuria de las guerras mundiales inimaginables, la tierra marcada por una cortina de hierro más pesada y extendida que el montón de piedras que forman la Muralla de China, el negro continente acechado de por vida por el hambre y la enfermedad, el planeta amenazado por el abuso de sus propios recursos, el enfriamiento y deshielo que parecían imposibles, la irrealidad e inmediatez de los avances tecnológicos en la punta de la yema de los dedos, lo mismo para congelar alguna sonrisa en una fotografía fidedigna que para aniquilar a miles de habitantes de una población a una distancia increíble... Bien visto, la vida y obra de un pensador intemporal se escribe cada vez que en el mundo hay lector que conjugue el sueño de una perfección anhelada, incluso sabiendo que la ignota navegación a su puerto no es más que el deseo de una ínsula que sólo existe en la imaginación que compartimos al deletrearla.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ACERCA DEL AUTOR Y LOS COLABORADORES

TOMÁS MORO (LONDRES, 1478-1535)

Abogado, filósofo, estadista y escritor. Considerado uno de los más influyentes humanistas del Renacimiento, fue consejero de Enrique VIII y gran canciller de Inglaterra de 1529 a 1532. En 1516 publicó *Utopía*, su título más reconocido entre un conjunto de obra que va de la biografía a la correspondencia, de la poesía a la teoría política, de la reflexión teológica al análisis del derecho. Se opuso a la Reforma protestante y, en particular, a las ideas cismáticas de Martín Lutero y William Tyndale. Por su fidelidad al papa, negarse a aceptar a Enrique VIII como jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra —en su versión anglicana— y no reconocer la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón, en 1535, se le acusó de traición y se le condenó a morir decapitado, sentencia que se cumplió el 6 de julio de dicho año. Es venerado por la Iglesia católica de Roma, tras ser beatificado en 1886, canonizado en 1935 y declarado mártir y santo patrono de los políticos y abogados en 2000. En 1980 los anglicanos incluyeron su nombre en su santoral de héroes cristianos, mientras que en la antigua Unión Soviética se le honró por su profundo sentido comunista expresado en *Utopía*.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

ROGER BARTRA
(CIUDAD DE MÉXICO, 1942)

Es antropólogo y doctor en sociología por la Sorbona (Universidad de París). Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha sido profesor e investigador visitante y honorario en instituciones académicas como las universidades Pompeu Fabra en Barcelona, John Hopkins en Baltimore, de California en La Jolla, de Wisconsin en Madison, el Paul Getty Center en Los Ángeles y el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Es autor de casi treinta libros, varios de ellos traducidos a diferentes idiomas. Destacan *La jaula de la melancolía, Cultura y melancolía, El duelo de los ángeles, Las redes imaginarias del poder político, El mito del salvaje, Antropología del cerebro* y *Cerebro y libertad*, los dos últimos reeditados en un solo volumen como *Anthropology of the Brain, Consciousness, Culture, and Free Will*, bajo el sello de Cambridge University Press (2014). Ha merecido el Premio Nacional de Ciencias y Artes, y el doctorado "Honoris Causa" por la UNAM.

JORGE F. HERNÁNDEZ
(CIUDAD DE MÉXICO, 1962)

Historiador, narrador y traductor. Ha publicado novela, ensayo y cuento. En 1987 recibió con mención honorífica el Premio Nacional de Historia Regional "Atanasio G. Saravia"; en 1998 fue finalista del Primer Premio Internacional de Novela Alfaguara, y en 2000 ganó el Premio Nacional de Cuento "Efrén Hernández" Desde hace dieciséis años escribe la columna semanal "Agua de azar" en *Milenio Diario*. Es colaborador del diario *El País* de Madrid, donde publica las columnas

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

"Cartas de Cuévano" y "Café de Madrid" sea semanalmente, cada sábado, o a diario en formato de blog.

FERNANDO CARABAJAL (CHICAGO, 1973)

Estudió artes plásticas en la ENPEG-La Esmeralda y diseño industrial en el CIDI-UNAM. Es autor de los libros *Cuadernos y márgenes* (México, Ediciones Acapulco, 2010) y *Fragmentos de circo* (México, UAM, 1999). Fundador del Colectivo Viernes (2005), ha participado en exposiciones individuales y colectivas, entre las que destacan *Think Tanks (im-producción reciente)* (Arróniz Arte Contemporáneo, Ciudad de México, 2013); *Poule*! (Fundación Colección Jumex, Ciudad de México, 2012), *NOW* (Instituto Cultural Cabañas, Guadalajara, 2011), *Speranza* Colectivo Viernes. El 52 (OMR, Ciudad de México, 2010), *Cannibal Fantasy (reciprocidad)* (Galería KBK, Ciudad de México, 2009), *Les Enfants Terribles* (Fundación/Colección Jumex, Ciudad de México, 2009), *Escultura Social: A new generation of art from Mexico City* (MCA, Chicago, 2007), *Panorámica descentro* (X-Teresa Arte Actual, Ciudad de México, 2005) y *Elephant Island Workshop* (Galería Nina Menocal, Ciudad de México, 2004). Ha sido becario de los programas Jóvenes Creadores (2005) y Sistema Nacional de Creadores de Arte (2011) del Fonca, y de la Fundación Colección Jumex (2011). Su obra es parte de distintas colecciones en México, Estados Unidos, Sudamérica y Europa, como la Steven & Solita Mishaan, la Teófilo Cohen y la Jumex. Vive y trabaja en Hamburgo.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

[1] Lucano, *Pharsalia*, lib. XI; p. 819.

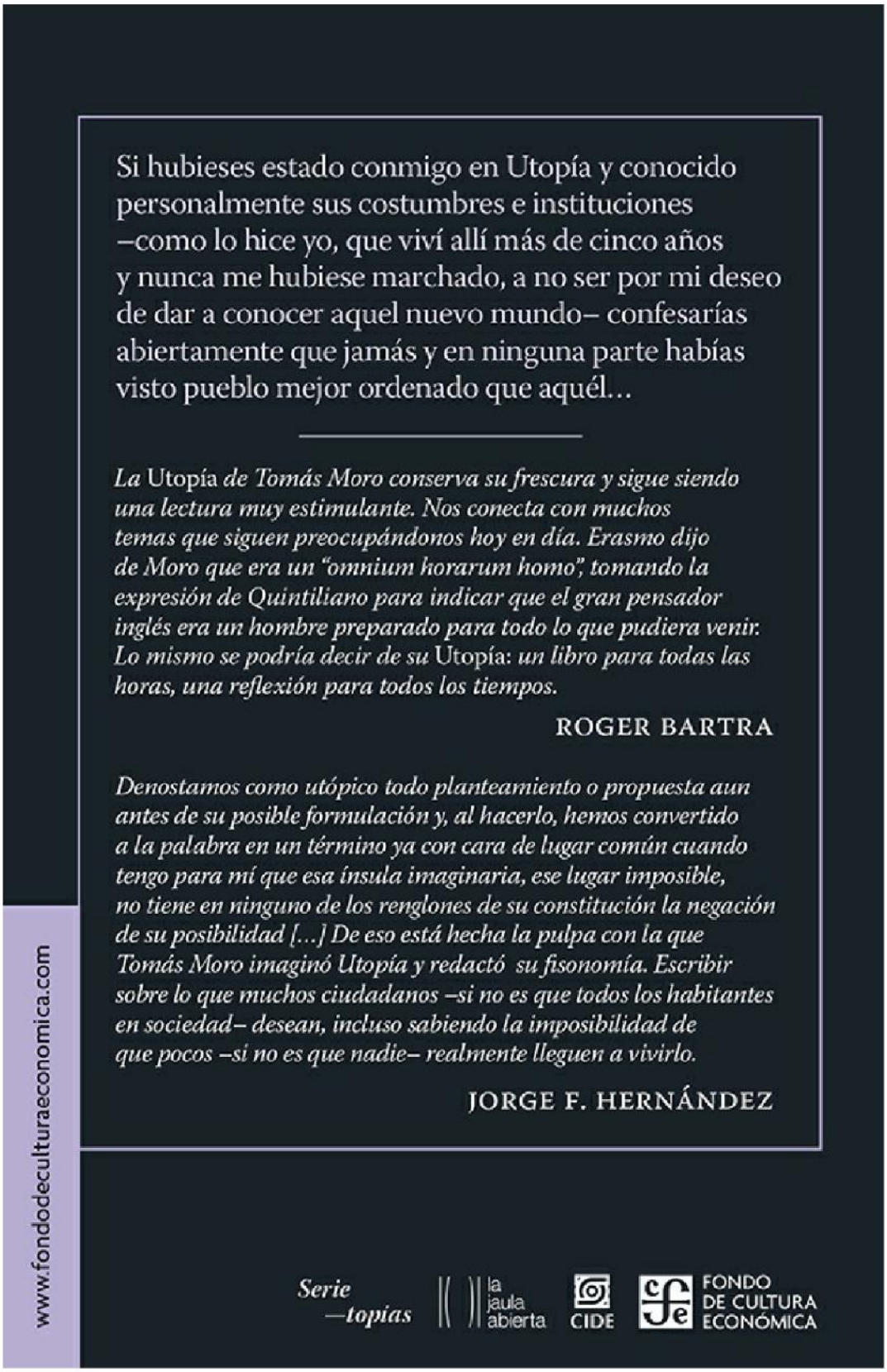
Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1

[1] Carta que acompaña la edición de París, 1517, por Lupsetus.

Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1



Copyright © 2016. FCE - Fondo de Cultura Económica. All rights reserved

Moro, T. (2016). Utopía.. FCE - Fondo de Cultura Económica. https://elibro.net/es/ereader/bibliotecacij/110517?page=1